e-GO! Library Español

COMO LO VIO EN TV

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son suyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

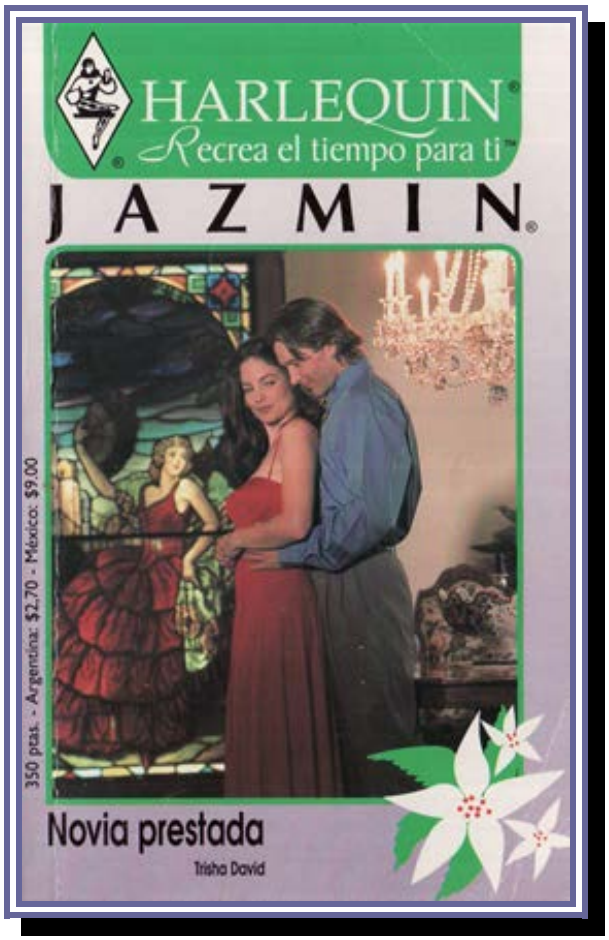
- **1,000 LIBROS** indipendientes más populares
- **BONO**- 250 títulos clásicos
- **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB
- **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- **IDEAL** para viajar
- **AHORRA** innumberables horas de Descargas
- **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS

Novia prestada

Trisha David

8º Serie Multiautor Australianos I



Novia prestada (1998)
Título Original: Borrowed: One Bride (1997)
Serie Multiautor: **8º Australianos I**
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: **Jazmín 1370**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Kelsey "Kell" Hallam y Bethany "Beth" Lister

Argumento:

Aquel matrimonio era francamente provechoso para los novios. Lyle estaba a punto de heredar una fortuna de la que, hasta ahora, sólo le había separado la condición de que debía casarse antes de cumplir los treinta años. Y Beth se convertiría en su flamante esposa, con los beneficios económicos que el cargo le reportaría. Todo el mundo parecía feliz y conforme… Entonces, ¿por qué el día de la boda el fotógrafo estaba raptando a la novia?

Capítulo 1

—¡Dios bendito, Beth, espera a ver al fotógrafo! ¡Parece un auténtico vaquero y, además, es guapísimo!

Georgie Gallagher, de catorce años, entró de sopetón y se quedó paralizada al ver a Beth. En ese mismo instante, se olvidó del fotógrafo.

—¡Oh, Beth! ¡Estás fabulosa!

—¿En serio? —dijo Beth, mirándose al espejo. Ella misma estaba impresionada: aquello sí que era una auténtica transformación.

Bueno, si Georgie pensaba que estaba fabulosa, entonces había hecho todo bien. Era la novia que Lyle deseaba.

¡Vaya que si lo era! El vestido de diseño de un blanco inmaculado realzaba su esbelta figura con todo detalle. El corpiño de encaje se ceñía a su cintura de avispa y a partir de ahí caía una falda toda de raso. Un suave velo de tul ocultaba parte de la mata de rizos pelirrojos y un par de ojos verdes y luminosos. Unos estratégicos volantes en el escote ocultaban una pequeña bolsa de piel.

Beth era ya todo lo que Lyle podía desear y aún más. Ya había cumplido su parte del trato, el único inconveniente era que…

—Me siento tan culpable —confesó Beth, ahogando una sonrisa al ver tanto raso y encaje—. Parezco una muñeca. Dios mío. Georgie…

—¡Qué va! —declaró Georgie convencida. Luego sonrió y añadió con esa sinceridad característica de los adolescentes—. Bueno, creo que me gustas más con vaqueros, pero incluso yo me los he quitado hoy.

La muchacha cruzó la habitación y abrazó a su prima; después dio un paso atrás y la miró con expresión preocupada.

—Te he echado de menos, Beth.

—Yo a ti también.

—No lo suficiente como para venir a verme.

—No —Beth vaciló un instante—. No puedo venir a la ciudad muy a menudo, Georgie.

Georgie frunció el ceño. Entonces se dirigió a la ventana de la habitación del hotel. El ferry Manly acababa de abandonar la terminal y se deslizaba lentamente por delante de la Ópera, dejando un amplio rastro color blanco sobre las tranquilas aguas del puerto de Sidney. Aquello parecía fascinar a Georgie. Al menos le servía de excusa para no mirar a Beth mientras seguía investigando.

—Beth, mamá siempre ha dicho que no venías a casa porque no soportas ni a Hilda ni a Lyle. Y mamá tiene razón. Lyle puede que sea nuestro primo, pero tú sabes que es un asqueroso. ¿Por qué diantres vas a casarte con él?

—Georgiana…

—Y no empieces a llamarme Georgiana —le reprendió la adolescente sin dejar de mirar por la ventana; se veía que estaba preocupada de veras—. Mamá dice que eres bastante mayor para saber lo que haces pero, maldita sea, Beth… No lo entiendo. ¿Acaso es Lyle tan maravilloso en la cama o algo así?

—¡Georgie!

Georgie se puso colorada como un tomate. Se rió tímidamente, pero enseguida se estremeció al tiempo que la voz de su tía se oyó desde la antesala de la habitación. Hilda era tía de las dos chicas, hermana de la madre de Georgie y de la de Beth pero, a pesar de que los padres de Beth se habían matado en un accidente de automóvil, ninguna de las dos muchachas tenía tiempo para dedicarle a su antipática tía.

—¡Bethany! —sonó la atronadora voz de Hilda.

—¡Puaj! —exclamó Georgie—. Se me olvidó que tenía que decirte que Hilda la Horrible me envió para avisarte de que el fotógrafo está esperándote, y es cierto —asomó medio cuerpo por la ventana para poder ver el patio—. Está ahí abajo y tengo que confesar que merece la pena bajar a verlo. Se acercó a hablar con Hilda y casi podría decir que merece la pena ponerse un vestido por él. Desde luego que es infinitamente mejor que Lyle. ¡Vamos Beth, mira!

Beth vaciló un momento y luego se encogió de hombros. Su tía no se iba a morir si esperaba un momento. Además, Georgie estaba aprendiendo a apreciar al sexo masculino y los comentarios que hacía al respecto le hacían mucha gracia. Si había algo que a Beth le hacía falta aquel día era reírse un rato, y entonces miró hacia donde le indicaba Georgie.

En ese momento el fotógrafo estaba agachado, sacando algo del maletero de un elegante Mercedes negro aparcado en el patio del hotel. Todo lo que Beth alcanzaba a ver eran unas piernas; unas largas, esbeltas y varoniles piernas…

¿Y quién demonios era aquel tipo?

No importaba. De los detalles de la boda se habían hecho cargo Lyle y su madre. Beth sabía que aquel hombre sería sin lugar a dudas el mejor fotógrafo que pudieran conseguir, pero ella no se había ocupado de los preparativos.

—Georgie, tenemos que irnos —dijo Beth separándose de la ventana, pero Georgie la retuvo agarrándola de la mano.

—No, espera un momento. Sólo quiero que lo veas cuando se dé la vuelta.

Así Beth vio cómo se incorporaba un torso que hacía juego con el resto del cuerpo.

Entonces, a pesar de la preocupación por la inminente boda, se quedó mirándolo fijamente. ¡Desde luego que aquel hombre no era un fotógrafo del montón!

Era mayor que los que solían gustarle a Georgia pues tendría unos treinta años, pensó Beth. Tenía el rostro curtido, señal de que pasaba mucho tiempo al aire libre y el cuerpo musculoso desvelaba su más que segura intensa actividad física.

Georgie miraba hacia abajo, embelesada, y por fin Beth pudo apreciar la razón de ello. Aquel hombre era rematadamente apuesto. Tenía el cabello castaño oscuro, con mechones aclarados por el intenso sol australiano. Sus ojos brillaban. El rostro era fuerte, de líneas bien definidas y tan distinto del de Lyle… El fotógrafo sonrió a alguien que no alcanzaban a ver Beth y ésta no pudo evitar quedarse sin respiración. Georgie no era la única que podía enamorarse locamente.

—¡Qué monumento! —dijo Georgie con deleite, y se asomó tanto que Beth le sujetó del cuello del vestido con firmeza, echándola para atrás—. Beth, tienes que darme la razón en que…

—Debes de estar de broma —Beth sonrió, recuperando la compostura—. Dentro de una hora seré una señora casada. ¿Esperas que diga que otro hombre es un monumento?

—Bueno, es veinte veces mejor que el asqueroso de tu Lyle —dijo Georgie sin rodeos—. Y el matrimonio no te impide mirar. Mamá dice que no importa donde a uno le entre hambre, con tal que coma en casa. Al menos eso es lo que me dijo cuando encontré un ejemplar de *Playboy* en la caja de herramientas de papá: aunque eso no fue precisamente lo que le dijo a él.

—¡Tu madre es estupenda! —Beth sonrió—. Es mi tía favorita.

—Sólo tienes dos tías: mamá y Hilda —respondió Georgie—. Mamá siempre ha dicho que le hubiera gustado cuidar de ti cuando murió tu madre. Debe de haber sido horroroso vivir con Hilda y el baboso de Lyle.

—¡Georgie!

—Oh, caramba… Supongo que a partir de ahora vas a vivir con Lyle para siempre, aunque la verdad es que no sé bien por qué.

Pesarosa, Georgie echó una última mirada hacia el patio y después se volvió a mirar a la novia con atención.

—Me gustaría saber por qué estás haciendo esto, Beth. Mamá dice que tienes que tener tus motivos y que nosotros no debemos preguntar. Estás embarazada, ¿no?

—Claro que no —Beth se echó a reír y abrazó a su prima—. No seas tonta.

Georgie la miró de arriba abajo, como queriendo cerciorarse de lo que le decía. Beth tenía la cintura tan estrecha que no podía estar embarazada.

Y entonces, Georgie se quedó mirándola con los ojos como platos.

—El volante del escote —susurró Georgie—. Acaba de… Acaba de…

—¿Acaba de qué? —preguntó Beth inocentemente, volviéndose para no olvidar el pequeño bolso de terciopelo que llevaría.

—El volante acaba de moverse —dijo Georgie muy despacio—. Se ha movido solo —la niña se volvió, colocándose de nuevo delante de Beth con los ojos muy abiertos—. ¿Beth, no habrás…?

—¿No habré qué?

Georgie se dio una vuelta de alegría.

—¡Oh, tú también lo has hecho! ¡Oh, Beth, no has cambiado nada! Tienes a un recién nacido ahí. ¿Qué es Beth?

Beth suspiró. Debería habérsele ocurrido que Georgie se daría cuenta. Los padres de Georgie y Hilda la Horrible vivían a unas manzanas de distancia. Cuando Beth se había ido de casa a los quince años, Georgie era aún pequeña, pero se había convertido en su sombra hasta ese mismo momento y conocía bien a Beth.

—Es una comadreja recién nacida —confesó Beth—. Me la trajeron hace un par de días después de que a su madre la atropellara un coche. Podrá sobrevivir si durante los primeros días nota el calor de un cuerpo y movimiento. La chica que cuida de mis animales no quiere llevarla encima, por eso tuve que traérmela.

—Pero tu vestido… —Georgie estaba aún asombrada—. Lo disimula totalmente. Tienes suerte de que sea de vuelo.

—Hasta ayer no lo era —sonrió Beth—. Hice el papel de novia tímida y le dije a la costurera que la falda era demasiado ceñida. La pobre mujer se pasó horas y horas arreglándola. No se te ocurra contárselo a nadie, Georgie.

—¿Pero lo sabe Lyle? —preguntó Georgie, sorprendida—. ¿Sabe Lyle que va a irse de luna de miel con una comadreja recién nacida? ¡Ay, Dios mío! ¡Le va a dar un ataque! ¿Y si hay que darle de comer en medio de la ceremonia? ¿Nos pedirás que charlemos un rato mientras tú te metes la mano por el escote y la sacas?

—¡Georgie!

—Estás loca de remate —su joven prima sonrió y echándole el brazo la condujo hasta la puerta—. Estás totalmente loca. Beth Lister, siempre lo has estado y por eso te quiero. Lo único que no sé es por qué vas a casarte con el asqueroso de Lyle.

Parecía que el mundo entero estaba esperando a la novia. Allí estaba toda la familia de Beth, los amigos de Hilda…

La verdad era que la mayoría eran amigos de Hilda y de Lyle pensaba Beth con pesar al tiempo que se sometía a aquel escrutinio colectivo. Y en la iglesia iba a ser todavía peor. Lyle quería una ceremonia por todo lo alto.

—Quiero lo mejor —había exigido—. La mejor iglesia y el mejor banquete. El mejor fotógrafo y el mejor menú. Quiero que salgamos en las páginas de sociedad. O nos casamos a lo grande, Bethany, o no nos casamos —le había dicho.

Aquello último no le parecía tan mal en ese mismo momento, pensaba Beth sombríamente, pero un trato era un trato y le había dado su palabra a Lyle.

—¡El fotógrafo está esperando en el vestíbulo! —gritó Hilda al tiempo que Beth salía del vestidor; entonces Beth se dio cuenta de que su tía estaba conteniéndose el mal genio. A Hilda por poco le dio algo cuando su hijo le anunció que iba a casarse con su prima y apenas si le había dirigido la palabra a Beth durante su corto noviazgo.

—Este fotógrafo viene a sustituir al que habíamos contratado —siguió diciendo Hilda, irritada—. No sé lo que dirá Lyle cuando se entere. El fotógrafo que llamó tu primo está enfermo, entonces ha aparecido este hombre… —dijo Hilda, y pronunció

las dos últimas palabras como si el fotógrafo sustituto fuera un repugnante insecto—. Se llama Kelsey Hallam. Jamás he oído hablar de él y encima no viene vestido de esmoquin.

—Hoy en día los fotógrafos no visten de esmoquin —Georgie salió de detrás de Beth—. Solamente los fotógrafos vulgares van de traje a las bodas. Los más artísticos se ponen lo que les da la gana, y a mí me parece que este va muy bien —miró a Hilda y después se apresuró a esconderse detrás de su madre.

—¿Quién te ha preguntado nada Georgiana? —inquirió Hilda, pero Beth se dio cuenta de que las palabras de Georgie habían tenido el efecto deseado.

Aunque Hilda no estuviera de acuerdo con aquel matrimonio, al igual que su hijo, deseaba hacer todo a lo grande y tener lo mejor de lo mejor.

Hilda echó una mirada a su reloj de pulsera.

—Ese hombre quiere llevarte al puerto para hacerte fotos allí, Beth, pero daos prisa —ordenó—. Tienes que estar de vuelta en la iglesia dentro de media hora y no se te ocurra hacer esperar a Lyle. ¿Quieres que te acompañe?

—No gracias, tía —contestó Beth con sumisión y levantó la cola de su vestido—. Puedo arreglármelas sola.

Tal y como siempre había hecho. ¿Qué había de nuevo?

La novedad era que Beth estaba a punto de convertirse en una mujer casada. El fotógrafo esperaba y la boda de Beth también esperaba.

Sólo serían doce horas, se dijo a sí misma Beth con firmeza mientras intentaba recuperar el ánimo y sonreír.

«Doce horas de aguantar a Lyle y esta horrible boda que ha organizado y luego podré irme a casa. Entonces, la casa será mía».

Como había dicho, el fotógrafo la esperaba en el vestíbulo, recostado en un asiento. Se levantó y saludó a Beth con una sensual sonrisa.

—¿Bethany?

El fotógrafo cruzó el vestíbulo para recibirla. Enseguida se dio cuenta de que era igual de apuesto de cerca que de lejos. Le dio la mano y Bethany sintió que unos largos y fuertes dedos le transmitieron seguridad y calor. Ese hombre debía de estar acostumbrado a tratar con novias nerviosas, pensó brevemente, mirando a los castaños ojos de Kelsey Hallam con incertidumbre.

Y entonces, aquellos ojos la atraparon.

A su alrededor, los recepcionistas del hotel parloteaban con interés y algunos huéspedes del hotel se paraban a contemplar a la elegante novia, pero Beth estaba fascinada.

Los ojos de aquel hombre la miraban de una forma que la ponía nerviosa.

¿Sería eso parte de su trabajo? ¿Eran esos los ojos de un fotógrafo? Aquellos ojos le hacían todo tipo de preguntas, preguntas que Beth no estaba nada segura de que quisiera contestar. Recordó que Georgie lo había comparado con un vaquero,

pero ella sustituyó aquella imagen por la de un hombre de monte. Desde luego tenía algo que le resultaba… que le resultaba casi peligroso.

—Soy Kell Hallam, y estoy encantado de conocerte Beth — le sonrió con aquella misma sonrisa que había enamorado a Georgie desde lejos—. ¿Estás lista para captar el momento con algunas fotografías?

—Sí —Beth consiguió devolverle la sonrisa aunque se dio cuenta de que le falló un poco la voz.

—¿No tienes damas de honor?

—No.

—Bueno, eso hace que el trabajo me resulte mucho más fácil —sonrió, haciendo una señal con la cabeza hacia el Mercedes negro aparcado a la entrada—. Te llevaré al puerto si te parece bien, Beth. Tu prometido exige lo mejor y mi especialidad es la fotografía en entornos naturales. Estaremos de vuelta con tiempo para que te retoques el maquillaje antes de la ceremonia.

Beth se tambaleó y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no llevarse la mano a la bolsa de piel que llevaba en el pecho. No era la pequeña comadreja la que deseaba que la consolaran, pensó Beth, sino Bethany Lister.

Fotografías… Todo sonaba ya tan definitivo… Pero un trato era un trato y no había otro remedio que seguir adelante.

—Vale —respondió.

Y en dos minutos, Kell Hallam tenía a Beth Lister donde él quería, es decir, en el asiento de atrás del Mercedes y conducía en dirección contraria a la boda de Beth Lister.

El puerto estaba sólo a cinco minutos en coche del hotel. Kell Hallam maniobró pasando por delante de la puerta del hotel, para luego girar de camino al puerto. Sus ojos le sonrieron a través del espejo retrovisor.

—¿Vas bien ahí detrás?

—Me siento tan ridícula —murmuró Beth al tiempo que se colocaba la falda de raso y encaje. La sonrisa de Kell Hallam no la calmaba sino que más bien le entraban ganas de saltar del coche y salir corriendo.

—Necesitas damas de honor que te hagan compañía —dijo Kell, sonriendo—. Yo no me preocuparía, Bethany; te aseguro que no estás ridícula.

Sus ojos volvieron a mirarla y aquella mirada le dijo a Beth que sus palabras eran sinceras. El calor que le transmitieron los ojos del fotógrafo era el suficiente como para hacerla enrojecer.

Beth bajó la vista hacia su reloj de pulsera intentando que se le pasara el fuego que sentía en las mejillas. Se dijo a sí misma que estaba siendo tan tonta como Georgie. ¡Beth Lister no reaccionaba así ante los hombres!

Una cosa era lo que le decía su cabeza y otra el color que habían tomado sus mejillas. ¿Cómo diantres podía mantener la calma? Beth siguió mirando el reloj sin apartar la vista ni un momento. Treinta minutos más y estaría casada…

—No tardaremos nada, Beth —prometió Kell al verla levantar la muñeca y confundiendo totalmente el motivo de su inquietud—. ¿Te hubieras sentido más a gusto si le hubiera pedido a tu tía que nos acompañara?

—¡No! —respondió rápidamente y con firmeza.

Beth hizo una mueca de disgusto al escuchar la irritación en su propia voz. Se mordió el labio inferior, deseando no haberlo dicho así.

Por un momento había dado rienda suelta a sus sentimientos. Pero aquel día no había lugar para los sentimientos, se decía a sí misma con dureza. Aquel día no había lugar para expresar lo que sentía por Hilda, o por Lyle.

—¿No te llevas bien con tu tía? —intentó averiguar el fotógrafo.

—No muy bien.

—Pero va a ser tu suegra —Kell Hallam sonrió con aquella sonrisa que hacía que se le parara el corazón, quitándole impertinencia a sus palabras con aquella expresión de arrepentimiento—. ¿Significa acaso que se avecina un desastroso triángulo familiar?

Ese sería el caso si aquella boda fuera real, pensó Beth con tristeza, imaginándose a Hilda como si fuera su verdadera suegra.

Consiguió esbozar una sonrisa.

—Ya nos las arreglaremos.

—Seguro que sí —se pararon en el semáforo y Kell Hallam arqueó las cejas mirándola por el retrovisor, casi como si supiera que no estaba diciendo la verdad. Sus ojos la interrogaban y, finalmente, Beth tuvo que apartar la mirada.

No era capaz de mirarlo a los ojos por el espejo. Aquel hombre era demasiado sagaz y le ponía demasiado nerviosa, decidió mientras se revolvía inquieta en el asiento trasero.

—¿Entonces el novio y tú sois primos? —preguntó alegremente al tiempo que las luces cambiaban a verde y el coche se ponía de nuevo en movimiento.

—Eso es.

—Bueno, supongo que esto es un verdadero amor entre primos —sonrió el fotógrafo—. ¿Habéis estado Lyle y tú siempre muy unidos?

¡Debía de estar de broma!

—Sí —una rápida respuesta afirmativa era lo único que se le ocurrió en ese momento.

—Parece que tu tía se está encargando de todo, ¿no? —continuó curioseando el fotógrafo—. ¿Es que tus padres no están de acuerdo con la boda?

—Mis padres están muertos —dijo Beth con dificultad—. Me vine a vivir con mi tía y con Lyle cuando era una niña… hasta que dejé el colegio…

—¿Pero ahora no vives con ellos?

—No.

Aquello no era sino una educada conversación entre la novia y el fotógrafo, entablada por él para que Beth se tranquilizara un poco. ¿Por qué entonces le daba la impresión de que le estaba haciendo un interrogatorio?

—Entonces, ¿dónde vives? —preguntó el fotógrafo.

—Supongo que cuando nos casemos viviré con Lyle —dijo Beth cautelosamente. El sentimiento de estar sola en un campo lleno de minas se hizo aún más fuerte.

—¿No vais a instalaros con tu suegra?

—¡No! —que idea más terrible; casi tan terrible como estar casada con Lyle.

—Todo números —dijo Kell pensativamente—. Es una señora muy fuerte.

—Sí.

Los monosílabos eran las respuestas más seguras, decidió Beth. Los ojos de aquel hombre eran penetrantes y parecían ver más allá.

Beth se llevó la mano subrepticiamente a la bolsa que llevaba en el pecho, pero la diminuta comadreja parecía estar durmiendo. Ojalá durmiera durante mucho rato, rezó Beth.

El silencio se hizo casi insoportable.

¡Los nervios por la boda le hacían imaginar tonterías!

—Parece mucho lío ir hasta el puerto para hacer unas fotos —Beth consiguió decir por fin, intentado mantener una conversación normal.

Kell sonrió y meneó la cabeza.

—Aprovéchate todo lo que puedas. Beth; éste es tu día. Es la única oportunidad que tienes de hacerte fotos de boda —vaciló y volvió a arquear las cejas—. Esto es si es que planeas que este matrimonio sea para siempre.

Una vez más creyó oír una cierta burla en sus palabras y Beth sintió que se ponía aún más colorada.

Pero no eran más que imaginaciones suyas. Kell Hallam tenía un rostro agradable.

¿Cómo podía aquel hombre haber adivinado lo que Beth y Lyle planeaban? ¡Pero qué ridiculez! ¡Claro que no podía!

—¿Qué tipo de fotografías quieres sacar? —presunto ella.

—Fotos con barcos —dijo.

—Con barcos…

—Tengo un amigo que me deja utilizar su yate para las bodas —le iba diciendo Kell Hallam—. Es un escenario estupendo —entonces, al verla abrir los ojos como platos se echó a reír—. Eh, que no vamos a levar anclas. Soy un marinero de agua dulce, señorita.

—¿No podríamos sacar un par de fotos en el embarcadero y terminábamos con el asunto?—preguntó.

—Pero yo soy un artista —gruñó Kell y luego sonrió, como si disfrutara viéndola nerviosa—. Además, tengo un temperamento artístico. ¿Quieres que te lo muestre? No tienes más que sugerir que te haga las típicas fotos de vacaciones en vez de retratos.

Beth consiguió esbozar una sonrisa.

—Lo siento.

—Eso espero —volvió a sonreír—. Sólo espero que lo sientas lo suficiente como para portarte bien y que intentes estar lo más fotogénica posible para este simpático hombre que va a estar detrás de la cámara.

—Lo intentaré —a Beth se le pasaron los nervios; la risa de Kell Hallam era contagiosa—. ¿De verdad quieres que me suba a un barco?

—Si quieres evitar que me dé una rabieta —dijo el fotógrafo con firmeza aunque sus ojos tenían una expresión de broma—. Me gustaría fotografiarte en la proa de un yate, mirando al mar con nostalgia. Quiero que la expresión de tu cara diga que tu querido Lyle está perdido en medio del temible océano, enfrentándose a los peligros para alcanzar a su novia.

Beth no pudo evitarlo y casi se ahoga de la risa.

—Mi querido Lyle es el mayor marinero de agua dulce que conozco —admitió—. Si se le ocurriera acercarse al temible océano iría a por un cubo en vez de por su novia.

Kell Hallam se echó a reír con ganas y se le iluminó toda la cara. Beth le veía perfectamente los ojos reflejados en el retrovisor, y esa mirada la tenía subyugada.

¡Era peor que Georgie! Aquello no era más que una loca reacción de adolescente hacia un hombre muy atractivo. Haciendo un esfuerzo enorme Beth se obligó a apartar la mirada de nuevo.

—¡Eres precisamente lo que necesito, por la otra punta! —el fotógrafo se desternillaba de risa—. Una novia muy práctica, sí señor —entonces se volvió a mirar hacia delante con decisión. Salieron de una calle lateral y tomaron la avenida que llevaba al puerto—. ¡Ya basta! —ordenó—. Mira, déjame que siga conduciendo mientras tú te concentras en algo que te ponga romántica. Pon la cara adecuada, que no será la adecuada hasta que no dejes de pensar en mareos y cubos. Piensa en las películas románticas o en Lyle con un pijama de seda. Cierra los ojos hasta que lleguemos al puerto y, cuando lleguemos, te quiero totalmente enamorada.

Beth se concentró todo lo que pudo y se dio cuenta de que sonreír le resultaba muy fácil. Fácil cuando el hombre con el que estaba en ese momento no paraba de hacerle reír.

Lo de parecer totalmente enamorada era más difícil de conseguir, sobre todo si se imaginaba a Lyle con o sin pijama de seda.

El pequeño animalito que llevaba en el pecho siguió durmiendo y el calor que desprendía la reconfortó. Beth cerró los ojos obediente e intentó pensar en cosas románticas, pero no pasó nada. Sólo le quedó la risa, y la imagen de los risueños ojos de Kell Hallam.

Finalmente, y viendo que no conseguía nada, Beth abrió los ojos pensando que ya estarían a punto de llegar.

Pero no.

Seguían a toda prisa, pero en vez de virar hacia el muelle había doblado para tomar el puente que cruzaba por encima del puerto. ¿Por qué demonios…? La calle que bajaba al puerto estaba perfectamente indicada. ¿Por qué diantres Kell no la había visto?

—Perdona, pero te has equivocado de calle —dijo Beth sorprendida, aunque no asustada—. Deberíamos haber girado antes del puente. Si el yate de tu amigo está anclado al otro lado del puerto jamás volveremos a tiempo.

Se oyó un fuerte chasquido a su lado y Beth miró justo a tiempo para ver bajarse el cierre de la puerta de atrás.

Había activado el cierre centralizado.

Se volvió a mirar hacia el espejo retrovisor y vio que la mirada de Kell Hallam había dejado de ser risueña.

—Supongo que ya es hora de que te diga que el propósito es llegar tarde —dijo el fotógrafo, y Beth se dio cuenta de que su voz había cambiado completamente. El tono cordial había desaparecido—. Más bien que tú llegues tarde; de hecho, dos semanas más tarde. ¡Sería una pérdida de tiempo sacar unas fotos cuando no se va a celebrar la boda!

Por un instante la sorpresa no la permitió reaccionar. ¿Qué se creería aquel hombre que estaba haciendo?

Beth miró hacia el retrovisor, como si no hubiera oído bien lo que le había dicho, pero Kell Hallam había dejado de mirarla. La sonrisa del fotógrafo se había borrado sin dejar rastro. Su expresión era sombría y estaba concentrado en colocar el coche en la fila de vehículos que iban abandonando la ciudad a toda velocidad.

—¿A qué… A qué te refieres? —tartamudeó Beth—. Yo no…

—¿Que no lo entiendes? —dijo Kell con expresión adusta—. Pues ya somos dos.

Se hizo silencio.

Él no estaba dispuesto a romper el silencio. Se sucedieron los kilómetros y, pasado un buen rato, Beth empezó a digerir todo aquello. Beth no lograba

comprender por qué aquel hombre la estaba llevando lejos de la ciudad en contra de su voluntad.

¿Y adonde?

Sólo Dios lo sabía.

Beth intentó pensar, pero no conseguía hacerlo.

Aunque fuera capaz de abrir el cierre no podría saltar. El coche viajaba a toda prisa por la tranquila carretera aquel sábado por la tarde.

Una locura…

El miedo empezó a dominarla. Todo lo que sabía era que estaba metida en un potente coche con un hombre claramente trastornado.

—No entiendo cómo Lyle Mayberry ha logrado encontrar una novia y organizar una boda en cuatro semanas —dijo el fotógrafo con expresión adusta—. Entonces pensé en venir a rescatarte y pedirte que me lo explicaras.

—¿Explicar el qué?

—¿Por qué te ibas a casar con Lyle Mayberry?

Beth se lo quedó mirando fijamente, con la mente anestesiada por la sorpresa.

—Pero no tengo nada que explicar…

—¿Ah, no?

—¡No! —Beth respiró profundamente, intentando calmar el miedo que la atenazaba—. ¡Déjame salir!

—Voy conduciendo muy deprisa —dijo Kell tranquilamente, pero había un trasfondo de dureza en su tono de voz—. Te harías daño, y no quiero.

—¡Bueno, entonces para el coche! —Beth estaba ya verdaderamente aterrorizada.

El tono de voz de Kell Hallam era lo suficientemente despiadado como para darle a entender que llevaría a cabo cualquier propósito.

—No.

A Beth le latía el corazón a cien por hora. Inconscientemente se llevó la mano a la pequeña bolsa que tenía en el pecho.

—¿Por qué no? —preguntó sin rodeos.

Kell Hallam debió de haber sentido el miedo en su voz. Aquella sensación la rodeaba, era superior a ella…

—No voy a hacerte daño —dijo con dureza, mirándola brevemente. Viajaban a toda prisa, en dirección norte hacia la carretera de la costa. Estaban prácticamente solos y el potente Mercedes iba tan aprisa que el fotógrafo se concentró en la conducción—. Puedes estar segura de ello.

—¿Y cómo? —le resultaba casi imposible pronunciar palabra—. ¿Por qué iba a estarlo?

—Porque hacerte daño no es parte del plan.

El velo que le cubría la cara se le antojó de repente claustrofóbico. Se lo apartó de la cara dejando que la cascada de bucles le cayera sobre los hombros.

—¿Del plan?

—No estoy loco, Beth —le respondió con dureza—. Enfadado, sí, pero no loco.

—Es una locura que me hayas raptado. Es una locura que el fotógrafo secuestre a la novia a la que va a fotografiar.

—Pero es que yo no soy fotógrafo, Beth —dijo Kell Hallam, y de pronto su tono de voz se suavizó.

—¿No eres…?

—Soy granjero, nací en una granja y me criaron en el oficio —le dijo—. El equipo de fotografía me lo han prestado para la ocasión. Si tuviera que manejar estas cámaras tan complicadas no sería capaz.

—Pero…, por favor… No entiendo nada —la voz de aquel hombre sonaba tan razonable, tan exenta de maldad; estaba muerta de miedo, pero le costaba trabajo cuando aquel hombre le hablaba con tanta tranquilidad.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó.

Beth cerró los ojos, aguantándose unas ganas locas de reírse. Lo cierto era que estaba a punto de darle un ataque de histeria.

—¿Por qué me has secuestrado? —dijo sin alterarse.

—No te he secuestrado; sólo te he tomado prestada. Considérate a ti misma como un préstamo. Pero te devolveré sana y salva, en dos semanas.

—¿Dos semanas?

—Dos semanas —repitió—. El día después de que tu primo Lyle cumpla treinta años.

Beth aspiró profundamente, como si se estuviera ahogando. De alguna extraña manera empezaba a hacerse la luz en medio de aquella oscuridad.

—Estás intentando impedir que Lyle herede —dijo lentamente.

—Lo has adivinado a la primera, señorita —dijo Kell bruscamente—. Entonces lo sabías, ¿no? ¿Tengo razón o no? No eres la novia enamorada de la que Lyle no ha parado de hablar.

—Yo no…

—Mayberry le ha ido diciendo a todo el mundo que lleva un año comprometido con su prima —dijo Hallam con dureza—. Pero yo he estado investigando. La primera vez que se oyó hablar de esta boda fue hace cuatro semanas. ¿Entonces… estás en el ajo también?

—¿Cómo dices?

—¿Ibas a jugar a la familia feliz con Lyle por amor al arte o te iba a dar Lyle un porcentaje?

Beth se quedó de piedra.

—¿Cómo…? ¿Cómo has averiguado todo eso? —balbuceó.

—Contesta a mi pregunta.

—No —le espetó ella—. ¿Por qué iba a hacerlo? A ti no tiene por qué importarte con quién me case o por qué.

—Bueno, pues en eso te equivocas —dijo Kell—. Dentro de dos semanas me importará un comino con quién te cases. Pero cualquier mujer que quiera casarse con Lyle Mayberry de aquí a dos semanas me interesa mucho. Y como en este país se tarda un mes en conseguir una licencia matrimonial, a no ser que Mayberry haya tenido la precaución de hacerse con una novia de repuesto, creo que eres su única posibilidad. Y por eso te vas a pasar dos semanas conmigo te guste o no. Después, tú y tu maravilloso prometido os podéis ir al infierno en lo que a mí concierne. De hecho, espero que lo hagáis.

Capítulo 2

No se volvieron a dirigir la palabra durante casi dos horas. La mayor parte del tiempo Beth estuvo inmóvil, mirando fijamente la carretera. La cabeza le daba vueltas y las ideas se le agolpaban. Además, no dejó de sentir miedo.

Kell Hallam condujo en dirección norte dejando atrás las afueras de Sidney y luego por la carretera de la costa para finalmente dirigirse hacia el interior, cruzando las Montañas Azules e internándose en la comarca de Hawkesbury, terreno cruzado por numerosos ríos, salvaje, remoto y muy bello.

Después de llevar varias horas en el coche, Beth empezó a sentir náuseas con la certidumbre que Lyle Mayberry le había mentido, y las mentiras de su primo le habían puesto en peligro. Vaya con las promesas de Lyle…

—Esto no le hará daño a nadie Beth —le había prometido Lyle—. A nadie le importa. Si no heredo, entonces el dinero irá a parar al consejo de administración pública para ser repartido entre varios parientes lejanos que ni siquiera sabían que existía el viejo. Sólo lo que puede costar dar con ellos podría llevarse la mitad de las fincas. Créeme Beth, a nadie le interesa.

Pero había alguien a quien sí le interesaba, y ese alguien era Kell Hallam.

Beth se acurrucó en el asiento trasero de aquel coche de lujo sintiéndose más indefensa y aterrorizada de lo que se había sentido jamás. Lo único que la impedía echarse a llorar era la rabia que tenía dentro.

Lyle la había utilizado y en ese momento otro macho dominante la estaba utilizando para conseguir su propio cometido.

Lo estaba haciendo por dinero.

Finalmente fue la pequeña comadreja la que le hizo romper el silencio. Sintió cómo se despertaba y empezaba a moverse, y luego se retorció con más fuerza buscando la tetilla de su madre. Pero en esa ocasión la tetilla estaba en el bolso de terciopelo que Beth llevaba colgado del hombro. Beth sacó el pequeño biberón del bolso y lo calentó entre las manos.

Dirigió una mirada cautelosa a Kell Hallam y se metió el biberón en el pecho para mantenerlo templado. Todo lo que tenía que hacer era sacar al animalito de la bolsa y alimentarlo.

Entonces Kell Hallam la vería.

Alimentar a una cría de comadreja en el coche sin que él se percatara de ello iba a resultar imposible.

Pero no le molestaría, ¿no?

A Lyle le habría molestado.

Beth sabía muy bien cuál hubiera sido la reacción de Lyle de haberla pillado con una de sus crías. Ya había ocurrido una vez, cuando Beth tenía unos doce años, y lo que pasó al final todavía le daba ganas de llorar.

¿Sería diferente aquel hombre?

Kell Hallam tenía la mirada risueña y Lyle no.

Kell Hallam era despiadado.

Le había dicho que no le haría daño, pero Beth se había creído sólo la mitad de aquella promesa y confiar a un animal indefenso a su bondad sería más que criminal; no podía hacerlo.

—Por favor… —dijo con un hilo de voz—. Necesito parar: tengo que ir al servicio.

—Espera —dijo con la misma dureza, frío e insensible.

—No puedo esperar —contestó Beth, testaruda—. Llevo demasiado rato esperando; tienes que parar.

—No voy a parar —dijo con aspereza, pero para sorpresa de Beth el coche aminoró su marcha, tomó una desviación en la carretera y entró en una secundaria que conducía a las montañas—. Estamos a diez minutos de mi casa.

—¿De tu casa?

—De mi casa —de nuevo Kell Hallam la miró por el espejo retrovisor y lo que vio le irritó—. Te he dicho que no voy a hacerte daño; no hace falta que pongas esa cara.

—¿No hace falta que ponga esta cara? —consiguió articular—. ¿Después de que me raptas y me llevas a las montañas en contra de mi voluntad, cuando debería estar casándome en este momento y cuando nadie sabe dónde estoy? No hace falta que ponga esta cara…

—Cállate ya, Beth —le dijo—. Créeme, esto me disgusta mucho más que a ti. Si no estuviera tan desesperado…

—¿Desesperado por conseguir el dinero de Oliver Bromley?

—¿Qué sabes tú de Oliver Bromley? —dijo entrecerrando los ojos.

Beth aspiró profundamente.

—Sólo que murió el mes pasado y le dejó su casa a mi primo.

—Su casa y todas sus propiedades —dijo con tono de odio—. Toda su fortuna. Le ha dejado todo a tu querido primo, que se ocupó de sus asuntos durante los últimos meses de su vida. Congració tan bien con él que le ha dejado todo. Dios sabe si el viejo sabía o no lo que estaba firmando, pero tu maravilloso Lyle ha hecho que el legado sea irrefutable. El hecho que después de todos los esfuerzos haya tenido que buscar a una prometida dócil le habrá fastidiado bastante.

Y así había sido. Beth recordó el día en que cuatro semanas atrás Lyle había ido a visitarla. Hacía años que no veía a Lyle, pero parecía que la tía Hilda le había mantenido informado pues sabía de ella y de sus asuntos.

—Sé que no nos llevábamos muy bien en el pasado —le había dicho Lyle—. Pero sé que el contrato de arrendamiento de tu casa está a punto de vencer, Beth. Sé que no puedes permitirte el comprar la propiedad, pero yo estoy en una posición en la que puedo ayudarte.

¿Lyle… ayudarla? Beth había estado a punto de echarse a reír como una loca. Sólo cuando su primo le confesó cuánto la necesitaba se dio cuenta de que quizá pudiera ayudarla.

Oliver Bromley le había dejado una fortuna, pero sólo la heredaría si se casaba. Si Lyle no lo hacía, entonces todo iría a parar al consejo de administración pública. Si Beth aceptaba casarse con él, entonces Lyle le daría la propiedad de su preciosa granja como regalo de bodas. No hacía falta que se quedaran juntos y en un año podrían divorciarse.

Tan sencillo como eso.

Su corazón le había dicho que no lo hiciera, pero la alternativa era terrible. Perder su granja… Perder el único lugar donde se había sentido útil, donde se había sentido feliz…

Finalmente accedió a ello, con la condición de que no fuera perjudicial para nadie.

—A nadie podrá importarle —le aseguró Lyle una y otra vez.

Bueno, pues Kell Hallam sí que era alguien: un hombre que se había propuesto raptarla.

Beth miró por la ventanilla cuando el coche empezó a aminorar; entonces giró hacia una entrada rodeada de árboles de caucho a unos cincuenta metros de la carretera. Había una señal de madera entre los árboles donde se leía el nombre de la propiedad: *Coolbunna*.

El coche cruzó una verja que había al principio de un largo camino que se adentraba en la maleza y Beth miró a su alrededor con desolación. Allí no podría escapar a ningún sitio: estaba en una zona montañosa de vegetación exuberante, bella y salvaje.

El nombre de la propiedad era el más adecuado: *Coolbunna* en la lengua de los aborígenes significaba muérdago.

La densidad de aquella vegetación era un obstáculo para Beth. Las tierras más allá de la propiedad eran tierras de ganadería y las granjas estaban muy apartadas unas de otras. La última granja por la que habían pasado estaba a un kilómetro de allí. ¿Conseguiría Beth correr lo suficientemente aprisa para que no la atrapara? Por la carretera sería imposible, y si se metía en el sotobosque…

—Jamás te encontrarían —dijo de pronto Kell con aspereza y Beth levantó la vista y se encontró con su mirada—. Ni se te ocurra la estupidez de escapar. Además, tengo varios perros bien adiestrados; te encontrarían en diez minutos.

—No voy a quedarme aquí. No puedo… —de pronto le entró un miedo que nada tenía que ver con su seguridad personal. Dos semanas… Dos semanas de

encierro… Caroline le había prometido cuidar de los animales durante dos días, pero Beth le había dicho que volvería el lunes. El lunes al mediodía Caroline se marcharía, tanto si Beth estaba de vuelta como si no.

—Por favor…, no puedo… —Beth habló con desesperación—. Mira Hallam, o como te llames, no puedo quedarme aquí. Si hay alguien a quien Lyle vaya a hacer daño al heredar, entonces no me casaré con él. Si quieres te lo prometo, pero debo volver. No puedo… —Beth rompió a llorar y Kell Hallam soltó un taco.

—Guárdate las lágrimas para otro momento —dijo bruscamente—. Me he hecho a mí mismo una promesa y por mucho teatro que hagas nada va a cambiar. Durante las próximas dos semanas estarás aquí, o sea, que ya puedes ir acostumbrándote —entonces el coche dio una curva en el camino y Beth contempló su prisión.

La casa había sido construida a principios de siglo, y en gran escala. Era de piedra caliza, muy alargada y de poca altura. Había en el jardín unas escaleras de piedra que conducían a la casa donde unas puertas de cristal se abrían a la vegetación. Tanto la casa como el terreno de alrededor eran una maravilla.

El jardín que se veía era maravilloso. El prado, de un verde brillante, se extendía a ambos lados del camino. El aroma de las flores era intenso. Había rosas amarillas, blancas y rojas por todas partes, además de buganvilla, flor de la pluma… y muchas más. Y aunque estaba todo bien cuidado conservaba ese aire salvaje, por lo que uno no estaba seguro de dónde terminaba el jardín y de dónde empezaba el sotobosque. El prado bajaba hasta el río. Y detrás de la casa, las Montañas Azules se alzaban en la distancia como gigantes centinelas.

En otro momento, Beth se habría quedado embobada, pero en esa ocasión tenía demasiado miedo. Unos perros se lanzaron a recibir al coche con alegría y Beth se llevó la mano al pecho y cerró los ojos aterrorizada. Aquel sitio era como un antiguo lugar encantado, especialmente diseñado para subyugar a los prisioneros con sus maravillas.

Cuando Beth pudo finalmente sacar fuerzas de flaqueza, abrió los ojos. El coche se paró delante del garaje y los establos, en la parte de atrás de la casa.

No se veía un alma aparte de los perros.

Kell Hallam salió, llamó a los perros con silbidos y los saludó con una descuidada caricia. Los perros se retorcieron jubilosos. Hallam abrió la puerta de atrás y los perros se asomaron a mirar a Beth con interés. Fueron hacia ella, pero Hallam los llamó y ordenó que se sentaran a unos metros del coche.

—Quédate aquí hasta que venga a buscarte. Si te mueves mis perros te atacarán; si te quedas dentro del coche no te pasará nada. Tardaré unos diez minutos —entonces esbozó una medio sonrisa—. Cruza las piernas hasta que vuelva, señorita. Dentro de diez minutos podrás pasar todo el tiempo que quieras en el baño.

Y desapareció cruzando el patio a grandes y pausadas zancadas hacia la casa… Beth se quedó con los perros y con una comadreja hambrienta.

Por primera vez desde que comenzó el rapto, Beth se sintió tentada a sonreír. Los perros eran un viejo perro de aguas que movía el rabo con simpatía innata, y un pastor escocés más joven, blanco y negro, brillante y de pelo lacio, con los ojos vivarachos e inteligentes. También éste movía la cola queriendo entablar una nueva amistad. Las órdenes del amo hicieron que los perros se quedaran inmóviles, pero Beth conocía su buena mano con los animales y sabía que podía hacerse su amiga.

Estuvo a punto de intentarlo, sólo por darle en las narices a Kell Hallam, pero la pequeña comadreja empezó a retorcerse dentro de la bolsa. Cerró la puerta del coche con cuidado, metió la mano entre el raso y el encaje del vestido, sacó a la cría y se acomodó en el asiento para alimentarla.

Fue un paréntesis tranquilizador, un descanso en el que Beth pudo sentarse en silencio con la diminuta y salvaje criatura.

El silencio se hizo casi insoportable. Allí, entre las montañas, no se oía el ruido del tráfico en la distancia, ni el runrún de ningún tipo de generador o motor de ninguna clase. Aquel día no hacía viento y sólo se oía el dulce zumbido de los colibríes entre los árboles y los suaves sonidos de felicidad de la cría bebiendo. Fuera del coche, los perros se tumbaron tranquilamente.

Tras unos cinco minutos se oyó el ruido del motor de un coche por la parte delantera de la casa, pero Beth no lo veía. Al poco oyó el coche alejarse y se quedó de nuevo sumida en el silencio. Por un momento contempló la posibilidad de que Kell Hallam la hubiera dejado ahí sin más, junto a aquellos atentos compañeros.

No. No sería tan tonto como para hacer eso. Sabía que esos dos dóciles animales podrían ser fácilmente domesticados. No podía marcharse.

Le había amenazado con los perros si intentaba adentrarse en la maleza. Pero los perros no constituían ninguna amenaza para su bienestar físico, aunque Beth sabía que la encontrarían si intentaba escapar. Quizá no la atacarían, pero unos perros bien entrenados podrían conducir a su amo hasta cualquier lugar, y si Kell Hallam tenía un caballo, no podría huir de él.

Entonces no le quedaba otra alternativa que terminar de alimentar a la cría y devolverla al calor y la seguridad de la bolsa, entrelazar los dedos para que le dejaran de temblar y esperar…

El raptor de Beth cumplió su palabra y volvió, como había prometido, algo más de diez minutos después. Silbó a los perros para que se acercaran e él y estos obedecieron moviendo el rabo.

No podía ser tan malo, pensó Beth, no después de ver que los perros lo adoraban de aquella forma. Lo más seguro era que si le gustaban los animales tuviera una oportunidad. Levantó el mentón y se topó con su mirada mientras se acercaba a ella, sus ojos verdes lo miraban retadores.

—¿Has preparado ya la mazmorra? —preguntó, y había un cierto temblor en su voz.

—No hay ninguna mazmorra —dijo y desapareció la sonrisa que había iluminado su mirada—. Vas a ser una invitada en mi casa durante dos semanas.

—Una invitada en contra de mi voluntad.

—Una invitada que preferiría no tener. El plan de tu primo no me ha dejado otra alternativa —abrió la puerta del coche con fuerza y la dejó salir: después fue hacia el maletero. Para sorpresa de Beth, sacó un par de bolsas de viaje bastante viejas que ella reconoció.

—¿Cómo…? —salió del coche boquiabierta—. Son mías. ¿Cómo las conseguiste?

—Del hotel —le dijo sin inmutarse—. No te habrías marchado sin tus maletas, ¿verdad?

De pronto, Beth se humedeció los labios con la lengua; aquel hombre era un zorro y muy inteligente.

Lo que había hecho no había sido a lo loco sino el resultado de un cuidadoso plan.

—¿Pero… cómo las conseguiste? —preguntó de nuevo.

Kell Hallam dejó las bolsas en el suelo y luego se apartó.

—Quizá es hora de que sepas que no te he raptado, señorita —le dijo—. Si esperas una patrulla de policía encabezada por tu primo, olvídalo. Llevas semanas planeando esta maniobra.

—¿Yo? ¿Planeando?

—Tú lo has planeado —le dijo y metiéndose la mano en el bolsillo de la camisa sacó un papel—. Hice una copia de la carta que le enviaste a tu abandonado prometido, por si te interesa. ¿Te gustaría leer la carta que recibió justo antes de salir para la iglesia?

Beth miró el rostro implacable de Kell. Tomó la carta sin mediar palabra, la desdobló y la leyó.

Lyle.

Gracias por tu oferta de matrimonio, pero me han propuesto algo mejor por quedarme soltera. Tú vas a heredar la fortuna de Oliver Bromley si te casas; a mí me han pagado para que no te cases. Lyle, nuestro trato era de tipo financiero. Antes de fiarte de mí deberías haberte asegurado.

Beth leyó la escueta nota dos veces y luego dejó caer el brazo. Se quedó de pie bajo el sol, aterrorizada sólo de pensar en la cara que habría puesto su primo al leerla. ¿La creería capaz de escribir tal cosa?

Claro que sí. Todo lo que Lyle hacía en su vida estaba dictado por el dinero. Si a Beth le hubieran ofrecido más para dejar plantado a Lyle en el altar, entonces Lyle creería que lo había aceptado.

Eso no quería decir que la perdonara. Beth pensó en la ira de su primo y se quedó helada. Levantó la vista y se quedó mirando a Hallam fijamente; él la miraba pensativo.

—Mi… mi tía —balbució—. Yo…

—Le has dejado otra nota explicándole todo a tu tía —le dijo Hallam—. No ha sido tan desagradable como la que le dejaste a tu primo, pero era muy clara. Decía algo de que tu primo pensaba que eras una ingenua y una tonta y de que querías demostrarle que podías conseguir dinero decentemente por tu cuenta. ¿Quieres leerla?

—No, no quiero —exclamó Beth—. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te has atrevido? ¿Y cómo…? —estaba temblando con una mezcla de rabia y asombro y su voz era apenas un susurro—. ¿Cómo sacaste mis cosas del hotel? ¿Cómo te deshiciste del fotógrafo? ¿Cómo…?

—Con dinero —le contestó Hallam—. Tu primo y tú deberíais saber que el dinero lo compra todo. Llamé al fotógrafo y le dije que ya no se requerían sus servicios ya que se había contratado a otra persona mejor. Se puso como una fiera, pero cuando le pagué sus honorarios y le dije que estaba cobrando sin trabajar, tomó el dinero y se marchó al banco. Su enfado por el insulto que había sufrido se pasó y me aseguró que no llamaría a tu primo para confirmar nada. Luego pagué a algunas personas en el hotel de tu primo y de tu tía para que llevaran las notas —continuó diciendo—. Con todo el jaleo que armó tu primo con lo de la boda no me resultó difícil enterarme de vuestros planes. Y en cuanto a tus pertenencias, bueno, sabía que habrías hecho la maleta antes de salir para la iglesia, por lo que simplemente le pedí al conserje que se asegurara de guardar tu equipaje en mi coche. Me había visto hablar con tu tía y sabía que yo tenía algo que ver con la boda. No creo que tu primo envíe a la policía detrás de mí cuando has sido tú sola la que has organizado este tinglado.

—¿Pero cómo…? —las palabras le fallaban y Beth se quedó paralizada. Se sentía indefensa, él lo tenía todo planeado.

—Ahora sabe que hay otra persona que te ha ofrecido dinero —continuó Hallam—. Pero no sabe que esa persona soy yo. Y aunque lo supiera, no hay nada que pueda hacer, señorita Lister. Vas a ser mi invitada durante las próximas dos semanas, por lo que te sugiero que te tragues tu rabia, cambies esa mirada de frustración en tus preciosos ojos y disfrutes de estas vacaciones forzosas. No hay nada más que puedas hacer.

Beth se sentía tan furiosa que estaba a punto de explotar. No volvió a hablar, se negaba a darle esa satisfacción a Kell Hallam. En lugar de eso, lo siguió dócilmente mientras le enseñaba las habitaciones que ella podría utilizar.

—Este es el apartamento de mi guarda —le explicó invitándola a pasar a una preciosa salita de estar con vistas al río. A un lado había una pequeña cocina americana, y más allá un dormitorio y un cuarto de baño—. Hay comida en la nevera, así podrás arreglártelas tú sola. Me imagino que querrás verme lo menos posible en estas próximas dos semanas, y el sentimiento es mutuo. Por cierto, los teléfonos están desconectados. He llevado a los caballos a otros establos y las únicas llaves de cualquier vehículo que veas aquí están en mi bolsillo —vaciló, y luego le rozó a Beth la pálida mejilla—. Es un trato duro, señorita —dijo suavemente al tiempo que Beth se pasaba la mano por la mejilla que él le había tocado—. Pero deberías haber pensado en una posibilidad como ésta antes de jugar conmigo y con

lo mío. Ven a buscarme si me necesitas para algo importante, busca a los perros y yo no andaré muy lejos, pero de otro modo espero que nos dejes en paz. Ahora, si estuviera en tu lugar, me quitaría el traje de novia y volvería a convertirme en Cenicienta. Ya han dado las doce y tu príncipe no es más que un mentiroso y un timador.

Y con una profunda mirada Kell Hallam se marchó, cerrando la puerta con firmeza.

Capítulo 3

Beth cruzó el dormitorio y cerró la puerta, como si quisiera poner tierra de por medio entre sí misma y su raptor. Se hundió en la enorme cama, pero ni siquiera se fijó en lo lujosa que era. Beth se quedó quieta durante mucho rato, sin moverse.

Beth Lister no tenía ni la más remota idea sobre lo que hacer.

Y Lyle… su horrible primo. Él la había metido en aquel lío, pero estaba segura de que no la sacaría de él. Y todavía seguía vestida de novia.

Miró el vestido con asco y al cabo del rato estaba hecho un rebujo en el suelo. Se había puesto su atuendo habitual: una camiseta y unos vaqueros desgastados. Entró en el cuarto de baño, se cepilló la laca que le había puesto la peluquera y se restregó la cara hasta que se hizo daño, quitándose cualquier rastro de maquillaje posible. Luego se incorporó y se quedó mirándose al espejo durante un buen rato.

El pequeño bulto de la bolsa de cuero se notaba mucho bajo la camiseta y parecía como si tuviera tres pechos, pero no importaba. La Beth normal era esa chica: sin adornos, descalza, sin pretensiones.

Tendría que enfrentarse a Kell Hallam y sería muy pronto, pero primero… Primero tendría que orientarse, recuperar la compostura e intentar encontrar un poco de dignidad con la que enfrentarse a él.

Beth fue hacia las cristaleras y decidió salir.

El jardín fue como un bálsamo para su espíritu. Allí se respiraba paz. Sin duda, Kell Hallam y sus perros estarían dentro de la casa, puesto que no se los veía por ninguna parte, y Beth se sintió libre. Sus pies descalzos disfrutaron del frescor de la rica y húmeda tierra de la pradera. Llevaba una semana en la ciudad con la organización de la boda y eso era ya demasiado tiempo para ella.

La pequeña comadreja no dejaba de moverse. Beth dudó un instante, levantó la vista hacia la casa y se escondió rápidamente detrás de un macizo de fucsias que florecían a los lados del camino. Oyó a los dos perros acercándose y decidió ocultar el pequeño animalito. No pasaría nada si lo dejaba suelto un rato para que también ella pudiera disfrutar.

Beth se tumbó todo lo larga que era sobre la hierba y con su cuerpo formó un pequeño cerco donde soltó a la cría. El sol era tan cálido y suave y Beth estaba tan cansada… Se tumbó y dejó la mente en blanco.

Al rato sintió que una mano le tocaba la cabeza.

Beth dio un tremendo respingo y al volverse vio a una niña en cuclillas a su lado, observándola en silencio.

No tendría más de cinco o seis años y a pesar de ello se había acercado a ella furtivamente, como un fantasma. Llevaba un pichi gastado y el fino cabello rubio peinado en dos trenzas medio retorcidas. Tenía un par de ojos marrones tan grandes que ocupaban la mitad de su diminuta cara. La niña estiró la mano para tocarle el pelo, como para comprobar si aquella extraña dama durmiente era real.

Instintivamente. Beth acurrucó a la comadreja contra su pecho antes de ser consciente de quién era aquella recién llegada. Pero la mirada de la niña le aseguró que podía soltarla de nuevo sin problemas. El animalito volvió a moverse por el pequeño espacio que le proporcionaba el cuerpo de Beth y se puso a mordisquear una hoja de fucsia.

La niña observaba la comadreja asombrada, pero no dijo ni palabra. Resultaba extraño ver a una niña tan quieta como aquella. Tenía una expresión de recelo que a Beth le recordaba a las criaturas salvajes a las que ella cuidaba.

—Hola —Beth sonrió.

La niña no respondió. Miraba la comadreja con los ojos muy abiertos.

Beth vaciló, mirando a la niña y al animal. Ambos eran igual de frágiles, y a pesar del miedo y el trauma que había sufrido aquel día, se sintió conmovida al darse cuenta de la necesidad dibujada en el rostro de aquella niña. Algo raro ocurría allí…

—Es la primera vez que esta cría sale de su bolsa desde que mataron a su madre —dijo Beth tranquilamente, observando la cara de la niña—. Estoy cuidando de ella hasta que sea lo suficientemente adulta para dejarla en libertad.

La comadreja seguía mordisqueando, el sol las bañaba con sus cálidos rayos, creando una sensación de paz absoluta. Beth no volvió a hablar pues no lo creyó necesario. La niña parecía contenta con simplemente observar y Beth estaba feliz de dejarla hacer lo que quisiera.

Finalmente fue la niña la que rompió el silencio.

—¿Dejarás… dejarás que se marche? —la pequeña tenía una vocecita fina, casi como si no estuviera acostumbrada a hablar y le costara trabajo.

—Cuando esté preparada —dijo Beth, volviéndose a mirar a la delicada criatura—. Las comadrejas no son animales de compañía, tienen que vivir en libertad.

«Igual que yo», pensaba Beth al mismo tiempo. Beth siempre había sabido que ella no estaba hecha para tener una familia. ¿A qué había estado jugando al aceptar casarse con Lyle? Incluso cuando por fin había accedido a hacerlo siempre supo que aquello le traería problemas. Y en ese momento, estaba prisionera de Kell Hallam. ¿Sería él el padre de aquella niña?

Se hizo de nuevo el silencio; la niña seguía embelesada con la pequeña comadreja.

Beth se recostó apoyando la cara en la suave hierba y dejando que la paz y la calidez la envolvieran. La niña estaba a su lado y algo le decía que aquella niña necesitaba tanta paciencia como cualquier animal herido. Había huellas de terror reflejado en su mirada. Si Beth extendía el brazo para acariciarla le daba la sensación de que la niña echaría a correr.

Quizá Kell Hallam había avisado a la niña de la presencia de Beth. ¿Y de ser así, qué le habría dicho? ¿Que Beth era una especie de bruja?

No podía hacer nada sino observar y esperar. Finalmente, la niña habló de nuevo.

—¿Cómo se llama la comadreja? —susurró.

—No lo sé —le dijo Beth, mirando al animal con expresión grave y sin mirar a la niña. Se dio cuenta de que cuanto menos caso le hiciera a la pequeña, mejor—. ¿Tienes un nombre que podamos llamarla mientras esté conmigo?

La niña se quedó pensativa, ladeó la cabeza con una expresión de concentración en su rostro.

—¿Es un niño o una niña?

—Una niña.

—Entonces la llamaremos Pétalo —anunció la niña—. Porque eso es lo que se está comiendo y. además, le queda bien el nombre.

Cuando la cría paró de comer, miró a ambos lados inquieta. Beth aprovechó para meterla de nuevo en la bolsa del pecho.

—Pétalo no es más que un bebé —explicó Beth al ver la mirada de asombro de la niña—. Está cansada y no debe enfriarse.

—¿Duerme en tu barriga?

—Ese es su sitio favorito —explicó Beth—. Está calentita y el latido de mi corazón le recuerda al de su madre.

La niña volvió a sumirse en el silencio, pensativa. Finalmente aspiró con fuerza, como si hubiera tomado una decisión.

—¿Quieres saber cómo me llamo?

—Si quieres decírmelo, me encantaría saberlo —sonrió Beth—. Yo me llamo Bethany, pero todo el mundo me llama Beth.

—Beth es un nombre muy bonito; no es tan bonito como Pétalo pero… me gusta. Yo me llamo Katie pero mi… mi mami a veces me llama Katie Bell.

—Encantada de conocerte Katie Bell.

Quizá a otro niño Beth le hubiera dado la mano, pero con Katie no lo hizo. La niña seguía con esa expresión como si fuera a echar a correr, como si el más mínimo movimiento pudiera atemorizarla.

—¿Te gusta mi vestido? —preguntó la niña.

Beth miró el pichi de la niña: era bastante bonito, pero estaba muy viejo y le quedaba demasiado pequeño.

A pesar de eso, no era el momento de ser sincera, sobre todo cuando la pregunta de la niña había estado cargada de ansia y orgullo.

—Me gusta mucho —sonrió Beth—. ¿Es tu favorito?

—Me lo regaló mi mamá. Yo la vi hacerlo en una máquina de coser —la pequeña abrió y cerró los ojos, como intentando sacar fuerzas de flaqueza—. Si la

comadreja se tumba en tu tripa y cree que eso le recuerda a su mamá, ¿crees que… crees que yo podría?

Beth pestañeó.

—Quizá —dijo con cautela—. ¿Quieres acordarte de tu mamá?

—Sí —la niña se sentó junto a Beth y luego apoyó su pequeño cuerpo con resolución junto al de ella; se quedó mirando fijamente a la cascada de hojas que había por encima y empezó a hablar—. Hay veces que ya no me acuerdo bien de ella —dijo desesperadamente—. Antes sí que podía, pero ahora…, ahora se me borra su cara.

A Beth le dio un vuelco el corazón. ¿Qué le había ocurrido a aquella pequeña? A pesar de ello las preguntas no importaban. Sólo importaba aquel frágil y desesperado ruego por sentirse consolada.

Beth le echó el brazo por los hombros y la apretó contra su pecho. La niña se puso rígida durante un buen rato, luego se acurrucó junto a ella y apoyó la cara contra el pecho de Beth.

—Aquí hay los latidos de dos corazones: el de Pétalo y el mío. Escucha y siéntelo. Quizá así puedas acordarte de cuando tu mamá te acurrucaba así. Todas las mamas lo hacen y creo que tu mamá ha debido de ser de las mejores para tener una pequeña Katie Bell como tú.

—¿Tú crees?

—Yo creo que sí —dijo Beth dulcemente—. Además, te hizo el pichi. Qué mamá tan estupenda, hacer eso por su pequeña. Ahora calla y escucha.

Y estuvieron así en silencio durante un largo rato.

—¡Katie!

Tres corazones se sobresaltaron al mismo tiempo al oír una fuerte voz de hombre a través del jardín. Antes de que terminara de pronunciar su nombre, la niña se había puesto de pie y se había medio escondido tras los arbustos.

Y entonces, antes de que Beth pudiera moverse, la niña había desaparecido.

Beth se levantó y vio a la niña correr hacia la casa, con las trenzas moviéndose al viento. Kell Hallam estaba allí, de pie en la galería. Beth vio que en vez de ir directamente hacia Hallam dio un giro y se metió por la puerta principal.

Cerró dando un portazo y Kell Hallam se quedó solo en la galería, mirando hacia la puerta.

¿Pero qué diablos…? ¿Qué tipo de relación tan extraña era aquella?

Lentamente. Hallam se volvió a mirar hacia donde había estado Katie y vio a Beth.

Los perros la vieron casi al mismo tiempo: estaban a los pies de su amo en la galería. AI ver a aquella interesante extraña en su terreno, bajaron por las escaleras de piedra y cruzaron la hierba para saludarla. Beth se llevó la mano a la bolsa y se quedó quieta, esperando.

Por un momento Kell Hallam vaciló, miró hacia la puerta, como si dudara entre seguir a Katie y luego se fue tras los perros.

Cuando llegó hasta Beth, los perros estaban locos de excitación, dando vueltas alrededor de ella y Beth sabía que el olor de la pequeña comadreja estaba impregnado por toda ella. Los perros olían a la cría y sabían exactamente dónde estaba.

—¡Venid aquí! —ordenó Kell. Los perros se volvieron a mirarlo para ver si lo decía en serio y luego aminoraron el paso para que él los alcanzara. Kell Hallam se acercó a Beth con los perros junto a él.

—¿Qué demonios…?

Por el comportamiento de los perros y la forma en que Beth acurrucaba la bolsa entre sus pechos quedaba claro que tenía algo que les interesaba muchísimo.

Kell Hallam entrecerró los ojos al tiempo que se acercaba, e inconscientemente Beth puso la otra mano delante del bulto para protegerlo.

—¿Qué tienes ahí?

—Yo…

Beth se sentía pequeña frente a aquel hombre tan alto y fuerte; se sentía pequeña e insegura.

—Enséñame lo que estás ocultando —dijo Kell y Beth se estremeció aunque lo miró a los ojos sin pestañear.

—Dijiste que no querías que te molestara en las siguientes dos semanas —consiguió decir.

—Y no quiero, pero me vas a enseñar lo que tienes ahí.

—No.

—Entonces te echaré a los perros…

—¡Asqueroso! —Beth se echó hacia atrás, pero se puso muy pálida—. ¿Qué crees que estoy ocultando? ¿Una pistola? Si así fuera no estaría aquí ahora. Tienes todo el poder y lo sabes. ¿Cómo te atreves a insultarme, a atemorizarme? ¿Cómo te atreves a raptarme?—aspiró profundamente—. Puedes haber escrito todas las cartas que hayas querido, ¿pero cómo vas a explicárselo a la policía cuando vuelva y se lo cuente todo? —y entonces se puso aún más pálida—. Esto es… ¡Oh, Dios mío! Si es que me dejas marchar.

Aquel hombre podría haber disimulado las pruebas de tal manera que pareciera que había huido por propia voluntad. Pero si finalmente la dejaba marchar, aquel hombre podría ser acusado ante un tribunal. Era un criminal: un secuestrador. Un hombre a quien su propia hija tenía miedo.

—Beth, ya te he dicho que no iba a hacerte daño.

Kell Hallam había visto el miedo reflejado en los ojos de Beth y había adivinado sus pensamientos. Alargó la mano para tocarla, pero Beth se echó hacia atrás, como si fuera a tocarlo.

—¿Y yo cómo lo sé? —susurró—. ¿Cómo sé que me estás diciendo la verdad? No lo sé, no puedo saberlo.

—Puedes porque yo te lo digo.

—¿Ah, sí? —tartamudeó Beth—. Igual que Lyle cuando me dijo que a nadie le importaría si él heredaba o no el dinero de Oliver Bromley. Igual que cuando me dijiste que eras fotógrafo. Tú y Lyle… ¿Por qué iba a volver a fiarme de ti o de él? No eres más que un criminal, Kell Hallam. Y Katie… ¿Por qué demonios tu propia hija te tiene tanto miedo? ¿Qué le hiciste a su madre?

Se hizo un silencio absoluto. Nadie pronunció ni palabra: incluso los perros parecían aguantar la respiración.

Beth se mantuvo firme, temblando y con la cara pálida como un fantasma mientras observaba la confusión pintada en el rostro de Kell Hallam. Primero vio la ira, después el asombro y finalmente la incredulidad en aquel rostro.

—¿Qué pasa con la madre de Katie? —dijo finalmente.

—¿Por qué tiene Katie tanto miedo? —preguntó Beth—. ¿Y por qué no se le permite ver a su madre?

—¿Cómo…? —Kell Hallam balbució con voz cascada—. ¿Cómo sabes lo de su madre?

—Ella me ha dicho que no se acuerda de ella —contestó Beth—. Me dijo que ella…

—¿Ella te lo dijo? —no había duda del sentimiento que teñía entonces su voz: puro asombro. Kell Hallam se la quedó mirando a la cara fijamente, avanzó hacia ella y la agarró por los hombros zarandeándola, con el rostro rojo de rabia—. Estás mintiendo —le gritó—. Mira, no sé que plan te traes entre manos, pero…

—¿Por qué iba a mentir?

—Katie está muda —dijo con expresión atónita—. No habla. Sé que estás mintiendo, pero no sé cuál es tu juego. ¿Y qué diantres llevas debajo de la camiseta?

Pasó casi un minuto antes de que Beth se atreviera a contestarle. Estaban ocurriendo tantas cosas que se sentía extremadamente confusa… Confusa y aterrorizada.

Lo miró, pero su rostro no expresaba amenaza ni enfado. Éste había sido sustituido por un sentimiento de confusión tan grande como el de Beth.

—Tengo una comadreja —dijo finalmente, mientras él parecía cada vez más confundido.

—Una comadreja —Kell Hallam meneó la cabeza, como si tratara de no marearse.

—Me dedico a cuidar animales salvajes huérfanos: eso es lo que hago.

—Tu trabajo —el hombre estaba perdido; dio un paso atrás, contemplándola como si tuviera tres cabezas—. ¿Qué trabajo?

—Así es como me gano la vida —dijo Beth con paciencia—. Soy cuidadora de animales salvajes. Mi trabajo consiste en cuidar a los animales heridos o huérfanos hasta que están bien para volver a ponerlos en libertad.

—No te creo.

—No te estoy pidiendo que me creas —dijo Beth y se encogió de hombros.—, pero es la verdad. Esa es la razón por la que tienes que dejarme marchar.

—No te voy a dejar marchar.

—Entonces, serás responsable de veinte muertes —le dijo Beth—. Tengo a una persona que va a cuidarme a los animales hasta el lunes. Si no estoy de vuelta ese mismo día, se morirán de hambre. Tienes que dejarme marchar, o permitirme telefonear a alguien para que vaya a sustituirme. Tienes que hacerlo.

—Enséñame la comadreja —Kell Hallam puso cara de asombro, y la sorpresa se acrecentó cuando Beth se sacó la bolsita de cuero de debajo de la camiseta y la abrió lo suficiente para que saliera una carita con expresión interrogante. Kell aspiró profundamente, muy sorprendido.

—¿Pero… de dónde diablos has sacado eso?

—Ya te lo he dicho. Soy cuidadora de animales salvajes —Beth metió a la comadreja de nuevo en la bolsa y ésta debajo de la camiseta. Levantó el mentón con expresión desafiante. La pequeña comadreja dependía de ella y por ello tenía que ser valiente, aunque sólo fuera para defenderla.

—¿No habrás traído a ese maldito animal en tus maletas?

—No —contestó Beth—. La he llevado en una bolsa de cuero colgada del cuello, tal y como está ahora.

—Pero… —Kell Hallam no daba crédito a sus oídos—. No me digas que lo llevabas debajo del vestido.

—Muy sagaz… —contestó Beth—. Muy bien —Beth aspiró ruidosamente—. Pero el caso es que, señor Hallam, sólo tengo la suficiente leche para dos días y hay muchos animales esperándome en mi granja. Si no vuelvo a tiempo, morirán. Debes dejarme marchar.

Kell Hallam se puso tenso y miraba a Beth como si estuviera intentando descifrar el tipo de persona con la que se había involucrado.

—No voy a dejarte ir por una comadreja. Es una historia muy bonita, pero si es que acabas de cazarla…

—¿Todavía crees que estoy mintiendo?

—¿Esperas que me crea que llevabas esa criatura escondida bajo el vestido de novia? ¿Que ibas a casarte con una cría de comadreja colgando del cuello? ¿Y después qué? —preguntó—. ¿Pensabais iros de luna de miel con la comadreja? Conozco bien a Lyle Mayberry señorita, y francamente no te creo. ¿Y qué hubiera pasado con los otros animales?

—No íbamos a irnos de luna de miel —dijo Beth tranquilamente—. Iba a casarme con Lyle y luego me iba a casa.

Lo miró y sintió que sus fuerzas empezaban a flaquear. Nada volvería a ser igual que antes.

—¿Entonces tú y Mayberry os ibais a casar por el dinero? —dijo Hallam con cautela, observándola—. ¿Lo ibais a hacer sólo por la herencia?

—Eso es —Beth tragó saliva varias veces. No había manera de librarse de aquel hombre. Estaban ocurriendo cosas que no entendía, pero sí sabía que su única oportunidad sería ser totalmente sincera y esperar que aquel hombre fuera más considerado y más íntegro que su primo.

Lo volvió a mirar y algo se estremeció muy dentro de ella. Su instinto le dijo que quizá valiera la pena intentarlo.

—¿Puedo explicártelo? —preguntó con suavidad.

Kell Hallam asintió.

—Tengo una granja… —Beth empezó a decir; hundió los dedos de los pies en la fresca hierba y sintió la suavidad de la tierra húmeda—. No es como ésta; es pequeña y no soy propietaria de ella, sino que la alquilo. Me gradué como enfermera veterinaria después de terminar la secundaria y trabajé como una burra hasta que pude pagarme el alquiler de la propiedad. Sólo tiene veinte acres, pero es una granja preciosa. Crío cabras de Cachemira para poder pagar el alquiler.

—¿Y?

—Y también me dedico a cuidar animales salvajes. Eso ha sido lo que siempre he deseado hacer. Mi trabajo lo es todo para mí; la gente me trae animales heridos o huérfanos y yo cuido de ellos. Acojo a todo tipo de animales de la zona: koalas, ulabíes, canguros y wombats. También cuido de pájaros; ahora tengo unos cuantos a punto de dejar en libertad.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? —Kell parecía hacer enormes esfuerzos para no parecer interesado, para permanecer indiferente. Aun así, su expresión no era ya tan dura, y Beth sacó fuerzas para continuar.

—Tengo problemas con las alambradas —dijo con tristeza—. Pensaba que valían, pero hace unos seis meses entraron un par de perros salvajes e hirieron a las cabras. Mataron a todos los animales adultos que ya tenía preparados para vender. Las cabras que yo crío tienen un pelaje muy preciado y un buen ejemplar vale más de quinientos dólares. Mataron a cincuenta animales antes de que me despertara y los echara de allí.

—Eso debió de reducir tremendamente tus ganancias —dijo Hallam sin sentimiento, a lo que Beth asintió con la cabeza.

—Fue algo más que eso —dijo—. Me arruiné; quiero decir que no podía pagar el alquiler de la granja. Me dan una pequeña ayuda por el cuidado de los animales, pero no es suficiente para mantenerla. La muerte de mis cabras me obligaba a mudarme, pero no puedo permitirme ese lujo. Sin la granja no puedo acabar de

rehabilitar a los animales que tengo. Tendría que encontrar a otras personas que cuidaran de ellos y renunciar a mi puesto en la Fundación de la Conservación de Vida Salvaje. Significaría el fin de todo para lo que he estado trabajando durante tantos años.

—¿Y entonces?

—Entonces apareció mi primo Lyle —siguió Beth—. Mi tía me tiene vigilada y se enteró de lo que había pasado, de lo arruinada que estaba. Creo que se alegró mucho pues no quería que me fuera bien con la granja. Pero bueno, el hecho es que se lo contó a Lyle y él vino a verme. No me gusta nada Lyle, nunca me ha gustado. De niña tuve que vivir con él y mi tía tras la muerte de mis padres, pero ellos… bueno, mi tía siempre me trató como a un pariente pobre y Lyle disfrutaba haciéndome la vida imposible. Hacía mucho tiempo que había perdido la confianza en Lyle, pero esta vez… Esta vez me vino a ofrecer una esperanza. Me dijo que Oliver Bromley le había dejado una herencia con la condición de que se casara a los treinta años, pero Lyle no quería una esposa. Eso me lo puedo creer porque no es de los que comparten.

—Entonces, ¿qué te ofreció?

Beth bajó la cabeza pensativa y se contempló los pies. El remate de los pantalones estaba todo deshilachado.

—Treinta mil dólares —susurró sin mirar a Kell Hallam—. Lo que valía la hipoteca de mi granja.

—¿Beth, cuánto crees que Oliver Bromley le dejó a tu primo? —Kell preguntó finalmente—. ¿Te contó Mayberry a lo que ascendía su herencia?

—No. Pero me imagino que tendría que ser de cien mil dólares o más para que Lyle decidiera casarse. Dijo que se ocuparía también de los costes legales del divorcio.

—Muy generoso por su parte —Kell dio un paso adelante, la agarró por la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos—. Bethany, tu primo iba a heredar más de un millón de dólares por casarse contigo. Además de eso, heredaría la casa de Bromley, que en sí misma vale una fortuna, su colección de pintura y todas sus pertenencias. El valor total asciende a más de dos millones. En ese caso, el coste de un divorcio es una nimiedad, ¿no crees?

—¡Dos millones…!

—Eso es lo que he dicho —le dijo Kell con dureza—. Si lo hubieras sabido…

Beth meneó la cabeza.

—¿Crees que me importa? —le dijo como una furia—. ¿Crees que me importa lo más mínimo cuánto herede mi primo? Lyle y su madre me han tratado mal desde que tenía cinco años: cuando tuve la edad legal suficiente para vivir sola me marché de su casa y, si no vuelvo a verlo otra vez, estaré feliz —se mordió el labio—. Pero ahora… entiendo que dos millones de dólares no sean lo mismo —su mirada se volvió dura—. Especialmente si eres tú el que heredas en lugar de Lyle. Ya veo por qué has ido hasta tales extremos…

—No —dijo Kell con firmeza—. Beth, creo… me parece que ambos somos culpables por habernos juzgado mal el uno al otro. Yo no quiero nada del dinero de Oliver Bromley: no es pariente mío.

—Pero entonces… —Beth respiró profundamente, cansada: nada de lo que decían tenía sentido. Se obligó a mirarlo a la cara, levantando el mentón con orgullo—. Entonces, ¿a qué ha venido este rapto tan complicado? ¿Por qué me tienes prisionera? Si no eres tú el que hereda el dinero de Oliver Bromley, ¿entonces quién lo hereda?

Kell Hallam la miró entonces a los ojos, y su expresión se suavizó.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Entonces puedes creerlo o no, pero es alguien que lo necesita más de lo que tú necesitas tu granja —le dijo suavemente—. Es Katie.

—Katie… —dijo sombríamente—. Tu pequeña…

—Katie no es hija mía —le dijo Kell y mirando hacia la casa continuó—. Beth, tenemos que hablar, pero tengo que ver cómo está Katie. Es una niña muy independiente, pero me gusta saber lo que hace. ¿Quieres entrar conmigo en casa?

—¿Te refieres a tu sección de la casa? —preguntó Beth—. ¿O la zona donde se localiza mi cárcel?

—Maldita sea —Kell Hallam levantó una mano y se pasó los dedos por la espesa mata de pelo, dejándolo despeinado: por primera vez su rostro le traicionó, desvelando huellas de cansancio y tensión—. Beth, todo esto es un lío —dijo sin rodeos—. ¿Crees que podríamos empezar de cero? Has sido sincera conmigo, ya es hora de que lo sea yo también. Ven dentro y, después de ver lo que hace Katie, te preparo algo de beber. No sé tú, pero yo necesito una copa.

—Yo no…

—No te queda otra alternativa.

La tomó del brazo y la condujo hasta la casa.

Capítulo 4

En una esquina de la espaciosa cocina había un montón de bloques de construcción de muchos colores junto a los cuales estaba Katie. La niña levantó la cabeza para mirar a los dos adultos que acababan de entrar, pero no pronunció palabra.

¿Qué era lo que había dicho Kell? ¿Que la pequeña no hablaba?

—¿Quieres beber algo, Katie? —preguntó Kell, pero la niña no respondió. Simplemente se lo quedó mirando mientras éste sacaba una jarra de limonada de la nevera y le servía un vaso. Se lo ofreció y la niña lo tomó en silencio y se bebió la limonada sin dejar de mirar a Kell. Luego se volvió de nuevo hacia su juego y fue el fin de la comunicación.

Aquel episodio estremeció a Beth.

—Yo voy a tomar una cerveza —dijo Kell con la voz tensa: se volvió hacia la nevera—. Hay vino. Beth, o…

—Si no te importa yo voy a tomar también limonada —dijo Beth.

—Claro —llenó dos vasos y luego se dirigió a la puerta de atrás—. Nos sentaremos en el porche, puedo vigilar a Katie por la puerta mosquitera.

Beth vaciló un instante. Miró a la pequeña que estaba enfrascada en sus juegos, dudando entre hablar con ella o no, pero algo en la niña le impidió hacerlo.

En el porche había varias butacas de mimbre, descoloridas por el paso de los años, pero cubiertas por grandes cojines que invitaban al descanso. Beth se dejó caer en una de ellas. Uno de los perros se tumbó a su lado, el otro al lado de Kell y todos se quedaron momentáneamente contemplando la puesta del sol.

Finalmente fue Kell el que rompió el silencio. Se había terminado ya su cerveza y los racimos de uvas que colgaban de la parra le ensombrecían el rostro. Beth apenas si lo veía bien; la pequeña comadreja dormía en su bolsa y, a través del cuero, Beth notaba cómo su corazoncito latía a toda prisa.

—Katie es hija de mi hermanastra —dijo Kell con dureza—. Supongo que es casi mi sobrina.

Beth se humedeció los labios y buscó las palabras más apropiadas, pero no le salieron.

—Pero… no parece conocerte muy bien —dijo lentamente—. Bueno… te trata como a un extraño.

—Soy un extraño para ella —suspiró Kell—. El marido de mi hermana era Richard Bromley, el hijo de Oliver Bromley, pero yo nunca conocí a Richard. Christine conoció a Richard en Estados Unidos y nunca vino a Australia con él. Me imagino que Richard y su padre estaban enfadados, de hecho no se soportaban, y Christine se mantenía con entereza entre dos aguas.

—¿Pero… amaba a Richard?

—¿Quién sabe? —dijo Kell despacio—. Tras la muerte de mi madre, Christine dejó de tener trato con la familia. No supe nada de ella durante años hasta que me informaron de la muerte de Oliver Bromley. Parece que… bueno, me imagino que Katie nació hace unos seis años y Christine y Richard la han llevado por todas partes en circunstancias cada vez peores. Finalmente, aunque la verdad es que no sé cuál es la historia completa y no quiero saberla, Christine y Richard murieron. Sospecho que Richard traficaba con drogas entre Australia y la costa de Indonesia, pero la policía no me ha dicho nada, y yo prefiero no hacer preguntas. Cuando murieron, las autoridades se pusieron en contacto con Oliver Bromley a través de su agente de negocios, tu primo Lyle, y le preguntaron qué podían hacer con la nieta de Bromley. Mayberry accedió de mala gana de parte de Bromley a pagar por la manutención de la niña.

—¿Pero no a traerla a Australia? —Beth balbució y Kell meneó la cabeza.

—Para nada. Me imagino que ni siquiera querían pagar su manutención. Bueno, el caso es que a Katie la metieron en un orfelinato en Indonesia. Cuando llevaba allí seis meses, su abuelo murió. A partir de ahí, dejaron de pagarle la manutención. Se ve que Mayberry no se sentía responsable después de la muerte de Bromley. Entonces… Bueno, cuando se acabó el dinero, las autoridades volvieron a contactar con la policía australiana y tras algunas pesquisas contactaron conmigo por ser el pariente más cercano a Katie. Tomé un avión y me la traje.

—¿Entonces ni siquiera sabías que Christine había muerto hasta que no murió Oliver Bromley?

—Yo no sabía nada; ni siquiera sabía de la existencia de Katie.

Beth lo miró pensativa. Aquel hombre tenía algo que a Beth le hacía sentir que lo conocía y que comprendía el profundo dolor que tenía dentro.

—Y tú querías mucho a Christine —dijo lentamente—. A pesar de no haberla visto en tanto tiempo la querías y su muerte te dolió, ¿verdad?

Kell levantó la cabeza con el rostro lleno de dolor y amargura.

—Christine nació cuando yo tenía nueve años, después de que mi madre se hubiera vuelto a casar con alguien que a mí no me gustaba. Mi padre estaba amargado y mi madre demasiado ocupada con su nueva familia. Christine era alguien a quien cuidar en los tristes ratos que pasaba con mi madre. Aun así solía pasar la mayor parte del tiempo con mi padre, aquí en las montañas, por lo que no veía a Christine muy a menudo. Luego, cuando Christine tenía siete años, al marido de mi madre le salió un trabajo en los Estados Unidos y casi no volví a ver a mi hermana. Pero sí, la quería mucho, y cuidaré de Katie por ella.

—¿Quieres decir que lucharás por conseguir la herencia de Katie?

Kell hizo una mueca.

—A mí no me importan los dos millones de dólares —dijo—. Como puedes ver, tengo más que suficiente para mantener a Katie. Pero tu prometido…

—Lyle no es mi prometido —dijo Beth tranquilamente—. No me casaré con él si eso va a perjudicarle a Katie. Ni hablar.

—Aparte de que sea o no tu prometido, Oliver Bromley no fue el que llevó a cabo todos los trámites con las autoridades asiáticas cuando murieron los padres de Katie —siguió diciendo Kell—. Fue su agente de negocios. Lyle Mayberry. Bromley era un hombre muy mayor, y Mayberry… Mayberry empezó a trabajar con él sólo un par de meses antes de su muerte. Prescindieron de todos los antiguos criados de Bromley, el guarda, el que cuidaba de la granja y cualquiera que trabajara para él. No se les dejaba nada en el testamento aunque pasaron cuarenta años o más a su servicio. Mayberry heredaba todo.

—¿Y Katie?

—Mayberry no ha querido tener nada que ver con Katie —le dijo Kell—. Mayberry se negó a hacer por Katie más de lo estrictamente necesario. Se negó a que volviera a Australia y argumentó que, como sus padres eran residentes en Indonesia, no tendría que pagar su vuelta. Además, enviaba la cantidad más pequeña posible para su manutención en el orfanato más barato que pudo encontrar. Tras la muerte de Bromley no quiso seguir pagando y se lavó las manos por completo.

—Oh, no —Beth miró por la puerta mosquitera hacia la niña que seguía concentrada en su juego; la niña parecía tan solitaria… y ya sabía por qué.

—Pero Lyle… —Beth avanzaba con cautela—. ¿Crees que Lyle pudo utilizar… cómo lo llaman… coacción indebida para cambiar el testamento?

—Tú conoces a tu primo —dijo Lyle—. ¿Qué piensas?

Solamente había una respuesta para aquello.

—Creo que sí que lo hizo —dijo Beth con firmeza—. Para que Lyle se dedique en cuerpo y alma a un hombre tan mayor… —movió la cabeza—. Sólo hay una razón por la que lo haría y esa razón es el dinero —suspiró y miró a Kell a los ojos con determinación—. Entonces, me has secuestrado para castigar a Lyle —susurró—. Ya veo.

—Es más simple que todo eso —Kell Hallam se levantó entonces y se puso a contemplar las montañas que tenía frente a él—. Todas las pertenencias de Christine y Richard fueron devueltas a Oliver Bromley cuando ellos murieron. Cuando fui a buscar a Katie hablé con las autoridades que habían enviado sus pertenencias a casa. El oficial estaba muy preocupado y me dijo que había una casa llena de cosas. A pesar de viajar tanto, Christine había acumulado muchas cosas. Había fotografías, montones de libros y más objetos personales. El oficial se los envió a Oliver Bromley después de que llevaran a Katie al orfanato; le pedí a mi abogado que escribiera una carta para que se las enviaran a Katie.

—¿Y lo hicieron? —Beth tragó saliva, sabiendo muy bien cuál sería la respuesta.

Lyle había sido el típico niño que le arrancaba las alas a las moscas para verlas sufrir. Si había rebuscado entre los objetos personales del viejo y encontrado fotografías o recuerdos de familia… No.

—Veo que lo has adivinado —dijo mirándola a la cara—. Conoces al hombre con el que te ibas a casar. Mayberry envió una nota a mi abogado diciéndole que Katie no tenía derecho a nada. Tan pronto como se casara contigo y las posesiones

del viejo fueran suyas legalmente, cualquier objeto de valor sería subastado y el resto quemado. Dijo que nos daría detalles de la subasta y que Katie podría pujar como cualquiera.

—Esa carta… —dijo Kell implacable—. Esa carta le costó dos millones de dólares. Yo había visto el orfanato donde estaba Katie. Era horroroso, nadie allí hablaba inglés. Todos pensaban que Katie no era más que un estorbo. Había sitios mucho mejores por muy poco dinero más. Y entonces… entonces tu maravilloso Mayberry fue demasiado miserable como para buscar una fotografía para que la niña pudiera recordar a su madre. Estaba tan enfadado que decidí impugnar el testamento en nombre de Katie, pero cuando mi abogado comprobó las cláusulas del documento, se enteró de que no podía hacer mucho. Al ser el único pariente vivo de Bromley, Katie va a heredar mucho más que las fotos si Mayberry no logra casarse, y yo voy a hacer todo lo que esté en mi poder para asegurarme que Mayberry no se quede con ningún centavo. Voy a privar a tu prometido de dos millones de dólares. ¿Y tú… me culpas?

—Por supuesto que no —le dijo Beth; se levantó también y se unió a Kell en el borde del pasamanos. Tímidamente le tocó el brazo y notó un calor que le corría por los dedos—. Tienes que creerme cuando te digo que no sabía nada, de haberlo sabido nunca habría…

—Me doy cuenta de ello ahora —Kell se apartó de ella y se volvió a mirarla a la tenue luz del ocaso—. Habría que ser tonto para no darse cuenta de que no eres como él. ¿Pero en qué demonios estabas pensando cuando accediste en casarte con él?

—Ya te lo he dicho; estaba desesperada.

—¿Las vidas de unos cuantos animalitos significan tanto para ti como para casarte con un hombre como él?

—Creo que sí —dijo Beth—. Desde que murieron mis padres los animales han sido los únicos seres en los que he podido confiar. A ti debe de parecerte una tontería, pero a mí… Bueno, sus vidas lo son todo para mí. Hallam, hay cosas que valen mucho más que el dinero, quizá de la misma manera que piensas que unas fotografías valen más que una condena en prisión por secuestro. ¿Sabes que te arriesgas a eso?

—Lo sé —dijo con gravedad—. Lo pensé y me di cuenta que estaba demasiado enfadado para hacer otra cosa.

—¿Y qué haría Katie si fueras a la cárcel?

—Dios sabe, pero… no sé. ¿Iría quizá a un orfanato? No está contenta aquí y no sé qué demonios hacer con ella. No es… —dejó de hablar.

—¿No es qué? —ladeó la cabeza y apretó los labios pensativa—. Me dijiste antes que Katie estaba muda. ¿Por qué me has dicho eso?

—Porque lo está —Kell frunció el ceño—. Nunca ha hablado.

—A mí me habló.

—Estarías soñando —dijo Kell, irritado—. Ella no habla; no habló en todo el tiempo que estuvo en el orfanato. Como te he dicho antes, allí nadie hablaba inglés, pero algunos del personal me dijeron que intentaron comunicarse con ella, pero que nunca hizo por hablar. Ni una sola vez. Y a mí jamás me ha dicho una palabra y lleva ya tres semanas conmigo.

—A mí me ha hablado —dijo Beth con firmeza—. Me dijo que echaba de menos a su madre. También me dijo que su madre la llama Katie Bell y que le hizo el pichi que lleva puesto —le dijo Beth—. Dijo que su madre se lo había hecho con una máquina de coser.

Se hizo silencio.

En la cocina, la niña seguía en la misma postura.

—Mi madre cosía, era una costurera maravillosa, y Christine… Ya cuando tenía siete años solía ayudarla. Las recuerdo sentadas juntas delante de la máquina de coser, —aspiró profundamente—. Y el pichi… Katie lo llevaba puesto cuando la llevaron al orfanato. Allí tenía que llevar otra ropa, pero llevaba el pichi a todas partes como otro niño llevaría un oso de peluche. Y cuando la traje aquí se lo puso el primer día y no he sido capaz de que se pusiera nada más. Se lo quito cuando está dormida para lavarlo, pero se está cayendo a pedazos.

—No la culpo —dijo Beth suavemente—. No cuando se trata del único vínculo que tiene —meneó la cabeza—. Oh, Hallam… lo siento tanto. De verdad que lo siento.

—No hace falta que lo sientas —dijo Kell secamente—. No es culpa tuya. Tu primo te mintió y lo creíste. Mientras que no te cases con él no pasa nada.

—Creo que ya ha pasado algo —susurró Beth—; estoy segura. El hecho de que Lyle dejara a la pequeña sola… abandonada —apretó los puños—. Ojalá… ojalá… —se calló y miró a Kell Hallam, que a su vez la miraba con curiosidad—. ¿Estás seguro de que ya no puede heredar? ¿No hay otra manera?

—Le pedí a mi abogado que lo comprobara bien —le dijo Kell—. Para casarse en Australia hay que sacar la partida de matrimonio al menos cuatro semanas antes, y no se hacen excepciones. Con menos de dos semanas por delante para que cumpla treinta años, es imposible que Mayberry viaje al extranjero, hemos comprobado que los trámites burocráticos se lo impedirían, y el testamento de Bromley es muy claro. Es un testamento sencillo y hecho en el último momento. Mi abogado sospecha que se hizo cuando el viejo estaba demasiado enfermo para saber lo que hacía. «Todo lo que poseo será para Lyle Mayberry con la condición de que se case legalmente antes de que cumpla treinta años». Eso es todo lo que dice, entonces si no se casa es como si Bromley nunca hubiera hecho testamento y Katie heredará todo.

—¿Y si le ocurre algo a Katie? —Beth preguntó lentamente, mirando de nuevo a la niña; se imaginó a su primo actuando con crueldad y se estremeció—. Si Katie se hubiera muerto allí en aquel orfanato…

—Eso sería lo que a Mayberry le hubiera gustado que ocurriera, estoy seguro de ello —le dijo Kell—. Pero aunque hubiera sido así, Mayberry no heredaría. Si no se

casa, con Katie o sin Katie, entonces el dinero hubiera ido a parar a la Administración Pública —Kell se encogió de hombros—. Mi hermanastra y Richard no estaban casados legalmente, y ésa fue una de las razones por la que Oliver Bromley dejó de hablarse con su hijo. Richard reconoció a la niña, pero Oliver Bromley nunca admitió que tenía una nieta. Sólo se me ocurre esta razón para que Oliver Bromley le pusiera la condición del matrimonio a Mayberry.

—Muy bien —suspiró Beth—. Hallam… —empezó a decir, vacilante —no puedes retenerme aquí ahora.

Beth contempló el rostro de Kell y el corazón le dio un vuelco al pensar que iba a abandonar a aquel hombre y aquella niña con sus problemas.

Aunque no era lo normal sentir aquel dolor. Kell Hallam no era nada suyo, y la niña tampoco. Nada…

¿Y entonces por qué parecía como si lo fuera? ¿Por qué se quería solidarizar con Kell y la niña?

—Claro que no puedo retenerte aquí —empezó a decir Kell—. Tienes a tus animales… —hizo una pausa—. Lo único que pasa, Beth, es que tendrás que enfrentarte a las iras de tu primo. Tendrás que enfrentarte a Mayberry. ¿Cómo reaccionará por haberlo dejado plantado?

—No lo sé —en aquella ocasión Beth no pudo reprimir un estremecimiento y Hallam se dio cuenta y cambió de cara.

—¿Es que le tienes miedo?

—Yo… no —Beth recuperó la compostura, enfadada consigo misma; los problemas con su primo eran cosa suya, además, aquel hombre tenía suficiente con sus preocupaciones y Beth no quería cargarlo más—. Lyle ya ha estado enfadado conmigo otras veces —dijo sin vacilar—. Y he sobrevivido.

—Entonces, Katie y yo te llevaremos a casa mañana —le dijo Kell observándola entre las sombras.

Beth no protestó; lo único que le quedaba por hacer era volver a casa tranquilamente y esperar a ver qué hacía Lyle.

—¿Vendrá Katie con nosotros? —le preguntó, intentando pensar en algo más agradable—. No la llevaste contigo cuando…

—¿Cuando te rapté? —Kell Hallam sonrió por primera vez en mucho rato—. Tengo un amigo fotógrafo y él es el que me prestó el equipo. Keith me dijo que si quería aparentar ser un fotógrafo profesional tenía que mostrarme natural. También pensó que si me llevaba a Katie no resultaría muy creíble. Le pedí a mi guardes que se quedara a cuidar de Katie hasta que volviera. La señora Scott se quedó muy extrañada cuando le dije que no quería que apareciera en dos semanas, pero no me quedaba otra alternativa. Te dejé en el coche cuando llegamos para darle tiempo a que se marchara sin verte vestida de novia; de haberte visto le habría dado un infarto —Kell esbozó una amplia sonrisa—. Pero permíteme decirte, Beth Lister, que me gustan más tus vaqueros que tu vestido de novia. El raso no te va.

—Lo sé muy bien —rió Beth—. Era horroroso, pero Lyle exigía un vestido esplendoroso.

—Lyle exige mucho.

—Sí —respondió Beth vacilante; la comadreja se movía bajo la camiseta—. Hallam…

—Kell.

—Kell… si me disculpas —dijo suavemente—. Necesito darle de comer a la comadreja otra vez y, para ser sincera, yo también tengo hambre. Iré a mis habitaciones para comer y acostarme.

—No.

—¿No? —Beth lo miró con expresión interrogante y frunció el ceño al ver la cara de enfadado que ponía—. ¿Y por qué no?

—Eres mi invitada, Beth —le dijo Kell amablemente—. Te he tratado muy mal: te he raptado y luego traído aquí como si fueras un criminal. Déjame que te compense por ello.

—¿Cómo?

—Como por ejemplo dejándome que te prepare la cena —le dijo, echando una mirada al reloj—. Vete a darle de comer a la cría y vuelve dentro de media hora. Katie y yo estaremos esperándote.

Katie y yo…

Beth alimentó al animalito en silencio, pensativa y confusa.

Katie y yo…

Era como si formaran una familia, él y Katie. Kell Hallam había hablado como si él y la niña fueran una familia establecida, sin embargo, eran a la vez tan dispares… La niña no hablaba y Kell Hallam no sabía qué diablos hacer con ella, eso se notaba a la legua. La niña era muy infeliz y Kell no era capaz de llegar a ella.

¿Cómo iba a poder arreglárselas con aquella niña traumatizada? Pero Kell se expresaba como si estuviera dispuesto a hacerse responsable de aquella niña huérfana para el resto de su vida. Pero, ¿cómo lo haría?

Quizá habría alguna mujer, quizá tuviera novia o fuera a casarse con alguien que estuviera dispuesta a compartir la responsabilidad con él y crear una verdadera familia.

¿Con qué tipo de mujer se casaría Kell Hallam?

Con cualquiera, pensaba Beth sombríamente mientras metía de nuevo a la cría en la bolsa. Tendría unos treinta y tantos y ya era hora de que se buscara una esposa. Era rico e inmensamente atractivo. Tenía que haber una mujer en su vida, tenía que haberla…

Daba la impresión de estar desesperadamente solo y se podría decir que Kell necesitaba a Katie casi tanto como ella a él.

Había muchas cosas allí que no tenían ningún sentido, decidió Beth. Se miró al espejo preguntándose si debía o no cambiarse para la cena, pero finalmente decidió no hacerlo. No tenía interés en impresionar a Kell Hallam. Estaba allí en contra de su voluntad y al día siguiente se marcharía y no volvería a verlos.

Ellos formaban una familia y ella, Bethany Lister, era una extraña.

Capítulo 5

Kell Hallam sabía cocinar; a Beth le llegó un delicioso olor a comida antes de cruzar el porche de la casa.

La boda se hubiera celebrado a las cinco de la tarde, pero no había probado bocado a la hora de la comida y tampoco recordaba haber desayunado y le sonaban las tripas.

—¡Mmm, qué rico! —exclamó Beth nada más abrir las cristaleras por las que se accedía a la cocina.

Katie continuaba sentada donde Beth la había dejado hacía media hora, en el suelo en un rincón de la habitación. La niña seguía haciendo lo mismo que había hecho cuando Kell y ella charlaban en el porche. Construía la misma torre una y otra vez. ¿Cuántas veces la habría hecho desde que estaba allí?

—Espero que no seas vegetariana —le dijo Kell, distrayendo su atención; se volvió hacia donde miraba Beth y al ver a su sobrina apartó la mirada, como si le doliera—. Ternera Stroganoff y pasta dorada a la mantequilla. O pasta y ensalada si eres vegetariana.

—Si fuera vegetariana, al oler este asado habría cambiado de opinión —Beth le sonrió—. ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

—Cuando mi madre abandonó a mi padre, o aprendía a cocinar o me moría de hambre —le contestó Kell, poniéndose serio—. Mi padre no sabía ni hervir agua, era el prototipo del macho: los hombres cazan y matan y las mujeres se quedan en casa y cocinan. En parte entiendo por qué mi madre lo abandonó.

—¿Y tú? ¿Aparte de tu padre llevas sólo desde entonces? —preguntó Beth.

—¿Quieres decir si estoy casado? —Kell se echó a reír con amargura mal disimulada—. No Beth, no tengo a ninguna mujer escondida en la habitación de al lado.

—¿Y por qué no? —Beth preguntó con curiosidad.

Se fue hacia el banco que había junto al horno y se sentó a observar a Kell mientras él removía aquello que olía a gloria.

Beth estaba sentada con los pies descalzos colgándole del asiento. Al calor de aquella cocina, observando a aquel hombre haciendo la cena, se sintió bien, como si estuviera en casa. Como el hogar que no había tenido desde que murieran sus padres.

Beth se comportaba como si estuviera en su propia casa, haciéndole a aquel hombre preguntas personales. Pero no importaba, al día siguiente se iría.

—He comprobado los efectos que tiene el matrimonio en las personas —dijo Kell, y Beth arqueó las cejas.

—¿Qué les hace?

Beth se estaba pasando de impertinente, pero diría lo que fuera con tal de dejar de mirar a la niña que seguía en el rincón.

—El matrimonio destruye a las personas y tiene la capacidad de destrozar también a los que están alrededor —dijo Kell con convicción—. Sé que ésta no es más que mi opinión personal, pero tú… Supongo que tú sientes lo mismo que yo.

—¿Por qué he de sentir lo mismo que tú? —preguntó Beth, y esperó hasta que Kell probó el guiso y le añadió varias hierbas diferentes.

—No dudaste en casarte con tu primo —le dijo Kell pensativo, casi como si la acusara—. Aunque el matrimonio hubiera sido sólo en teoría y el hecho de casarte con él te habría impedido hacerlo con cualquier otro.

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

—Porque yo soy yo. No es que esté en contra del matrimonio, ¿pero quién demonios se casaría conmigo? —Beth dijo aquello sin pensar y al decirlo deseó haberse mordido la lengua: diciendo eso parecía como si se compadeciera de sí misma—. Porque, bueno, estoy contenta y sé que mi sitio está al lado de mis animales —balbució.

—¿Tu sitio?

—Es cierto —dijo tranquilamente, pensando lo que decía—. Sólo me siento en casa cuando estoy en mi granja con mis animales. Es el lugar adonde pertenezco.

—¿Pero no piensas lo mismo que yo acerca del matrimonio?

—La verdad es que nunca me he planteado casarme —dijo Beth sin mentir—. No entra dentro de mis planes —sonrió—. ¿Qué hombre querría compartir la cama conmigo y con mi colección de animales salvajes? Pero no, no opino lo mismo que tú del matrimonio. Mis padres fueron felices y formábamos una familia. Me sentía… Me sentía feliz.

—Pero la muerte de tus padres acabó con tu vida en familia antes de que tuvieras uso de razón, ¿no? —le preguntó Kell aunque ya sabía la contestación.

Beth asintió de mala gana.

—Sí. Yo era más pequeña que Katie, pero aún me acuerdo de mis padres. Todavía son muy importantes para mí, y por eso creo que para Katie son muy importantes las fotos y el pichi.

Miró de nuevo a la niña sentada en el suelo. No pudo soportarlo. De repente, se levantó del banco y se fue hacia la niña que seguía construyendo mecánicamente; se arrodilló y le quitó las piezas de las manos.

—Katie Bell, ya has terminado de construir tu torre. ¿Me dejas ayudarte a hacer otra cosa? —la niña levantó la cabeza con los ojos tristes y muy abiertos—. Voy a hacer un coche —dijo Beth con firmeza—. Puedes mirarme cómo lo hago mientras tu tío Kell termina de hacer la cena.

—No va a funcionar —dijo Kell suavemente.

—No funcionará si no lo intento —dijo Beth, y empezó a construir.

A Beth el coche le salió bastante bien, pero la niña no quiso ayudarla.

Katie no observaba el coche, sino más bien a Beth, aunque no lo hacía con interés sino como si esperara a ver cuánto tiempo le duraba a Beth la paciencia.

—Es un Mercedes —le dijo solemnemente—, como el de tu tío Kell. El coche de tu tío Kell es negro, pero seguro que le gustaría que fuera rojo con rayas amarillas como éste, ¿no crees?

La niña no dijo ni palabra.

Kell terminó de hacer el guiso justo cuando Beth terminaba el coche. Sirvió la comida en dos platos y un tazón y llevó éste hasta donde estaba Katie sentada.

Beth levantó la cabeza, asombrada.

—¿Es que vamos a comer todos en el suelo? —preguntó, y Kell sonrió tristemente.

—Katie no come si la miramos. Nosotros comemos en la mesa y ella come sola.

—Bueno, eso es una ridiculez —dijo Beth rotundamente; miró la mesa vestida con mantelería de lino donde Kell había colocado dos platos, cubiertos de plata y dos brillantes copas de vino. Aspiró profundamente y dejó el coche en el suelo—. Quieres colocar otro plato, por favor, Hallam.

—Pero…

Beth se puso de pie y le quitó el tazón a Kell de las manos. Algo le decía que lo que estaba haciendo era lo correcto. Katie le recordaba a cualquiera de las criaturas salvajes cuando se las llevaban por primera vez: se metían en un rincón, atemorizadas, y Katie estaba haciendo lo mismo.

—Nuestra Katie Bell lleva demasiado tiempo sola —dijo Beth con suavidad—. Ya es hora de acabar con todo eso.

Colocó el tazón de Katie sobre la mesa, se quitó la bolsa donde estaba la comadreja y se la colgó a Kell del cuello. Tras una exclamación de protesta, Kell se calló sin preguntar. Bajó la cabeza y Beth sintió algo especial al rozarle el cabello con las manos.

—Mi comadreja necesita escuchar el latido de un corazón —le dijo con voz algo entrecortada—. ¿Querrás… prestarle el tuyo?

—¿Y mientras qué harás tú con el tuyo?

Kell observaba a Beth divertido y. sin pensarlo, se introdujo la bolsa por dentro de la camisa.

—El mío se lo voy a dar a Katie —le dijo Beth, intentando no fijarse demasiado en la piel morena y el firme y musculoso tórax que se entreveía bajo la camisa—. Y te voy a enseñar cómo debes abrazar a tu sobrina, Hallam. Para que mañana puedas empezar a ser la familia de Katie.

Luego se agachó junto a la niña y levantó su frágil cuerpecito en brazos con decisión. La niña estaba demasiado delgada para su edad y un poco baja. Su cuerpo temblaba entre los brazos de Beth como un pajarillo asustado.

Beth la abrazó con fuerza y se sentó con ella en una silla a la mesa de la cocina.

—Katie y yo estamos listas para cenar, señor Hallam —le dijo solemnemente—. Si es tan amable de servirnos —luego miró hacia el banco y vio una taza de plástico llena de leche—. Y a Katie Bell le gustaría tomar la leche en una copa de vino —dijo con decisión—. Es una de nosotros, señor Hallam y vamos a comer juntos.

—Tu comadreja no deja de moverse —dijo Kell divertido—. Me hace cosquillas.

—Qué suerte —Beth sonrió—. Hay muchos hombres que darían todo lo que tienen porque les hagan cosquillas mientras comen.

Aquella fue la comida más rara que Beth había probado en su vida, pero también la más rica.

La ternera Stroganoff que hizo Kell estaba riquísima. Con la mano que le quedaba libre. Beth tenía agarrada a Katie con tanta fuerza que notaba el latido de su corazón. Así la niña podría también sentir el suyo.

Durante los primeros cinco minutos la niña no comió nada, se limitó a mirar, pero después de haber dado unas cuantas pinchadas, Beth se paró.

—¿Quieres que te dé de comer, Katie Bell?

La niña sacudió las trenzas. Beth continuó comiendo y miró a Kell para que no interviniera. Kell no intervino y siguió tranquilamente con su plato. La niña tenía que sentirse mimada, pero al mismo tiempo tenía que creer que nadie le urgía para comer. Katie no iba a hacer nada en contra de su voluntad.

Finalmente, Katie comió. Mientras Beth terminaba su plato y paladeaba el excelente vino que Kell le había servido, vio que una pequeña mano agarraba la cuchara.

La niña se sentía bien en brazos de Beth; dio la primera cucharada, luego la segunda, y la tensión pareció disiparse poco a poco.

—¿Cuánto tiempo necesita tu pequeña comadreja el latido de un corazón? —preguntó Kell con curiosidad al tiempo que Katie alargaba la mano para beber de la copa de leche. La niña se puso tensa, y luego, al darse cuenta de que la pregunta no tenía nada que ver con ella, se relajó y empezó a beber.

—Si estuviera en casa, quizá la dejaría en una bolsa calentita esta noche —Beth le dijo a Kell—. No se asustó cuando la dejé un rato sola en el césped, pero aún necesita dormir en una bolsa. En la granja tengo mantas eléctricas bajo las bolsas de las crías para que estén calentitas cuando ya no las llevo encima.

—Ya veo —dijo Kell algo despistado.

Finalmente, Katie terminó con todo lo que tenía en el tazón, para satisfacción de Beth, pero siguió sin decir ni palabra. La misma Beth empezaba a dudar si en realidad había oído hablar a la niña.

—Ya es hora de irse a la cama Katie Bell —dijo Kell con dulzura y la niña se estremeció y se abrazó a Beth con más fuerza.

—Creo que yo también me iré a la cama —dijo Beth.

Se levantó y puso a Katie de pie, pero la niña seguía agarrándola con fuerza y tuvo que subirla otra vez en brazos.

Beth miró a Kell vacilante. ¿Qué hacer entonces? Beth no podía abandonarla, al igual que no abandonaría a uno de sus animalitos heridos. Iba en contra de todo lo que le dictaba el corazón.

—¿Dónde duermes, corazón? —le preguntó, y la niña se acurrucó contra el hombro de Beth y se quedó así, sin moverse.

—La habitación de Katie está junto a la mía —dijo Kell—. Katie lleva aquí casi tres semanas y la mayoría de las noches acaba aquí, en el suelo de la cocina.

—¿No la dejas que duerma contigo? —Beth preguntó con suavidad, y Kell meneó la cabeza.

—Ay, no —se pasó la mano por los cabellos en un gesto que Beth empezó a reconocer como característico—. No sé si te lo imaginas, pero… ¿Te das cuenta de lo que me costó meter a Katie en el país? Katie es ciudadana de Estados Unidos con residencia en Indonesia. Soy el hermanastro de su madre. Jamás había visto a Katie y sus padres nunca habían solicitado la nacionalidad australiana. Tuve que convencer a los asistentes sociales del gobierno de que yo era la única persona dispuesta a hacerme cargo de Katie, de que ella tenía derecho a vivir en Australia y, lo más difícil de todo, de que yo era un tipo con buenas intenciones cuya única preocupación es el bien de Katie. Me trataron como si fuera un pervertido. Katie va a dormir en su habitación, señorita Lister, y se acabó el tema. Si la meto a dormir en mi habitación, los asistentes sociales me la quitarán.

—Entiendo —dijo Beth lentamente comprendiendo la situación.

El hecho de que un hombre soltero adoptara a una niña pequeña… iba en contra de las convenciones sociales.

—¿Dónde has dicho que duerme? —preguntó Beth suavemente, abrazando a Katie con firmeza.

—Ya te lo he dicho; aquí en el suelo, con su juego de construcción. Ah, y con su pichi. Le hago que se ponga un pijama, pero va con el pichi en la mano como si fuera una muñeca de trapo.

—¿Has intentado ponerle una cama aquí?

—Claro que lo he intentado —dijo Kell algo irritado—, pero no funciona. Prefiere dormir en el suelo.

—Me apuesto lo que sea a que no es así —susurró Beth, besándole los suaves cabellos a la niña —Hallam…

—Kell.

—Kell… —Beth tragó saliva; le costaba tanto llamar a aquel hombre por su nombre de pila… Como si fuera una señal de una intimidad que sentía, pero que no quería reconocer—. ¿Kell, tienes alguna manta eléctrica por ahí?

—Tengo un montón de ellas. En invierno hace mucho frío aquí en las montañas, pero…

—Entonces, ¿podría utilizar una para Pétalo?

—¿Pétalo?

—Ese es el nombre que le dio Katie a la comadreja —Beth le explicó sonriente—. A no ser que quieras dormir con mi comadreja colgada del cuello. Te advierto que quiere comer cada dos horas.

—No creo que me apetezca dormir con una comadreja —respondió sin rodeos—. Seguro que la aplastaría sin querer y luego me llevarías a juicio. Pero, ¿y tú?

—Creo que… —empezó a decir lentamente, notando la fuerza con la que la niña se agarraba a ella—. Tengo que decidir quién tiene más necesidad y cómo puedo ayudar. Y ahora… —hizo de nuevo una pausa y lo miró directamente a los ojos —creo que ya estoy decidida —se apartó un poco de la niña y la miró a la cara—. Katie Bell, tu tío me ha dado una cama muy grande y, como estoy yo sola, tengo mucho frío. ¿Querrías compartirla conmigo? —la niña abrió los ojos como platos—. Quizá te despierte cada dos horas para darle de comer a la cría —le avisó Beth—. Y si roncas, te haré cosquillas hasta que dejes de hacerlo. ¿Pero quieres dormir conmigo y con Pétalo?

Seguía en silencio.

Beth se mordió el labio. Podría simplemente agarrarla y llevársela a su habitación, pero no serviría de nada llevarse a la niña y reconfortarla durante toda la noche si no iban a sacar nada positivo de ello.

Si se marchaba al día siguiente y Katie continuaba siendo la misma niña silenciosa a la que Kell intentaba comprender por todos los medios, entonces Beth no habría conseguido nada.

—Entonces déjame que me vaya —le dijo Beth suavemente, poniéndola en el suelo con firmeza—. Si cambias de opinión… Si quieres quedarte conmigo esta noche, tendrás que decirle a tu tío lo que quieres —Beth dijo dulcemente—. Hazlo, Katie.

—¿Qué quieres, Katie Bell? —preguntó Kell—. Dímelo —dijo agachándose hasta la altura de la niña.

Se veía que la niña estaba angustiada, confusa. A Beth le dio un vuelco el corazón y le dieron ganas de darse por vencida y tomarla de nuevo en brazos. Le costó muchísimo esfuerzo no moverse. Tomó a Katie de la mano y la miró con cariño.

—Dímelo, Katie.

Los dos aguantaron la respiración y Katie rompió su silencio.

—Quiero con Beth —susurró la niña—. Quiero quedarme con Beth.

Capítulo 6

Beth se despertó a alimentar a la comadreja a las dos de la mañana. El animal no se movía aún pero era hora de alimentarlo y Beth echó mano a la bolsa que colgaba de la mesilla de noche. Encontró al animalito durmiendo plácidamente en aquel suave calor.

Desenganchó la mano de Katie de su camisón, esperó un momento para asegurarse de que la niña no se había despertado y luego se levantó para preparar un biberón. Hacía una noche maravillosa y decidió salir con la cría para alimentarla al fresco. Beth salió al porche de su apartamento por las cristaleras de su dormitorio, se sentó en una de las maravillosas sillas que Kell tenía mirando al jardín y al río y se puso a darle el alimento.

Kell apareció cinco minutos más tarde.

El hombre se acercó por detrás como si fuera un fantasma y Beth estuvo a punto de saltar de la silla al oír pasos detrás de ella. Pegó un gritito ahogado y la pequeña comadreja se asustó, apartándose de la tetina con un movimiento brusco. Pétalo miró a Beth enfadada durante un segundo y luego siguió ocupándose de sus asuntos.

—¡Por Dios bendito! —susurró Beth, enfadada—. ¿Es que te gusta acercarte así de sigilosamente, como si fueras un ladrón?

—Ésta es mi casa —dijo Kell con suavidad, sentándose al lado de Beth—. Puedo ir sigilosamente por donde me plazca —sonrió con una sonrisa burlona, que Beth pudo ver a la luz de la luna—. Aparte de la habitación de la señorita. Quiero decir, he declarado tu dormitorio zona prohibida. Ya hay bastantes ahí dentro, uno más sería multitud. ¿Qué tal tus compañeros de cama?

—Nadie ronca —le aseguró Beth, relajándose un poco—. Quizá ronque yo pero como estoy dormida, no puedo oírme a mí misma.

—No roncas —le aseguró Kell y vio cómo a Beth le cambiaba la cara y fruncía el ceño.

—¿Pero… cómo lo sabes? —dijo con cautela—. Pensé que dijiste que nuestra habitación era zona prohibida.

Kell sonrió y levantó una mano para tranquilizarla.

—No te preocupes. He estado escuchando detrás de la puerta, claro está, pero te prometo que no la he abierto. Puede ser que me hayas quitado la responsabilidad de la niña esta noche, pero eso no significa que no pueda venir a comprobar que todo va bien. Llevo tres semanas levantándome cada dos horas a ver si Katie está bien, —añadió al ver la mirada de preocupación de Beth—. Como tú, estoy acostumbrado a despertarme durante la noche cuando los animales lo necesitan, cuando alguna yegua o alguna vaca se pone de parto…

—¿Pero… es que pensabas que Katie no se quedaría tranquila conmigo?

—A veces tiene pesadillas —le dijo Kell—. Por eso estuve escuchando detrás de la puerta un rato. Pensé que… —vaciló—. Bueno, me preguntaba si te las arreglarías

bien. He empezado a pensar que he sido un imbécil al creer que podía cuidar de ella —dijo Kell con la mirada perdida en la noche—. Cuando se pusieron en contacto conmigo por primera vez y me informaron de la existencia de Katie, bueno, todo lo que me decía a mí mismo era que Katie era hija de Christine y que yo era la única familia que tenía; pero no es suficiente. Puedo ser el único pariente vivo de Katie, pero ella necesita una familia de verdad, y yo no lo soy. Yo no soy lo que ella necesita —suspiró—. Ha sido a ti a la que te ha hablado —dijo en voz baja—. ¡Katie ha hablado, por Dios Santo! En una noche has conseguido lo que yo llevo tres semanas intentando. Me ha hecho ver lo inútil que soy y la equivocación que supondría retenerla aquí.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Los asistentes sociales me han aconsejado que una familia adoptiva sería más recomendable para Katie —dijo sombríamente—. Dicen que una madre y un padre y quizá uno o dos hermanos sean lo que necesita, además, tienen fuertes dudas acerca de mi habilidad como padre. Creen que debería seguir visitándola y mantener un contacto con ella por Christine, pero nada más.

—Sin embargo, tú la quieres —dijo Beth suavemente, contemplando su cara a la luz de la luna—. Creo que eso es lo más importante. Si la quieres lo suficiente Kell, entonces todo es posible.

—¿Sí? —se puso de pie, mirando a Beth bajo la luz de la luna—. Eso seguro que lo sabes, ¿no Beth? Es la especialidad de Beth Lister. Te llevan a criaturas huérfanas y heridas, y tú las cuidas y los atiendes hasta que se curan. Dejas todo lo demás de lado, cosas que la mayoría de las mujeres consideran importantes, porque cuidar de ellos es lo que más te importa en el mundo —meneó la cabeza—. Nunca he conocido a una persona como tú en toda mi vida.

Beth tragó saliva. Levantó la mirada y se le encogió el corazón. Aquel hombre tenía necesidades que no estaban satisfechas; eso se veía a la legua. Por muy rico, fuerte y sofisticado que fuera…

—Kell…

Vaciló y luego se puso de pie delante de él. De pronto se dio cuenta del fino camisón que llevaba puesto. Era de algodón, pero estaba gastado con los años. Suaves mechones de cabello le caían por encima del pecho, pero no era lo suficiente como para cubrirlo todo. Kell Hallam todavía llevaba puestos los pantalones de piel de topo y una camisa de trabajo. A su lado, parecía enorme, poderoso e invulnerable. En contraste, Beth se sentía joven, vulnerable e insegura.

Pero era aquel hombre el que necesitaba ayuda, el que la estaba pidiendo a gritos…

—Kell, tienes que hacer lo que creas más conveniente —le dijo con dulzura—. Sigue el camino que te marca tu corazón y no hagas caso de lo que te dicen todos esos asistentes. Tú quieres a Katie y eso es todo lo que importa —le puso la mano en el brazo y le rogó con la mirada.

Kell no debía darse por vencido con la pequeña. Por una parte Beth temía a aquel hombre, temía el efecto que le causaba, pero por otra deseaba ayudarlo con toda su alma.

Kell la miró y Beth no logró identificar aquella extraña mirada. ¿Confusión? ¿Duda? Quizá fueran ambas cosas, pero había algo más que no supo reconocer. Beth dio un paso atrás y siguió mirándolo, temerosa pero con curiosidad al mismo tiempo.

Y de pronto, Beth se dio cuenta de lo que empezaba a sentir por él y le dio miedo.

—Tengo que marcharme —consiguió decir. La pequeña comadreja seguía acurrucada en la palma de su mano izquierda, totalmente dormida y saciada de leche—. Mi comadreja necesita estar en su bolsa y yo… Kell, tengo que volver a dormir.

—Los demás también —dijo Kell con sequedad; extendió los brazos y le puso las manos sobre los hombros—. Beth, no tengas tanto miedo: quizá podamos organizar algo aquí.

—No sé a qué te refieres.

—¿No me dijiste que tu granja iba a ponerse en venta?

—Yo… pues sí —Beth tragó saliva—. Eso es.

—¿Y sin el dinero de tu primo no puedes comprarla?

—No —las manos de Kell sobre los hombros le producían una sensación extraña: se sentía rara, irreal, como si flotara. Como si esa noche estuviera fuera del tiempo, como si fuera un sueño del que despertaría en cualquier momento. Resultaba tan difícil razonar, o poder pensar en otra cosa que no fueran sus manos, el calor de sus manos…

—Entonces, ¿qué harás sin tu granja?

Beth despertó de su extraña ensoñación. La realidad la golpeó con horror. ¿Qué le estaba diciendo? ¿Qué haría ella sin su granja?

—No lo sé —reconoció—. Encontraré un hogar para mis animales, se los daré a algún otro cuidador, y luego… supongo que volveré a dedicarme a auxiliar de veterinario.

—¿Qué te parece si te ofrezco un trabajo?

Un trabajo…

Beth se mordió el labio, intentando concentrarse en lo que le estaba diciendo. Kell seguía con las manos sobre sus hombros y la contemplaba con una mirada llena de magnetismo.

—¿Un trabajo? —susurró.

—Katie necesita una mujer para quedarse con ella —le dijo Kell—. Ya tengo un ama de llaves, la señora Scott, que como te dije suele estar aquí, pero les he dado quince días de vacaciones a todos mis empleados pensando que te iba a retener

durante ese tiempo. La señora Scott, bueno, es muy buena, pero no ha logrado acercarse a Katie más que yo. No creo que ninguna niñera profesional lo consiga, pero tú…

—Yo no soy una niñera.

—No, pero a Katie le gustas. Y Beth… si yo te dijera que voy a traer a tu colección de animales salvajes aquí no hay razón por la que no puedas continuar haciendo tu trabajo. Katie podría ayudarte, y quizá… quizá haciendo eso se curaría.

—¿Traer mis animales?

—Sólo haría falta un poco de organización —le dijo Kell, pensando en voz alta—. Habría que entrenar a los perros a que dejaran en paz a tus pequeños pacientes, pero eso no constituye ningún problema. No les permito que molesten a los animales salvajes que hay en esta zona, con lo cual el hecho de tenerlos un poco más cerca no cambiaría mucho. Podríamos vallar parte del jardín y hacer un corral para los animales más grandes. Por esta zona hay muchos arbustos y es el lugar ideal para rehabilitarlos. ¿Por qué no iba a funcionar, Beth Lister?

—No funcionaría…

—¿Por qué no?

—Yo no…, yo no…

Beth dejó de hablar; el corazón le iba a mil por hora y no podía pensar. Aparte del roce de sus manos, de la mirada en sus ojos, no podía pensar en nada más.

—¿Por qué no, Beth? —preguntó de nuevo y el peso de sus manos se hizo más palpable—. Tienes un corazón muy grande, seguro que puedes compartir tu amor con una pequeña que te necesita.

—No resultaría, te digo que no —era todo lo que a Beth se le ocurría decir. El corazón seguía dándole saltos y se sentía tan mareada que si Kell no la estuviera agarrando, se habría caído.

—¿Dime por qué?

—No puedo…

Se hizo un largo silencio. La luz de la luna los rodeaba, bañándolos con sus rayos de plata. El río fluía profunda y misteriosamente, con las estrellas y la luna reflejadas en su brillante superficie.

Todo era mágico.

La magia los rodeaba, envolviéndolos, tragándoselos de modo que Beth no podía ni moverse ni hablar. Se sentía débil en brazos de aquel hombre, aquellos ojos la devoraban y sus manos la apretaban cada vez más, hasta el punto en que la arrastró dulcemente contra su pecho.

Beth no pudo resistirse más. Se decía a sí misma con desesperación que lo que sentía sería culpa de la noche, de aquel lugar, de la luna. Cualquier cosa menos que aquel hombre la estaba abrazando con una ternura tan grande que la criatura que Beth tenía en una mano quedó suavemente acurrucada entre los dos.

Beth levantó la cara y su expresión se tornó en sorpresa cuando Kell la agarró del mentón y se agachó a besarla.

Fue el beso más dulce que Beth había sentido jamás. No sabía que existiera algo tan dulce. Notó como un haz de luz que la traspasaba cuando sus labios se unieron, quemándola por dentro. Cada centímetro de su cuerpo se unió al de él y entonces supo que estaba perdida. Una parte de su ser estaba concentrado en el beso, pero otra le decía a gritos que ella, Beth Lister, se estaba enamorando completamente de un hombre al que casi no conocía. Kell era un hombre que no quería saber nada de una relación permanente, un hombre que no deseaba más que un beso.

No importaba ya. Durante aquel mágico instante, sólo importaba sentir el cuerpo de Kell junto al suyo, sus suaves manos acariciándole las mejillas y su olor: viril, sensual y tan…

No sabía cómo definirlo. Era tan… ¿Tan qué? ¿Como una parte de ella? Parecería una ridiculez, pero ahí estaba. Aquel hombre formaba parte de ella, al menos ella se sentía así. Y así se había sentido desde que lo vio por la ventana del hotel el día anterior, aunque parecía que había pasado mucho más tiempo.

Beth abrió la boca para que el beso fuera más profundo. Por una parte se sintió muy feliz, pero por otra le embargó una profunda tristeza.

Jamás había creído posible sentirse así. Y menos con un hombre rico y poderoso que estaba intentado convencerla para que trabajara para él y que haría cualquier cosa que estuviera en su mano para conseguir lo que deseaba.

Kell Hallam era un hombre despiadado, eso lo había podido comprobar por sí misma. Cualquier chica que se enamorara de él estaría loca.

Pero había una que ya lo había hecho.

Todos esos pensamientos le daban vueltas en la cabeza como si fueran un calidoscopio, intensificando la dulzura del beso al saber del dolor que le seguiría. Y cuando Kell por fin se separó de ella, Beth sintió una cuchillada que la partía por la mitad.

Era una locura dejarle que la tocara cuando sabía que aquello era tan sólo la antesala del sufrimiento.

Beth no era el tipo de chica de la que los hombres se enamoran. ¿No le habían dicho eso cientos de veces?

—Los hombres querrán llevarte a la cama —le había dicho siempre su tía Hilda—, pero casarse contigo… Inútil, niña estúpida, búscate un buen trabajo si puedes porque eso es para lo único que vales.

Y cuando Lyle anunció que iba a casarse con su prima, a la tía Hilda casi le dio un ataque de histeria.

Pero el pasado ya no importaba, sólo existían el presente y Kell mirándola a la luz de la luna con ojos que la cuestionaban con gravedad.

No tenía futuro con aquel hombre. Si le dejaba acercarse a ella le rompería el corazón. ¿Y qué bien le haría eso a Katie? ¿Dejar que Katie se encariñara con ella para luego marcharse porque estaba tan enamorada de Kell que no podría soportarlo?

Siempre sentía un terrible dolor cuando dejaba a uno de los animalitos en libertad, siempre un sentimiento de pesar. Pero en el caso de Kell, prefería perder antes que después, cuando los lazos fueran demasiado fuertes. Si se dejaba llevar y empezaba a amarlo, entonces le resultaría imposible dejarlo, y tenía que hacerlo sin más remedio.

—Por eso… es por lo que no funcionaría —susurró inquieta, agarrándole de la mano en un gesto rápido y retirándola enseguida—. Kell, con sólo mirarte tengo ganas de tocarte. Dirás que es una tontería, pero es así —respiró profundamente, intentando tranquilizarse—. Supongo que podrías llamarlo atractivo, que sabrás de sobra que tienes, y yo no lo quiero, Kell. No quiero… ataduras. Soy libre, siempre lo he sido y es lo que me gusta. Y si viniera aquí… entonces, no podría marcharme nunca. No podría querer a Katie y luego marcharme cuando decidas que necesitas otra empleada… o si algún día te casas y no me necesitas. Soy libre Kell. Y te estoy pidiendo que me respetes. Déjame estar, Kell. Me has raptado, y ya es hora de dejarme libre. Es tu deber hacerlo.

—¿Es eso lo que deseas de verdad?

—Claro que sí —dijo con la voz temblándole tanto como el corazón—. Claro que es la verdad. Necesito estar libre.

—Beth…

—No.

Él fue a abrazarla, pero ella colocó las manos delante.

—Me has raptado —consiguió decir con voz entrecortada—. Me has traído aquí en contra de mi voluntad. No tienes derecho a seducirme para que trabaje para ti. Si quieres una niñera para Katie, entonces tendrás que buscar en otra parte. No tienes derecho a intentar persuadirme de esta manera; ningún derecho.

Y antes de que pudiera responder se dio media vuelta, se metió en su habitación y cerró la puerta.

Beth tardó mucho rato en dormirse y, cuando lo hizo, tuvo extraños sueños. Dio de comer de nuevo a la comadreja a las cinco, y luego se durmió otra vez y tuvo sueños aún peores.

Por la mañana, Katie se despertó antes que Beth. La niña se quedó a su lado pasivamente, mirándola con grandes ojos mientras esperaba a que ella se despertara.

Finalmente, la niña no pudo más y le abrió un párpado con su manita.

Beth se despertó sobresaltada y esbozó una sonrisa al darse cuenta de lo que pasaba.

—Eh, Katie, estoy en casa —sonrió y el dolor de la noche anterior cedió al ver la carita de ansiedad de la niña—. No hace falta que abras las ventanas —dijo refiriéndose a los párpados.

Y Katie se echó a reír. Fue una risita suave y breve, pero lo importante era que se había reído. A Beth se le enterneció el corazón al escuchar aquel sonido tan maravilloso.

Podría hacer mucho por esa niña, se decía a sí misma. Podría…

¿Y tener luego que abandonar el empleo? No, no sería lo correcto.

Beth le echó los brazos y la acunó contra su cuerpo: por un momento se sintió tan desamparada como seguramente se habría sentido Katie, abandonada en aquel orfanato durante tantos meses.

—Vamos a vestirnos —le susurró, haciendo un esfuerzo para sonreír de nuevo—. Desayunaremos y luego tu tío Kell va a llevarme a casa.

—¿A casa? —la niña habló con voz temblorosa y algo ronca de no usarla en tanto tiempo—. Pero, ¿dónde vives?

—Vivo en una granja a unos cuantos kilómetros de aquí, Katie Bell —le dijo Beth—. Sólo he venido a haceros una visita a ti y a tu tío. Hoy tengo que volver.

—Llévame contigo.

—No puedo hacer eso —Beth le revolvió los suaves cabellos y sintió una punzada de dolor en el corazón—. Pero volverás a verme. Le pediré a tu tío que me deje venir a verte cuando mis animales no me necesiten. Y hoy vas a venir a mi granja y podrás ver a todos mis animales. Verás las crías que tengo, Katie; te van a encantar. Hay un koala bebé que fue rescatado tras un incendio en el bosque y un canguro grande a quien le atropello un coche… Espera y verás. Ahora vamos a vestirnos. ¿Qué quieres ponerte hoy?

—El pichi.

Por supuesto, pensaba Beth.

El pichi era la única cosa que le daba seguridad a la niña. Los adultos no tenían nada que ver con la seguridad en la experiencia de aquella niña.

Y Beth tenía que marcharse…

Capítulo 7

Kell no estaba en la casa cuando fueron a buscarlo. Encontraron la casa desierta y decidieron investigar. Por primera vez desde que la encontrara, Beth dejó a Pétalo en la bolsa, segura de que estaría bien allí. Pero, ¿dónde estaba Kell? No había nadie en el jardín ni en ninguna parte de la casa. Tampoco se oía a los perros. Nada de nada.

—Tendremos que llamarlo —le dijo Beth a Katie, pero Katie no estaba dispuesta a hacerlo. Desde que Beth le había dicho que se iba, Katie había perdido la sonrisa.

Finalmente, Beth fue con Katie a la cocina y allí encontraron una nota:

He ido al prado de abajo a dar de comer al ganado. Os veré aquí a las nueve, si es que os habéis levantado, dormilonas.

—Tu tío es muy maleducado, Katie Bell —vaciló un instante, intentando acallar sus pensamientos. ¿Qué tendría de malo? Se marcharía en unas horas. ¿Qué tendría de malo intentar pasar el mayor tiempo posible con Kell?—. Quizá podamos ir a ver lo que está haciendo —dijo con cuidado—. ¿Sabes dónde está el prado de abajo?

Katie se quedó pensativa y Beth creyó que iba a volver al silencio de la noche anterior, pero parecía que el silencio lo había roto para siempre.

—Cada mañana le da de comer a las vacas que están al otro lado del río —le dijo Katie—. Hay un puente. Yo conozco un atajo si quieres ir por allí, pero necesitas ponerte botas de agua.

—¿Por qué tengo que ponerme botas de agua? —le preguntó Beth cautelosamente.

—Por las serpientes —dijo sonriendo tímidamente.

—Bueno, bueno —sonrió Beth.

Katie parecía complacida. Se alisó el pichi con una sonrisa algo tímida, como si fuera a recitar algo que hubiera aprendido cuidadosamente. Se veía que la niña había estado fijándose en todo lo que había escuchado durante esas semanas, a pesar de no haber hablado.

—Estoy aprendiendo todo el tiempo.

—Ya veo —Beth se echó a reír, tomó a Katie en sus brazos y le dio un achuchón—. ¿Bueno, quieres que vayamos a buscar a tu tío Kell? No tengo botas de goma, pero podemos ir cantando todo el camino.

—¿Cantar? —Katie la miró fijamente—. ¿Por qué vamos a cantar?

—Bueno, las serpientes nos tienen más miedo a nosotros que nosotros a ellas —le aseguró Beth—. Y si me oyen cantar, saldrán pitando antes de que lleguemos al final del jardín. ¿Ahora, Katie Bell, estás segura de que sabrás encontrar a tu tío Kell?

—Sí —le aseguró Katie—. Es muy fácil.

Pero no fue así.

En el bolso de viaje, Beth solamente había metido un par de zapatillas de tela para cuando se quitara el vestido de novia. Pero no era el calzado más adecuado para aquella ocasión. Echó a andar por el jardín con Katie calzada con unas botas de goma, cantando sin cesar para ahuyentar a cualquier culebra que quisiera acercarse. Pero al llegar a la orilla del río, Beth se paró en seco.

—Katie.

—El puente está por ahí —le aseguró Katie, tirándola de la mano al ver que Beth no avanzaba—. Podríamos haber ido por la carretera, pero se tarda mucho tiempo. El tío Kell dice que este camino es mejor.

Kell podría haberlo dicho, pensaba Beth mirando desconsoladamente a la orilla del río. El trozo que había entre donde estaban y el puente estaba lleno de agua y barro, y parecía muy resbaladizo.

—Katie, yo no tengo botas de agua —le dijo Beth.

—Te dije que las necesitábamos.

—Dijiste que las necesitaba para las culebras.

—También para el barro —rió Katie y, agarrándola de la mano, le dio un tirón—. Venga, Beth, por favor… El tío Kell dice que hundirse en el barro es divertido y delicioso.

—Divertido… —Beth miró de nuevo el barro y a pesar de sus temores sintió que en sus labios se dibujaba una sonrisa—. Delicioso… Quizá… Katie Bell, voy a llenarme de barro.

—No importa, no importa.

Y quizá no importaba. Beth dudó un instante y luego sonrió; se quitó las playeras y dejó que Katie tirara de ella. Y lo cierto era que el barro tenía una pinta estupenda: limpio, húmedo y brillante. Dio un paso adelante, luego otro y otro más…

Katie, que no pesaba casi nada, se hundía sólo un par de centímetros cada vez que daba un paso. Con el primer paso que dio, Beth se hundió hasta los tobillos, notando como el suave y fresco limo se le metía entre los dedos de los pies. Al dar el segundo paso se hundió hasta la pantorrilla y con el tercero hasta las rodillas. Cuando había avanzado diez metros, estaba completamente cubierta de barro y riéndose a carcajadas.

—¡Puaj! ¡Niña mala! Voy a quedarme aquí atrapada todo el día —al ver la carita inocente de su compañera hizo una pausa—. ¿Adonde diantres me llevas, Katie Bell? ¿De verdad que tu tío Kell te trae por aquí? Dime la verdad ahora mismo.

—No —confesó Katie, riéndose y tirando de Beth—. Pero me enseñó el barro desde el puente y me dijo que solía venir por aquí cuando tenía mi edad. Me prometió que el día que volviera a hablar me traería por aquí para celebrarlo. Ayer por la noche me dio miedo pedírselo. Pero está mañana pensé que, como había hablado mucho, que te traería a ti por este camino.

—¡Vaya, muchas gracias! —Beth dio otro resbaladizo paso—. Y debo acordarme de agradecérselo a tu tío Kell por darte una idea tan buena, si es que llegamos algún día donde está él, claro.

—Puedes hacerlo si lo intentas —dijo Katie alegremente—. Fíjate en mí; ni siquiera me estoy manchando el pichi. Con mis botas de goma puedo llegar más limpia que si acabara de ducharme.

Cincuenta metros más allá, Beth se detuvo para tomar aliento. Se había resbalado dos veces y había puesto la mano para no hacerse daño, con lo cual se había metido casi hasta el codo en el barro. Parecía una víctima de la guerra, recién salida de una trinchera. Beth levantó la vista y vio que habían recorrido la mitad de la marisma. Delante de ellas, el barro era como un llano suave y brillante.

—Katie, no creo que tenga fuerzas para terminar el camino por la marisma —dijo Beth con respiración entrecortada—. Debe de haber otro camino más fácil para…

—Lo hay.

—¡Oh…! —Beth se calló a mitad de la frase. Levantó la vista estupefacta y encontró a Kell Hallam de pie en el puente, con la mirada divertida.

—Buenos días, chicas —exclamó Kell casi a punto de echarse a reír—. ¿Qué? ¿Tomando unos baños de lodo para el cutis?

Katie, se apretó contra Beth, y ésta se dio cuenta de que la niña aún no se fiaba de Kell. Quizá la niña no había tenido mucha relación con su padre, o con ningún hombre. Lo cierto era que estaba respondiendo mucho mejor con ella que con su propio tío.

Beth miró al hombre sobre el puente y comprendió la inquietud de Katie, aunque su desconfianza en Kell naciera de otra fuente. Esa mañana llevaba puestos unos vaqueros y una camisa de cuadros muy vieja y abierta casi hasta la cintura. El cabello le brillaba al sol y sus ojos reían. Al fijarse en el fuerte y casi desnudo pecho de Kell y en su robusto cuerpo, Beth se estremeció de pies a cabeza. ¡Estúpida! ¡Qué reacción más estúpida! ¿En qué diablos estaba pensando?

—Tengo entendido que le sugeriste a la niña este camino —dijo casi sin aliento—. Muchas gracias, Hallam. Supongo que me pagarás la tintorería.

—Creo que hay una solución más barata —dijo sonriendo—. ¿Llevas a la comadreja?

—Mi comadreja está sana y salva en mi dormitorio.

—Entonces no tienes problema —sonrió—. Me imagino que sabes nadar, ¿no?

—Pues no…

—¿No sabes nadar? —Kell meneó la cabeza—. No puedo creerte, señorita Lister. Pareces la típica mujer que nada como un pez. De todas maneras, si tú lo dices… —miró a su sobrina—. Nuestra querida señorita Lister parece ser una damisela en apuros, Katie Bell. Tenemos que encontrar una solución. ¿Qué te parece si tu tío Kell la salva?

Katie Bell lo miró confundida y luego miró a Beth.

—No sé si Beth quiere que la salves —dijo la niña, agarrándose a Beth con más fuerza.

—Tonterías. Las damas en apuros siempre quieren ser salvadas —dijo Kell con firmeza, sonriendo con picardía—. ¿Has leído alguna vez la historia del caballero valiente que rescata a su bella dama de las fauces de un dragón de aliento de fuego? Además, en los cuentos nunca se rechaza la ayuda del caballero, por lo que no veo por qué Beth iba a rechazarme.

Katie lo miró boquiabierta durante diez segundos, y tras eso, para sorpresa de Beth, se echó a reír.

—No tenemos dragón —dijo con una carcajada de satisfacción—. ¡Qué tonto eres, tío!

—Pero tenemos barro —dijo sabiamente—. Es lo mismo. El barro se come a la gente a trocitos. Tienes suerte de llevar botas de agua, Katie Bell, pero nuestra Beth está expuesta al peligro de que se la coma el barro enterita.

—¿Pero… vas a rescatar a Beth? —preguntó Katie Bell, fascinada.

—Claro que sí —y dicho eso se quitó la camisa, miró a Beth con un brillo malicioso en los ojos, y se descolgó por la plataforma de madera sobre el río.

—¿Vas a bajar? —chilló Katie.

—Por supuesto —le dijo Kell—. Voy a bajar con tal rapidez que seré casi como Superman. Y tú, Katie Bell, debes evitar que nuestra dama salga corriendo antes de que baje.

—No creo que Beth pueda correr —rió Katie, alucinada por las tonterías de aquellos dos adultos—. Está atrapada en el barro hasta las rodillas.

—Así es como me gustan más las damas —asintió Kell—. Atrapadas.

Y sin decir más, su cuerpo describió una elegante curva y se zambulló en las profundas y lentas corrientes del río.

Beth no echó a correr. Como Katie bien había dicho no podía, pero aunque no hubiera estado hundida en el barro, no habría podido. Se quedó ahí muda de asombro.

Entonces, pasado un momento empezó a preocuparse. Lo más natural habría sido que Kell hubiera salido. ¿Qué profundidad tenía aquel río? ¿No sería peligroso meterse allí? Aquel hombre estaba loco.

Pero no había razón para preocuparse, pues apareció diez metros más allá de donde se había zambullido a escasos metros de las chicas, con la misma sonrisa burlona.

Katie chillaba de alegría una y otra vez y luego se escondía detrás de Beth. Pero al esconderse lo hacía riéndose como una loca. Por primera vez, Beth se dio cuenta de que el miedo que la niña había demostrado hacia su tío no era real. Katie Bell empezaba a creer que su tío Kell era divertido.

Divertido…

¿Era de verdad una persona divertida? Resultaba una tontería pensar que al tiempo que Katie se iba tranquilizando con respecto a su tío, Beth iba poniéndose cada vez más nerviosa.

Había unos cinco metros de barro entre Kell y las chicas y unos dos metros de la orilla del río. Kell se acercó a las chicas, sólo con la cabeza por encima del agua. Extendió la mano como para agarrarse a los juncos que crecían a lo largo de la orilla, pero la mano se le resbaló y cayó hacia atrás.

—Está demasiado profundo como para hacer pie y hay mucho barro junto a las orillas —protestó—. Beth, ven a ayudarme; necesito una mano para salir de aquí.

—No necesitas nada —Beth respondió cansada—. Tú te metiste ahí, pues sal tú solo.

—¿No lo dirás en serio?

—Totalmente —Beth estaba firme.

—Se supone que las damas en apuros deben cooperar —protestó Kell.

Beth hizo una mueca con los labios, pero sacudió la cabeza.

—¿Recuerdas el cuento en el que el héroe dice: *¡Rapunzel, Rapunzel, descuelga la trenza!* —preguntó Beth—. ¿Lo conoces, Katie Bell? —preguntó también a la niña que tenía a su lado—. Cada vez que oigo ese cuento en vez de pensar que es romántico, me identifico con la protagonista. Entonces, Hallam, ya puedes ir buscando otra dama a la que rescatar.

—No estoy pidiéndote que me dejes utilizar tu pelo para salir del agua —le contestó Kell herido—. No lo permitiría, tu pelo es demasiado bonito. Todo lo que quiero es que me des tu mano, querida Beth, y tires de mí para que pueda salir a la orilla y llevar a mis dos damas a un sitio donde no corran peligro —como Beth no se movía, Kell miró a su sobrina—. Bueno, si Beth no quiere sacarme… ¿Qué te parece ayudarme tú, Katie Bell?

—¡De eso nada! —Beth frunció el ceño preocupada—. No permitiré que Katie se acerque al borde —le dio la mano a la niña y se la apretó con fuerza.

—Pero tú no quieres ayudarme —era una cabeza sin cuerpo flotando en el agua, con un par de ojillos maliciosos y brillantes.

—No, y Katie tampoco.

—¿Dejarás que me ahogue?

—¡Sí! —aquellos risueños ojos le estaban revolviendo la sangre en sus venas y Beth no entendía aquella sensación.

—¿Katie, dejarás que tu tío Kell se quede aquí para siempre y que se lo coman las ranas y los tritones de agua? —dijo Kell tristemente—. No le harías eso a tu tío Kell, ¿verdad Katie Bell?

—Kell, no te atrevas a pedirle a Katie que te ayude —Beth bajó la vista y vio la expresión de preocupación reflejada en la cara de la niña—. Eso no es justo, Kell Hallam.

—Katie podría rescatarme.

—No debe…

—Voy a ayudarlo —Katie salió voluntaria y dio un paso adelante, pero Beth la detuvo con fuerza.

—Katie, no te acerques al agua.

—Pero Beth, si no me dejas que rescate a mi tío Kell, entonces tendrás que ayudarlo tú —dijo Katie con urgencia—. El agua es muy profunda aquí y se ahogará.

—¡Él no se ahoga!

—Beth, Katie está preocupada por mí —dijo Kell—. Si no permites que mi sobrina me eche una mano, entonces no te queda otra, bella dama, sino hacerlo tú misma. Y después te ayudaré a salir de ahí. Te lo prometo.

Finalmente, dio un paso al frente.

—Katie, no te muevas de ahí. Y tú, Hallam… a esto se le llama chantaje emocional.

—Se me da de maravilla, ¿verdad? —rió Kell—. No hace falta que seas tan desconfiada, querida. Mis intenciones son totalmente inocentes.

—Estoy empezando a dudar que hayas tenido alguna intención inocente en toda tu vida —dijo Beth con un trasfondo de amargura; entonces recordó lo que había pasado la noche anterior y se puso como un tomate.

—Continúa —la animó Kell.

—Venga, Beth —le urgió Katie—. Date prisa antes de que se ahogue.

—Es una rata de agua —dijo Beth—. Las ratas de agua no se ahogan.

Pero dio dos pasos más y por fin llegó a tierra firme.

La orilla del río estaba un poco elevada, formando como un espacio donde lograban sobrevivir un grupo de plantas que crecían desordenadamente. Allí estaba a salvo, aunque fuera cubierta de una capa de lodo, y frente a frente con Kell Hallam.

—Todo lo que tienes que hacer es tenderme la mano —gritó Kell con ánimo—. Es suficiente conque te pongas en cuclillas y tires de mí.

—No sé, Kell Hallam, no me fío de ti —murmuró Beth.

¿Quién podría fiarse de aquella mirada burlona que la vigilaba desde el agua?

—¿Qué diantres podría hacerte?

—Mojarme, por ejemplo.

—¿Ah, sí?

—Seguramente.

—Oh, mujer de poca fe —Kell sonrió, con una de sus sonrisas más encantadoras—. Querida Beth, agáchate y tiéndeme la mano y serás recompensada con creces.

—¿Cómo?

—Con algo que necesitas de verdad —Kell extendió la mano con fuerza—. Basta de hablar; sálvame antes de que me ahogue.

—Eres el último que te ahogarías —dijo enfadada, pero se agachó y dos segundos más tarde se caía en el agua junto a él, cuando Kell tiró de ella con fuerza.

Diez segundos más tarde, Beth aparecía en la superficie del agua, abriendo la boca para tomar aire. Kell había tirado de ella con fuerza para que se hundiera, pero nada más entrar en el agua tocó fondo.

No le extrañaba que le hubiera pedido ayuda a Katie. No habría expuesto a la niña a ningún peligro. Seguramente el agua estaba profunda por donde se había tirado pero cubría tan poco donde estaban en ese momento que le debía de haber costado trabajo dar la impresión de que estaba en aguas profundas.

Beth abrió la boca para protestar, echó un chorro de agua del río por la boca y lo intentó de nuevo.

—¡Gusano! —chilló indignada.

En ese momento se dio cuenta de que se había burlado de ella, y casi sin pensarlo empezó a echarle agua llena de barro. Luego, para que surtiera más efecto, se echó hacia atrás y empezó a patalear en el agua. Beth se movió como una loca durante un minuto hasta que se liberó de la tensión que tenía dentro. Acabó exhausta y sentada en el agua.

A Kell no parecía haberle afectado, pero cuando Beth terminó, se llevó una mano a la cabeza que tenía empapada.

—Oh Beth, me has mojado —dijo con sorna.

Aquello era demasiado. Se atragantó con el agua al intentar aguantarse la risa, pero la risa surgió incontenible como el gorjeo de un pájaro inundando el aire matinal.

—¡Eres… Eres un asqueroso! ¡Kell Hallam eres un mentiroso y un traidor y deberías avergonzarte de ti mismo!

—¿Por qué iba a avergonzarme de mí mismo? —preguntó Kell con aire inocente—. Te he hecho un favor.

—¿Cómo me has hecho un favor?

Beth estaba de rodillas en el agua, los bucles color caoba le caían por los hombros y la camiseta mojada se le pegaba al esbelto cuerpo.

Seguro que Kell se había dado cuenta. Al mirarlo vio que la miraba con un brillo malicioso.

—Bueno, para empezar te he limpiado el barro —sonrió—. Y en segundo lugar te estoy viendo con muy buenos ojos.

—Entonces, ¿cómo me estás haciendo un favor? —Beth se estaba poniendo cada vez más colorada. Se metió en el agua hasta los hombros para esconder la camiseta que ya era casi transparente—. ¿Qué me estás viendo… con buenos ojos?

Kell se puso un poco serio.

—Me da la impresión de que eres demasiado modesta —dijo con suavidad; Kell se quedó callado un momento y luego la sonrisa volvió a iluminar su mirada—. Beth, he estado pensando mucho toda la noche —extendió la mano bajo el agua y le tomó la mano—. Beth, si no quieres venir como niñera de Katie, ¿qué te parecería venir como mi esposa?

Mi esposa… Beth se quedó mirándolo sin comprender y boquiabierta.

—¿Cómo has dicho?

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Beth sacudió la cabeza como si tuviera agua metida en los oídos y no oyera bien.

—Kell… Bueno, tú… debes de estar loco.

—No estoy loco, Beth. ¿Por qué iba a estarlo?

Por Dios santo… Era como si le estuviera ofreciendo una taza de café. ¿Te apetecería tomar esto? ¿Sí? ¿No?

Kell se puso de pie, con el agua cubriéndole hasta la mitad del muslo; Beth seguía arrodillada delante de él. Él le acarició el pelo mojado con una mano y vio cómo se ponía pálida.

—No te pongas así, Beth. Te estoy proponiendo un negocio. Es una solución práctica para las necesidades de ambos y, además, tú ya has aceptado una proposición de matrimonio parecida. Mi oferta no puede ser peor que la de Lyle, ¿no crees?

Entonces, antes de que Beth pudiera responder. Kell se volvió a mirar a la pequeña que los observaba muerta de curiosidad desde la orilla del río. Era como si, después de haberle hecho la pregunta, no le importara demasiado la respuesta.

En la orilla, Katie había estado mirándolos con los ojos como platos. Los perros de Kell habían bajado del puente y estaban en ese momento sentados junto a Katie. Los tres tenían la misma cara de expectación. Tanto los perros como la niña seguramente pensaban que aquellos dos adultos habían perdido la cabeza por completo.

Y tenían razón al menos en referencia a uno de ellos, pensaba Beth asombrada mientras intentaba ponerse de pie. Pero Kell le puso una mano en el hombro y la empujó hacia abajo con firmeza.

—Quédate en el agua y nada un rato, Beth —le dijo con amabilidad—. ¿Quieres venir tú también, Katie? —le dijo a su sobrina.

—Ahí está todo mojado —dijo Katie despacio.

—La mejor agua siempre está mojada —le dijo el tío con tono solemne—. Pero está muy buena, ¿verdad Beth? —Beth abrió la boca como un pez y la volvió a cerrar, pero no logró articular palabra—. Se lo está pasando tan bien que no puede describirlo con palabras —Kell le iba diciendo a su sobrina.

Se movió a grandes zancadas por el agua y cruzó el barrizal hasta donde estaba la niña. Beth no sabía cómo era posible que casi no se le hundieran los pies, aunque Kell se hubiera quitado las botas y estuviera descalzo, igual que ella. Los perros se retorcían de alegría al verlo acercarse, pero Katie no estaba tan contenta.

A pesar del asombro que le había causado la extraña proposición de Kell, Beth centró su atención en la niña que estaba en la orilla. Kell extendió los brazos hacia la niña.

—El agua está fenomenal, Katie. ¿Quieres venir a jugar conmigo y con Beth?

Katie lo miró con miedo.

—Tengo el pichi puesto.

—Es verdad —Kell asintió muy serio—. Y no podemos mojar el pichi. Pero podríamos quitártelo y meterlo dentro de las botas de goma. Podrías nadar con las braguitas nada más. Así no se te mojaría el pichi.

—A Beth le has mojado toda la ropa —le dijo Katie en tono acusador y Kell sonrió.

—Bueno, sí, pero la ropa de Beth no es tan importante como tu pichi. ¿Has visto? Beth incluso tiene un agujero en la rodilla del vaquero. Pero le compraremos ropa nueva cuando se venga a vivir con nosotros.

—¿Beth va a venir a vivir con nosotros? —preguntó Katie.

—Si puedo convencerla. Creo que deberías ayudarme. Quizá no quiera venirse a vivir con nosotros todavía, pero si lo intentamos, a lo mejor al final podríamos convencerla de que viniera. Bueno, Katie, tenemos a Beth sentada sola en el agua, deseando tener a alguien con quien jugar. ¿Qué te parece venir a chapotear un rato con tu tío Kell? —y le tendió la mano.

Se hizo el silencio durante un largo rato. Katie miró a Kell, a Beth y luego a los perros que estaban junto a ella. Entonces volvió a mirar a Beth.

Finalmente le dio la mano a su tío.

—No vas a dejar que me hunda, ¿verdad? —susurró.

—No te preocupes —Kell subió a la niña en brazos con un gesto triunfante—. No te preocupes, cariño. Sé cuidar muy bien de mis mujeres. Sólo espero… Bueno, sólo espero que podamos convencer a nuestra Beth de que quiera ser cuidada tal y como tengo la intención de cuidarte a ti.

Nuestra Beth…

Beth siguió oyendo aquellas dos palabras durante la media hora siguiente.

Tras media hora de juegos y carreras en el agua, todos acabaron exhaustos y riéndose como locos, pero a Beth la cabeza le daba vueltas y más vueltas.

¿En qué diantres estaría pensando Kell para hacerle una proposición tan loca? ¿No pensaría que se lo iba a tomar en serio? Aquello no tenía sentido.

—Tiene sentido, Beth —le dijo por fin Kell, adivinándole el pensamiento y una vez que Katie había abandonado a los adultos para inventar su propio juego junto a los perros.

Kell estaba sentado en la orilla, con las largas piernas estiradas y el torso húmedo brillándole al sol. Beth estaba de rodillas en el agua, como temerosa de acercarse más a él.

—¿Qué es lo que tiene sentido? —Beth no podía hacer otra cosa que actuar como si no lo hubiera entendido—. Yo no…

—No seas estúpida, Beth —dijo Kell amablemente—. Ya sabes a lo que me refiero; quiero decir que te cases conmigo.

Beth tragó saliva.

—Kell, sé que no lo dices en serio. Tú no quieres casarte conmigo.

—No quiero casarme con nadie —le dijo con calma—. Al menos no de la manera en que lo hacen la mayoría. No quiero una relación romántica. Mis padres se destrozaron con las exigencias que se impusieron el uno al otro —hizo una pausa—. Yo no estoy dispuesto a entrar en ese juego —dijo secamente—. Pero contigo… Bueno, me has demostrado que puedes contemplar el matrimonio como un negocio, y si podemos hacerlo así… Beth, podrías tener aquí tus habitaciones propias, tener tus animales y lo que te gusta hacer y ser una madre y amiga para Katie. Los asistentes sociales dejarían de molestarme, y la verdad tengo que confesar que estoy empezando a cansarme de sus constantes interrogatorios. Además, si fueras mi esposa, Katie te tendría para siempre.

—Pero…

—Beth, dijiste que si te quedabas luego te rompería el corazón marcharte —dijo Kell con urgencia—. Llevo toda la noche pensándolo y a mí no me parece descabellado. Si te casaras conmigo, no tendrías que marcharte nunca y Katie tendría una verdadera estabilidad. Además, así mi casa tendría una anfitriona. Estoy experimentando con un criadero de caballos y cada vez tengo más visitas de negocios del extranjero. Traen a sus esposas y es un incordio no tener una mujer que las entretenga mientras los hombres hablamos de negocios. Necesito una esposa, pero una esposa sin compromisos. Una esposa a la que pueda darle seguridad a nivel económico, pero nada más.

—¿Nada más? ¿Quieres decir… una esposa sin tener ningún lazo emocional?

—Eso es —asintió con gravedad, sonriendo persuasivamente—. Elaboraremos un contrato en el que se especifique exactamente lo que espera el uno del otro, y lo seguiremos al pie de la letra. Eso no quiere decir que no podamos ser amigos, Beth. Estoy seguro de que podemos serlo, de otro modo no te lo habría sugerido. Pero seríamos independientes.

—Pero ayer por la noche… —Beth tragó saliva, intentando formular en palabras el rompecabezas de sus locos pensamientos—. Kell, no me trataste como si fuéramos a ser sólo amigos.

—No —Kell meneó la cabeza y se puso serio—. No, no lo hice Beth, y… bueno, creo que cometí una equivocación. Eres una mujer muy bella, mucho más que la mayoría de las que he conocido, pero si nos ponemos de acuerdo en lo que te propongo… Beth, ya has dicho que me encuentras atractivo y yo a ti también. Eso quiere decir que podemos estar orgullosos el uno del otro siendo marido y mujer, pero no creo que debamos darle más importancia. Si lo hiciéramos, correríamos el riesgo…

—¿El riesgo de que me enamorara de ti? —la pregunta sonó como un susurro en la quietud de la mañana.

Katie y los perros estaban investigando un agujero que había en la orilla, un poco más allá de donde se encontraban ellos dos. Estaban solamente Beth y Kell… Un hombre y una mujer separados por dos metros que bien podrían ser dos kilómetros.

—¿Beth, no me digas que podrías…?

—Podría —dijo Beth con tristeza—. ¿Y luego… qué haría yo? Tú no quieres ese tipo de relación, eso me lo has dejado claro. Y Kell… Kell no creo que pudiera casarme contigo sin tener en cuenta esa posibilidad. Ahora no tengo las cosas tan…

—¿Tan claras? —preguntó Kell con curiosidad—. Pero sí lo tenías claro cuando te lo propuso tu primo.

—Bueno, no corría el riesgo de enamorarme hasta la médula de Lyle —dijo Beth de manera cortante; se levantó bruscamente y se cruzó de brazos sobre el pecho—. Hallam, necesito irme a casa, por favor. Me gustaría… Necesito que me lleves a casa.

—¿Beth, no dirás en serio que no te quieres casar conmigo por si te enamoras de mí? Eso es una ridiculez, tonterías románticas para las que no hay sitio en el mundo real —Kell abrió los brazos en un gesto enfático—. Beth, veo que eres una chica encantadora con un gran corazón y mucha ternura. Veo en ti una mujer a la que me sentiría orgulloso de llamar esposa. Puedo darte una buena casa, seguridad económica y un lugar en donde tener a tus animalitos. Ahora y para siempre, Beth. Piénsatelo bien antes de rechazarlo.

—Ya lo he pensado —dijo Beth con tristeza, mirando hacia abajo—. Kell… Hallam, por favor… llévame a casa.

—¿Quieres decir a esta casa?

—No —dijo Beth sombríamente—. Quiero decir a mi casa, por favor, Kell Hallam. Allí donde estaré de nuevo sola.

Capítulo 8

Las horas que tardaron en cubrir el trayecto hasta la granja de Beth fueron terribles. Katie iba sentada en el asiento de atrás, callada como la pequeña comadreja que llevaba Beth colgada al cuello. Kell charlaba de temas triviales, pero se dio por vencido al ver que Beth le contestaba con monosílabos.

Se había duchado y cambiado de ropa antes de salir. Por fuera se sentía limpia y cómoda, pero por dentro… ¡todo lo contrario! Al llegar a la desviación de su granja se sintió aliviada. Si pasaba un poco más de tiempo con aquel hombre, iba a volverse loca.

Comparada con la lujosa mansión de Kell Hallam, la de Beth parecía casi ridícula. Su terreno eran tierras de labranza poco rentables, situadas junto a la costa y al borde de un enorme bosque. La granja era una diminuta casa de madera eclipsada por enormes árboles de caucho y por el sotobosque que iba ganando terreno. El largo abandono de sucesivos dueños era la razón de que la casa estuviera destartalada hasta el punto de estar casi en ruinas. Sólo el amor y el trabajo de Beth durante los últimos años habían logrado que se mantuviera en pie, pero eso no iba a durar mucho.

Aunque tampoco haría falta, pensaba Beth tristemente cuando se pararon delante de la vivienda. No tenía dinero para pagar la hipoteca y en un mes tendría que salir de allí.

¿Adonde iría? Lo único que sabía Beth era que estaría sola.

Katie salió del coche con mucho cuidado, tenía los ojos abiertos como platos mientras contemplaba aquel lugar.

—Es bonita, Beth —dijo con cautela—. Pero… es muy, muy vieja.

—Lo es —Beth hizo un esfuerzo sobrehumano para sonreír. Kell se levantó del asiento del conductor y contempló el lugar en silencio. Beth lo miró dubitativa, intentando interpretar la expresión de su cara, pero se dio por vencida. ¿Quién sabía lo que estaba pensando aquel hombre?

—Ésta es una verdadera granja australiana, Katie —consiguió decir Beth, intentando centrar su atención solamente en la niña—. No es como la casa de tu tío. Tu tío tiene retretes con cisternas y un sistema de alcantarillado apropiado. ¡Aquí tengo un auténtico retrete australiano! ¿Quieres verlo?

—El tío Kell también tiene —respondió Katie obstinada, pero Beth sacudió la cabeza.

—No —Beth miró a Kell y volvió la cabeza con rapidez—. En Australia, un auténtico retrete de granja no está dentro de la casa, ni tiene cisterna. Mi retrete tiene una taza debajo.

—¿Una taza? ¿Qué quiere decir eso?

Beth sonrió y le tendió una mano, señalando a la pequeña caseta al lado de la casa con la otra.

—Voy a presentarte a un auténtico retrete australiano, Katie Bell. Luego llamaré a Caroline, la chica que les da de comer a los animales cuando no estoy, para decirle que estoy de vuelta y que no necesita venir a darles de comer por la tarde. Después, te presentaré a todos mis animales.

Fue una extraña visita. A Katie se la veía muy interesada, observando a Beth con avidez mientras comprobaba lo bien que estaban los animales. Pero al mismo tiempo la niña se agarraba a ella como temerosa de que desapareciera en cualquier momento.

Y Kell… Kell las seguía en silencio, una figura alta y esbelta. Casi no hablaba, pero Beth sabía que veía todo con sus inteligentes ojos y que veía el estado semi ruinoso de aquella casa. Lo veía todo, pero a la que observaba era a ella…

Beth les estaba mostrando algunos animales sorprendentes. El nerviosismo de Katie ante la inminente separación de Beth se vio mitigado por la presencia de las criaturas abandonadas. Le enseñó todas y cada una y con todas ellas Katie pedía que le diera un historial completo. ¿Qué le había ocurrido a la mamá del koala bebé? ¿Cómo se había herido el canguro en el prado detrás de la casa? ¿Por qué aquel ulabí prefería chupar la leche de la mano de Beth y no del biberón?

Katie había pasado meses sin hablar y todo lo que había hecho durante todo ese tiempo había sido pensar y escuchar, con lo que sus conocimientos eran enormes.

—Mamá solía hablarme de los animales de Australia —le dijo Katie a Beth con orgullo cuando terminaron de ver a todos los animales; luego se volvió hacia su tío—. Tío Kell, si Beth no se puede quedar con nosotros, ¿por qué no podemos quedarnos con Beth una temporada? Será como… como unas vacaciones. Podríamos ayudar a Beth a cuidar de sus crías —aspiró profundamente, como si fuera a hacer un gran sacrificio—. ¡Incluso voy a utilizar el retrete de Beth!

Su tío sonrió, la tomó de la mano y miró a Beth muy serio. Por primera vez desde que habían llegado le dirigió la palabra.

—Beth, Katie ha tenido una buena idea. Son más de las cuatro y hay tres horas de camino hasta casa. ¿Qué te parece invitarnos a pasar la noche?

—Pero no tengo…

—¿No tienes camas? —estaban en la diminuta cocina de Beth; la habitación de al lado era el dormitorio de Beth y más allá había una pequeña sala de estar, que era donde estaban los animales—. Veo que tienes poco sitio, los huérfanos tienen prioridad en tu casa, pero tuve la previsión de traer unas colchonetas y un par de sacos de dormir —dijo mirándola con aquellos ojos tan oscuros—. Katie y yo dormiremos en el porche, será como una aventura. ¿Te importa que nos quedemos?

Beth se quedó mirándolo sorprendida. ¿Le importaba que se quedara allí? ¿En su santuario?

—Pero… No hay comida en casa —tartamudeó.

—¿Entonces qué tenías pensado cenar hoy?

—Hay… Supongo que hay huevos en el gallinero y… bueno, puedo ordeñar a Daisy.

—¿Daisy?

—Es la única cabra que me queda —dijo Beth tristemente—. Daisy estaba en el pajar dando a luz cuando los perros mataron al resto de la manada. Tiene una leche muy buena… Pero vosotros dos no podéis comer sólo huevos y leche.

—Claro que sí —dijo Katie—. Mi cena favorita son huevos con leche. También es la tuya, ¿verdad, tío Kell?

—Sólo si la compañía es buena —Kell volvió a sonreír—. Y tengo que decir que la compañía me parece excelente. Si quieres invitarnos, mi sobrina y yo aceptaremos de buen grado tu invitación a cenar y a pasar la noche en tu maravillosa casa.

—Bueno, muy bien —dijo Beth vacilante; miró a Kell como quien ve una serpiente de cascabel—. Mientras que durmáis en el porche… —se calló al tiempo que miraba a Katie—. Katie Bell puede compartir la cama conmigo, si quiere, pero los extraños tienen que quedarse fuera en cuanto cae la noche.

—El tío Kell no es un extraño —objetó Katie.

Beth miró a Kell y empezó a preguntarse si el porche estaba lo suficientemente alejado. No quería en absoluto que aquel hombre se acercara a ella.

Pero, aún así… Beth suavizó su expresión mientras se pensaba bien todo aquello. Kell Hallam era un tipo muy grande, y los tipos grandes tenían su utilidad. Si iba a quedarse…

—Bueno, si de verdad queréis quedaros, eso tiene un precio —Beth le dijo lentamente, al tiempo que se le iba ocurriendo un plan—. Este alojamiento de cinco estrellas está disponible sólo a un precio muy alto —le dijo—. Mi porche es muy, muy caro.

—El tío Kell tiene mucho dinero —dictaminó Katie, y luego miró a su tío vacilante—. ¿Verdad, tío Kell?

—Quizá —le dijo a su sobrina; estaba quieto y seguía examinando a Beth muy pensativo—. Pero la verdad, me parece Katie Bell que nuestra Beth no está hablando de dinero. ¿Tengo razón o no?

—Claro que sí —a pesar de su recelo, Beth sonrió a Katie—. Tú no tienes que pagar alojamiento porque tienes seis años, Katie Bell, y seis años no son suficientes para pagar. Pero tu tío Kell…

—¿Y bien? —Kell también sonreía, pero su rostro seguía teniendo una expresión de duda.

Resultaba agradable desconcertar a aquel hombre para variar.

—Toda la madera que tengo está verde —le dijo con recato.

—¿Cómo?

—La madera —repitió Beth, como si su explicación fuera obvia—. He estado cortando madera de árboles de caucho que se han caído dentro del terreno, pero no tengo nada de leña. Sin embargo…

—¿Sin embargo, qué…? —Kell repitió con aprensión.

—Sin embargo —Beth sonrió de nuevo y le guiñó un ojo a Katie—, hay un enorme árbol rojo de caucho en el prado de atrás y lleva años muerto. Con cada tormenta me pregunto si se caerá o no y nunca se cae. Es demasiado peligroso subirse a arrancar las ramas, pero si se cayera… Si se cayera, tendría leña suficiente para un par de años. O por lo menos… —le temblaba la voz.

—Por lo menos tendrías leña suficiente hasta que te marcharas —Kell terminó por ella—. Entonces… Entiendo que te gustaría que saliera y talara a ese gigante antes de la cena como parte de nuestro alojamiento. ¿No es así?

—Eso es —Beth dejó de lado su tristeza por un momento y sonrió—. ¿Te parece bien?

—Beth…

—Hallam, voy a ayudarte —Beth le aseguró alegremente—. De hecho, soy yo la que suele cortar toda la leña que utilizo, pero este… Está cerca de la presa, en un terreno que se adentra en el agua, y si cae mal acabará bajo el agua y ya no valdrá para nada. No quiero que se caiga en el agua.

—O encima de ti.

—No se caerá encima de mí. No soy tan tonta, sé cómo talar un árbol, pero éste tiene las ramas torcidas y si se cae un poco hacia un lado, se acabó. ¿Quieres verlo?

—No —dijo Kell con decisión—. No quiero.

—Si no hay árbol, no hay alojamiento; ni siquiera leche de cabra —dijo Beth con firmeza, aunque un suave brillo en los ojos la traicionaba—. Ése es el trato.

—¿Y qué pasa con Katie? —Kell dijo exasperado—. Me estás proponiendo que salgamos los tres a talar el árbol.

—Ya te lo he dicho… El alojamiento de Katie es gratuito —le aseguró Beth, poniéndose en cuclillas junto a Katie—. Katie Bell, puedes quedarte aquí pues tu tío Kell tiene una tarea que hacer. Quiero que me ayude a talar un árbol. ¿Qué te parece si te llevo a donde están los animalitos comiendo fucsias bajo la ventana de mi habitación? ¿Quieres verlo?

—A lo mejor —dijo Katie cautelosamente—. Preferiría ayudarlo a talar el árbol.

—Ya lo sé —sonrió Beth—. Pero mis animalitos necesitan una niñera. Si me prometes quedarte aquí y no moverte del porche, entonces tu tío y tú podéis quedaros a pasar la noche. ¿Qué te parece? —Beth sonrió con la más dulce de las sonrisas.

—Eso es chantaje.

—Es un juego de dos, ¿no Hallam? Creo recordar que utilizaste a tu sobrina para atraerme hasta el agua esta mañana. Ahora, si quieres, espera un momento

hasta que dé de comer a mi comadreja y vaya a buscar algunas fucsias. Luego iremos a talar el árbol de caucho.

—¡Tienes que estar de broma!

Diez minutos más tarde, Beth y Kell estaban bajo uno de los árboles rojos de caucho más grandes de la propiedad. Sus largas y muertas ramas formaban una bóveda fantasmagórica entre el suelo y la caída del sol.

La sombra que se proyectaba sobre la hierba era como la de un enorme esqueleto de una criatura hace mucho tiempo muerta, bella, pero infinitamente triste.

—No estoy de broma —dijo Beth suavemente y miró con tristeza hacia las ramas—. Tiene muchísimos años y el tronco está podrido. Se caerá solo si no lo talamos y aunque yo no esté aquí para usar la leña, quizá otra persona podrá hacerlo. Es demasiado buena como para dejar que se hunda bajo el agua.

Habían llegado hasta la presa en el tractor que iba incluido en el arrendamiento de la finca, un viejo y enorme Massey Ferguson. Beth se había sentado en el asiento del conductor, mientras que Kell se había quedado de pie a su lado. Había metido la sierra mecánica y un par de cascos en el tractor. Kell los miró e hizo una mueca.

—¿De qué nos van a servir?

—Bueno, podrían servir para marcar el lugar donde quedemos sepultados si se nos cae el árbol encima —Beth sonrió—. El terreno que rodea a la presa es suave y blando. Además, nos ahorraríamos los gastos del entierro.

—No te burles tanto —a pesar de la respuesta Kell no pudo contener una sonrisa—. Oye, Beth, no irás en serio con lo de cortar este árbol, ¿verdad? Es una tarea para hombres con experiencia en este tipo de trabajo, no para una chiquilla.

—He cortado árboles de este tamaño yo sola —le aseguró—. Es maravilloso lo que puedes llegar a hacer cuando no tienes dinero para contratar a un grupo de hombres. Pero si tienes miedo…

—¡No tengo miedo! —dijo enfadado—. Mira, si de verdad tienes que talar este árbol, entonces te mandaré a un par de mis hombres para que te ayuden.

—No necesito a tus hombres —Beth apagó el motor del tractor y se bajó, entonces lo miró con furia—. Puedo hacerlo yo. Todo lo que quiero que hagas es enganchar el tractor al cable, aprovecharlo al máximo y luego, cuando el árbol empiece a moverse, tirar de él en la dirección correcta.

—¿Tienes idea de lo que pasaría si se cayera para el otro lado? —Kell preguntó incrédulo, y Beth asintió.

—Claro que sí —Beth se puso en jarras y lo miró irritada—. Lo primero es que me aplastaría y lo segundo es que, si tú estuvieras en el tractor y el árbol cayera hacia atrás, entonces, lo más probable es que acabaras cayéndote también hacia atrás con tanta rapidez que no sabrías lo que te había golpeado. Pero nada de eso va a ocurrir.

—¿Por qué no?

—Porque sé talar árboles —Beth dijo exasperada—. Hallam, la única razón por la que necesito ayuda con este árbol es porque tiene que caer hacia una dirección determinada. He talado árboles montones de veces, pero con éste… Si cayera un poco desviado, iría directamente al agua y perdería al menos parte de él. No puedo bucear para sacarlo y por eso me veo forzada a pedir ayuda. ¿Bueno, quieres ayudarme o no?

—Esto es ridículo —Kell sacudió la cabeza—. Beth, hay al menos otros tres árboles muertos. Seguro que son tan buenos como éste y no están en un sitio tan precario. Puedo talar uno de ellos.

—No —dijo Beth obstinadamente—. Hay seis árboles muertos en la propiedad, pero ninguno está tan podrido como éste y los demás pueden servir para otros fines. Hay loros que anidan en los troncos, comadrejas y todo tipo de criaturas que habitan en ellos. No voy a talarlos. Si tengo que irme de aquí, entonces quizá los nuevos inquilinos necesiten leña y les resultará más fácil cortar cualquiera de esos. Por eso… tiene que ser éste.

Kell sacudió la cabeza, como si tuviera una mosca revoloteándole alrededor.

—Beth, no vas a hacerlo.

—Sí que lo voy a hacer —dijo Beth en un susurro—. Estoy preparada, bien si quieres ayudarme o no si no. He estado esperando a que viniera alguien… —le tembló la voz y desvió la mirada hacia otro lado: esas palabras que había pronunciado resultaban ridículas.

—Vino tu primo Lyle.

Beth miró hacia abajo; no se sentía bien.

—Lyle no me habría ayudado —dijo tímidamente—. Nunca me ha ayudado.

—No te cae muy bien, ¿no? —Kell preguntó atentamente, mirando a Beth mientras ésta seguía con la cabeza baja—. Le tienes miedo, ¿no? Tienes miedo de que te pegue.

—No, no. Ya no.

—¿Te ha hecho daño en el pasado?

Beth sacudió la cabeza, como si quisiera deshacerse de un mal sueño.

—Kell, por favor… No quiero recordarlo.

Se hizo silencio.

—Entonces… ¿Quién te ayudará si no lo hago yo? —preguntó Kell frunciendo el ceño, como si sospechara que fuera un truco de ella.

—Hay un granjero a unos kilómetros de aquí; el padre de Caroline —le dijo Beth—. A veces me llama para que trabaje la tierra con él y a cambio me ayuda a hacer algunos trabajos.

—¿Entonces es verdad que estás totalmente sola? —dijo Kell suavemente—. Sin embargo, Beth, debes darte cuenta de que no puedes hacer esto. Si algo ocurriera…

—¿Crees de verdad que podría pasar algo? —preguntó Beth, levantando la mirada hacia él—. ¿Crees que correría ese riesgo? Kell, sabes que lo que te estoy pidiendo no es peligroso.

—No si me dejas que lo haga yo —respondió Kell—. Sé cómo hacerlo bien.

—¿Y me estás diciendo que yo no?

—Te estoy diciendo que no me fío de ti.

—Entonces, el sentimiento es mutuo —le dijo Beth, mirándolo con ira.

—Muy bien —dijo Kell en tono burlón—. Digamos que eres una experta leñadora. El árbol está podrido, Beth, y sabes que necesitamos atar un cable a las ramas más altas para a su vez engancharlo al tractor. Necesitaríamos una pequeña grúa para subir al árbol.

—No hace falta —se fue detrás del árbol y sacó un grueso cable de metal—. Ya he enganchado el cable.

Kell se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo diablos…?

—Trepé —dijo Beth—. Deberías cerrar la boca, si no quieres que te entren moscas.

—Trepaste… —Kell se acercó rápidamente adonde estaba ella y la agarró por los hombros con fuerza—. ¡Trepaste el árbol! Beth, tienes idea de lo peligroso que es. ¡Pequeña estúpida! ¡Beth, podrías haberte matado!

—Necesito la leña, Hallam —dijo Beth simplemente—. Sin calor, mis animalitos morirían. Es el único combustible que puedo permitirme.

—Entonces arriesgarías tu vida…

—No es tanto riesgo —Beth le dijo suavemente, intentando apartarse de él aunque él no la soltaba—. No me subí a ninguna de las ramas y me encaramé al árbol con tanta rapidez que podrías haberme confundido con una de mis comadrejas. Tenía que estar preparada… por si surgía una oportunidad así. Y ahora, Hallam… Kell, ¿quieres ayudarme?

Kell la miraba fijamente, con los ojos llenos de asombro.

—Yo nunca… nunca… —dijo lentamente y se le quebró la voz.

—¿Nunca has ayudado a una mujer a cortar un árbol? —Beth levantó las manos y se quitó las de Kell de encima de los hombros—. Qué vergüenza, Hallam —consiguió decir, intentando aparentar naturalidad—. Ponte el casco por si acaso cae alguna ramita y empecemos de una vez. Siempre tiene que haber una primera vez.

Kell no quería que Beth tocara la sierra mecánica.

—Sé hacerlo —dijo por enésima vez, pero él se negó a escucharla.

—Tú conduces el tractor —le dijo poniendo mala cara—. Al menos, haciéndolo yo sé que saldrá bien.

—Pero…

—Ni peros ni nada, Beth Lister —le ordenó—. ¿Quieres que te ayude? Entonces tienes que aceptar mis condiciones, con lo que mira y calla.

Para alivio suyo, Kell sabía manejar la sierra de maravilla.

Lo contempló en silencio, no podía hacer mucho más, y cuando cesó el ruido de la sierra se separó y esperó mientras Kell comprobaba si iba bien o no.

Kell lo estaba haciendo muy bien y Beth tuvo que reconocer para sus adentros que mucho mejor de lo que lo habría hecho ella.

—Con esto ya no se puede hacer más —le dijo Kell—. Pero tienes razón, necesitamos la fuerza del tractor para tirarlo hacia donde nos interesa, Beth…

—Basta ya de tener más reparos —le dijo severamente, controlando los nervios—. Sabes que la cuña es buena. Si no consigo derribarlo, el tractor sólo patinará unos centímetros —le echó una sonrisa pícara—. Lo has hecho casi tan bien como lo habría hecho yo.

Y entonces, sin esperar a que le respondiera, Beth se volvió hacia el tractor. Más allá, en el otro prado, se veía la casa y a Katie jugando en el porche.

—No quiero que hagas nada —dijo Kell sin rodeos—. Solamente que lo dejes para que lo haga otra persona.

—¿Si fuera un hombre, tendrías tantas dudas? —Beth le preguntó con curiosidad, observando su expresión.

—¿Me estás acusando de ser un machista, señorita Lister? —preguntó Kell—. ¿Es eso lo que crees que soy?

—Estoy segura de que la mayoría de los mejores hombres lo son —Beth le respondió—. Al menos todos los que creen ser los mejores. ¿Bueno, seguimos con el trabajo, Hallam, o vamos a iniciar una discusión sobre igualdad de sexos aquí mismo? —dijo, y le brillaron los verdes ojos—. Te lo advierto, tengo todas las de ganar si empezamos a discutir sobre la superioridad de la mujer —con una sonrisa se montó en el tractor y lo puso en marcha—. Muy bien, Hallam —gritó para que la oyera con el ruido del motor—. Es tu turno. Y recuerda, si lo hacemos mal, acabaremos bajo tierra.

—¡Muchas gracias, señorita Lister! —respondió Kell, poniendo en marcha la sierra mecánica y subiendo la voz—. La confianza que tienes en nosotros dos es asombrosa.

Dos minutos más tarde, el enorme árbol de caucho caía estrepitosamente. Y lo hizo exactamente donde Beth quería, en tierra firme y seca.

Ya estaba todo hecho, y todo había salido bien.

Bajó del tractor y contempló las ramas caídas y el vasto tronco y, para su desgracia, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Se le veía tan… muerto: era ya tan definitivo. El árbol había sido una belleza durante cientos de años y en ese momento su vida había terminado.

Pero aun así, Beth había deseado talar aquel árbol desde hacía tiempo. Necesitaba la leña con urgencia y sabía que aquel árbol podría proporcionar combustible durante dos años o más… Pero no le quedaban dos años.

Algún nuevo inquilino llegaría y lo utilizaría. Usaría el gigante que Kell y ella habían derribado juntos.

Beth se enjugó las lágrimas, molesta por mostrar así su debilidad. ¿Cómo podía ser tan débil y llorar por un árbol muerto… y por un futuro que no tenía?

Y de pronto, Kell estaba a su lado, abrazándola y estrechándola contra su cuerpo. Era como si comprendiera esa reacción y su tristeza.

—No llores, Beth —dijo suavemente—. No me ha aplastado el árbol, ni siquiera me ha pasado cerca.

—No creí que… —Beth hizo un esfuerzo para deshacerse de su abrazo, pero fue inútil—. No estoy llorando por ti, nunca pensé que te fuera a pasar algo.

—Entonces, ¿por qué lloras?

Kell le acurrucó la cara entre las manos y contra su hombro. Durante un buen rato, Beth resistió, pero luego su necesidad de consuelo se le hizo casi imposible de resistir. Apretó la cara contra el fuerte y masculino tejido de su camisa y dejó que le acariciara el pelo.

—Yo no… —Beth se atragantó—. Sólo lloro porque… está muerto.

—Está muerto hace mucho tiempo —dijo Kell con gravedad; de alguna manera parecía entenderla—. Tendrás que buscar otra excusa mejor que ésa para llorar. ¿No será que estás llorando porque te vas de aquí, Beth?

—No —llorosa, Beth consiguió separarse de él, secándose las lágrimas con un puño; dio un paso atrás y lo miró furiosa—. De todas formas, no es asunto tuyo, Kell Hallam.

—Es asunto mío —respondió Kell—. Tú ya habías hecho planes para salvar la granja, para asegurar tu futuro. Si te hubieras casado con Lyle, no tendrías que marcharte de aquí y yo he tenido la culpa. Tienes que dejarme que lo arregle —dio un paso adelante y le puso las manos sobre los hombros—. Beth, si no quieres casarte conmigo, entonces déjame que compre la granja para ti. Con Lyle ibas a hacer un matrimonio de conveniencia.

—¡No! —Beth sacudió la cabeza, se echó hacia atrás pero no pudo deshacerse de él—. Kell, no…

—¿Por qué no?

—Porque no… quiero estar en deuda contigo —tartamudeó—. No quiero; sé arreglármelas yo sola. No quiero estar atada a ti de ninguna forma. O lo hago sola o no lo hago.

—Lo último que has dicho no suena muy bien —le dijo él con cariño y sus ojos oscuros buscaron los de ella—. Beth, dejar a tus animales va a romperte el corazón. No te conozco bien, pero de eso estoy seguro. Beth, tienes que dejarme que te ayude.

—No tengo que dejarte hacer nada —se apartó de él con fuerza y dio un paso atrás rápidamente—. Kell, Lyle no hizo bien prometiéndome lo que me prometió. Engañó a Katie y quiso quitarle lo que es suyo. De alguna manera también me engañó a mí, incluyéndome en sus planes. Pero sólo porque yo fuera lo suficiente estúpida como para dejarme engañar no quiere decir que tengas que pagar.

—Quiero pagar.

—No, no quieres —dijo tristemente—. No…

—¿Cómo sabes lo que quiero? —la interrumpió.

—Kell Hallam, hasta ayer ni siquiera me conocías —le dijo—. Me niego a aceptar tu dinero sólo porque te compadezcas de mí. No pienso… Deja ya de hablar de eso.

Levantó la mirada con desesperación y se volvió a mirar a la casa, en donde Katie esperaba pacientemente.

—Por favor… Katie lleva mucho rato sola —le dijo a Kell—. Será mejor que vuelvas con ella y le hagas compañía, yo voy a cortar un poco de leña para la cena.

—Yo cortaré la leña —Kell no dejó de mirarla—. Beth, déjame…

Beth sacudió la cabeza.

—No —dijo con tono sombrío, pero firme—. No quiero que me ayudes más, Hallam. Ya has hecho bastante. Me has ayudado a conseguir la leña suficiente para el tiempo que me queda en este lugar. Has pagado el precio al completo. Y ahora… prefiero que me dejes sola. Así es como tiene que ser, Hallam. Llevo sola toda mi vida, y no pretendo perder mi libertad ahora.

Beth se dio media vuelta y fue hasta donde estaba la sierra mecánica, pero no se volvió a mirar.

Kell Hallam se quedó mirándola, y la expresión de su rostro se tornó enigmática.

Capítulo 9

Para sorpresa de Beth, Kell la dejó allí sola y volvió cruzando el prado a reunirse con su sobrina.

Por una parte se sentía bien por tener que hacer aquella tarea sola, y así podría concentrarse en algo que no fuera la enervante presencia de Kell. Beth arrancó el motor de la sierra y no dejó de serrar hasta que tuvo al menos una tonelada de leña, cortada en trozos pequeños para servir de combustible. Luego la cargó en el tractor y se encaminó hacia la casa.

De vuelta a donde Katie y Kell, la estaban esperando.

Beth había apurado hasta el último momento para volver. Hacía ya media hora que se había puesto el sol y sólo un tenue fulgor rosado la guiaba por el camino.

Katie y Kell estaban sentados en el porche, esperando pacientemente, tal y como Beth se había imaginado. Para su sorpresa, un hilo de humo salía por la chimenea y, aunque la oscuridad de la noche no le dejaba verlo, despedía un dulce olor a eucaliptos. Arropada por el sotobosque que la rodeaba, la casita estaba preciosa a la suave luz salmón del ocaso y Beth sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

Aquel era su hogar. Durante varias semanas, desde que Lyle le propusiera en matrimonio, Beth se había permitido el lujo de soñar con quedarse allí. Ya no tenía esa oportunidad.

Y la imagen del hombre y la niña sentados en el porche no le ayudó a deshacerse de aquella desazón que sentía.

Beth aparcó bajo el porche y levantó la vista hacía el porche para encontrarse a sus invitados. Kell había encontrado el único sillón cómodo de la casa y lo había arrastrado hasta allí. En ese momento, estaba acomodado sobre los mullidos cojines y con su sobrina adormilada entre sus brazos. Formaban un cuadro, aquel granjero, secuestrador o fotógrafo con su sobrina en brazos, y a Beth se le encogió el corazón. Parecían… como un padre con su hija y aquella escena tan familiar le resultaban tan… tan…

Le resultaba tan peligrosa. Aquel hombre se permitía el lujo de sentarse allí como si formara parte de su hogar, pero allí no había sitio para Kell. Ni allí ni en su vida.

—¿Qué has utilizado para encender la chimenea? —preguntó Beth, luchando contra la emoción que la embargaba y dándole un tono de sospecha a su pregunta.

—Lo dices como si creyeras que he estado levantando la madera del suelo —Kell le hablaba con lentitud y sonrió a la chica del tractor—. ¡Qué mujer más desconfiada! No te preocupes, Bethany, no hemos tocado el suelo, aunque algunas maderas parecían más para echar a la lumbre que para hacer de suelo. Encontramos algunas ramas y hojas secas para encender una pequeña lumbre, aunque tu contribución todavía nos resultaría muy agradable.

Beth no pudo evitar sonreír ante las palabras de Kell.

—Bueno, gracias —Beth se bajó del tractor de un salto y se acercó a ellos lentamente. Katie Bell levantó un poco la cabeza, sonrió a Beth somnolienta y se acurrucó aún más en los brazos de su tío. Parecía que todo estaba cambiando muy rápidamente. Una relación estaba naciendo entre Katie y su tío delante de Beth.

Era como si Katie hubiera estado tanto tiempo sin confiar en nadie que no pudiera aguantar más su aislamiento. El silencio de la pequeña había sido su barrera, pero la barrera había caído. Allí estaban los adultos y allí estaba su hogar, parecía decir su somnolienta sonrisa.

Sólo que Beth no era nada suyo y la casa de Beth no era el hogar de Katie.

De pronto, sintió que de nuevo tenía ganas de llorar. Maldito Hallam; maldita situación que le estaba desgarrando el corazón como no le había ocurrido jamás.

—Debería haber vuelto antes —balbució—. Katie tendrá hambre.

—Katie no tiene hambre —le dijo Kell—. Estamos llenos de recursos. Nos fuimos a la caza del huevo y encontramos veinte. Y hemos ordeñado a la cabra. Katie ha tomado dos huevos pasados por agua con pan tostado. Encontramos un poco de pan en la nevera, pero no había mucho más; es verdad que vives con muy poco, Beth Lister.

—¿Habéis ordeñado a Daisy? —consiguió preguntar Beth, no interesada en todo lo que le había dicho después—. ¿Cómo demonios…?

—Con gran dificultad —admitió Kell—. Es una cabra de armas tomar.

—Tu cabra es muy mala, le ha dado una patada a mi tío Kell —le dijo Katie medio dormida—. Dos veces; e intentó morderlo, pero el tío Kell la llamó…

—Katie Bell, da igual lo que la llamara —dijo Kell—. Ya puedes irte olvidando de lo que has oído, señorita. Lo importante es que hemos conseguido que Katie Bell cene. Incluso hemos encontrado unas hojas de fucsia frescas para dos de tus comadrejas. Parecían no tener ya para comer y una de ellas entró en la cocina y se puso a gritar como si fuera el ama del cotarro. Pero ahora… Si el ama de la casa puede meter a Katie Bell en la cama, creo que es hora de que duerma. Luego, le prepararé la cena a la dueña.

—¿Le harás tostadas como a mí? —preguntó la pequeña.

—A Beth le haré una tortilla —dijo Kell convencido y le dio un beso a su sobrina en la nariz—. Bueno, Beth, si me ayudas a acostar a esta chiquitina podré empezar en la cocina.

—Pero… yo voy a cocinar —consiguió decir Beth, bastante nerviosa—. Kell, tú no vas a cocinar.

—Oh sí que lo voy a hacer —respondió Kell con decisión—. El machista de mi padre siempre marcó muy claramente los diferentes papeles de cada sexo. Uno es el que caza, parte leña y hace las tareas más duras y el otro limpia, cocina y hace las tareas de la casa. Quizá mi padre estaba confundido, o quizá seas tú, Bethany Lister,

pero sé lo que me hago. Tú has cortado la leña, entonces yo cocino. Por lo tanto, cállate y disfruta de ello, ¿vale?

—Vale.

Sólo que no estaba tan convencida. Se sentía más extraña de lo que se había sentido jamás.

Con Katie dormida plácidamente en la cama de Beth, tenían toda la casa para ellos dos. Para asombro de Beth, su tortilla estaba casi preparada y, para mayor sorpresa, había una botella de vino blanco sobre la mesa.

—Esto no es mío —dijo Beth cautelosamente, levantando la botella de Chardonnay e inspeccionándola con interés—. ¿Dónde la has encontrado?

—La he traído yo, claro está —le dijo Kell quitándole importancia—. Siempre vengo preparado. ¿Te gustaría cambiarte para cenar? —dijo, mirándole a los vaqueros que estaban manchados.

—¿Por qué? —Beth se dejó caer en una silla de la cocina y lo miró enfadada: ¡Dios mío, había traído vino! ¡Y quería que se cambiara para cenar…! ¿Qué estaba sugiriendo? ¿Que se pusiera un traje de noche?—. Me he lavado las manos —dijo con tono algo retador—. ¿Qué más quieres?

Kell pestañeó y luego sonrió.

—He conocido a mujeres que se pasan horas arreglándose para la noche —su tono de voz era de aprobación—. Y tú… tú te lavas las manos y te sientas a la mesa para disfrutar de una cena irrepetible.

—Preferiría no tomar vino —le espetó Beth, cada vez más nerviosa.

—¿Por qué?

—Porque…

—¿Porque no confías en ti misma? —Kell le sonrió y su sonrisa fue como una caricia; Beth se quedó sin el poco aliento que le quedaba—. ¿Beth, tan poco te fías de mí? Te juro que no voy a seducirte.

—Lo sé…

—Pues no lo parece —Kell sonrió de oreja a oreja y empezó a batir los huevos—. Beth, tienes que creerme cuando digo que estás segura conmigo. Aparte de que tu mirada es un antídoto contra la seducción, tu porche está lleno de cagaditas de animales. No hay sitio en tu cama para mí y el jardín trasero tiene tanta maleza que necesitaría un machete para hacer un nido de amor. Por lo que… Un hombre inteligente sabe cuándo le han vencido, y yo sé cuándo me han vencido.

—¿Pero acaso te han vencido alguna vez? —susurró Beth—. Supongo que tu forma de seducir te da resultado.

Kell se quedó inmóvil.

—¿Beth, qué crees que soy? —Kell preguntó con curiosidad—. Me da la impresión de que me tienes por un donjuán.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que has querido decir.

—Bueno… —Beth se quedó mirando a la madera de la mesa, negándose a mirarlo—. Supongo que… eres rico y atractivo… y me has dejado claro que no quieres casarte si no es por conveniencia. Supongo que… bueno, no eres homosexual…

—No, Beth, no soy homosexual —Kell se inclinó hacia la mesa, la agarró por la barbilla y la obligó a mirarlo—. ¿Es que pensaste que podría serlo?

—No —susurró Beth—. Sé que no lo eres. Pero… quiero decir, cuando me besaste…

—¿Pensaste que beso a cualquier mujer atractiva que se cruza en mi camino? —asintió y se separó de ella para empezar a batir de nuevo—. Supongo que me lo merezco. Pero no, Beth, no voy por ahí seduciendo a cualquiera. Te besé porque te encuentro demasiado atractiva para expresarlo con palabras, pero intenté suprimir ese sentimiento nada más aparecer. He aprendido a base de palos que no se toman decisiones para toda la vida cuando te estás dejando llevar por los sentimientos.

—Yo no soy una decisión para toda la vida —Beth susurró y Kell se quedó inmóvil.

—No. Supongo que no —dijo suavemente—. Cuando te pedí que te casaras conmigo, sí que fue una petición nacida del sentido común.

—A mí no me parece que tenga sentido común.

—Para mí sí que lo tiene —Kell le corrigió—. Yo pensé que tú eras de la misma opinión, pero parece que no. No has aprendido a no mezclar la cabeza con el corazón, Beth Lister. Es una lección muy dura.

—Pero tú la has aprendido.

—Así es —Kell admitió—. Le pasa a todo el mundo al final, y me parece que, cuanto más tarde una persona en aprender la lección, peor es el golpe al final. Entonces…

—Entonces, ¿qué?

Kell suspiró.

—Entonces cállate y deja que te prepare una tortilla, Beth. Ignoremos lo que nos dice la cabeza o el corazón y concentrémonos en tareas más importantes.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo el estómago —sonrió, como queriendo deshacerse de algo que le daba vueltas a la cabeza—. Y tómate un vaso de vino, preciosa Bethany, bien pensado un vaso no puede hacerte daño.

Quizá no. Beth miró al hombre que tenía delante y vio que el peligro la rodeaba.

El peligro de enamorarse tanto que no pudiera jamás superarlo. El peligro de que el corazón se le partiera en dos de amor y deseo.

Aquel hombre había aprendido una tremenda lección en el pasado. Quizá su infancia había estado marcada por unos padres enfrentados. Quizá hubiera habido alguna relación en su vida que le había hecho sufrir aún más. Pero Beth estaba empezando a ver a Kell con otros ojos. Empezaba a darse cuenta de que ese hombre no era sólo una amenaza, sino un hombre que estaba solo y seguramente tan necesitado de amor como ella.

Aquella era una nueva y extraña lección que Beth estaba aprendiendo. Siempre había guardado las distancias con los hombres, pensando que no valía para mantener una relación amorosa. Y aun así…

Aun así podría amar a aquel hombre y a aquella niña, y al hacerlo… Si acordara casarse con él…

Pero qué tontería, qué sueños. Kell Hallam no la necesitaba, a no ser que fuera como para tener un tipo de relación práctica y sensata. ¿Un matrimonio así, qué clase de matrimonio era? Beth sabía que por ese camino sólo encontraría dolor.

Beth miró a Kell y esbozó una sonrisa forzada. Levantó la copa como silencioso saludo.

Y en su corazón empezó a echar raíces una idea descabellada, el tipo de idea que unos días antes Beth habría rechazado. No aceptaría un matrimonio de conveniencia, no lo haría, pero quizá… Oh, Dios mío, quizá…

—Si no pasa nada porque tome un vaso, entonces lo mejor será que tome dos —dijo como quien no quiere la cosa y lo miró a los ojos con un toque de desafío. Hasta ese momento Kell había tenido la última palabra. Hasta ese momento…

Bueno, aquel era el hogar de Beth, su territorio. A lo mejor no tenía mucho que perder, y quizá todo por ganar.

Le pareció la mejor tortilla de su vida, quizá fuera la forma de cocinar de Kell lo que le daba ese toque tan especial, o el vino que la acompañaba, o quizá el momento.

Era el vino, se decía a sí misma convencida. Beth se bebió un vaso, luego dos y luego, cuando Kell le sirvió un tercero y le sugirió que salieran al porche a beberse lo que quedaba de la botella, ella no se asustó.

Hacía rato que se había hecho de noche, y en ese momento la luna era como una bola dorada que caía sobre las montañas. Beth se excusó un momento y dejó la copa de vino sobre la barandilla para ir a atender las necesidades de sus animales. Cuando volvió, Kell estaba exactamente donde lo había dejado, sentado mirando a las estrellas.

—Este lugar que tienes es especial —le dijo suavemente mientras ella cerraba la puerta mosquitera y volvía a por la copa—. Creo que lo vas a echar mucho de menos.

—Hay otros lugares maravillosos —dijo Beth, un poco piripi ya—. Tu casa, por ejemplo. Quizá algún día encuentre otro sitio especial.

—Sabes que mi oferta sigue en pie —le dijo Kell—. Podrías mudarte a mi casa, como niñera de Katie o como mi esposa.

—Los términos son casi iguales para cualquiera de los puestos, ¿no es así? —dijo Beth con suavidad y Kell asintió.

—El segundo puesto es más permanente —le dijo—. Pero en esencia así es. Tendrías libertad total y absoluta para llevar la vida que te diera la gana.

Parecía como si le estuviera ofreciendo un empleo maravilloso: un empleo que le hacía sentirse tan triste…

—No lo quiero —susurró.

Dio un trago y de pronto el vino ya no sabía tan bueno como antes. Respiró profundamente y dejó la copa sobre la mesita de centro. Se acercó a la barandilla del porche y se sentó junto a Kell. Todo era tan extrañamente íntimo y a la vez tan terriblemente solitario.

¿Podría decirlo? ¿Podría?

—Ya te lo he dicho, Kell. No puedo aceptar el matrimonio con esas condiciones: sobre todo, teniendo que vivir cerca de ti y verte cada día. Saber que serías mi esposo sin serlo en realidad. Me parece que lo que me estás ofreciendo sería algo así como una tortura exquisita.

Kell se volvió a mirarla, su cara iluminada por la luna.

—¿A qué te refieres con eso de tortura?

Le pareció que podría decírselo, que no tenía otra alternativa.

—Quiero decir que me estoy enamorando de ti —consiguió decir y se sintió aliviada al darse cuenta de que no le temblaba la voz—. Sabe Dios por qué, Kell Hallam. No es algo que tuviera planeado, pero cuando me besaste ayer por la noche algo cambió en mí. Nunca he sentido lo que estoy sintiendo ahora… por nadie en toda mi vida.

—Beth…

—Mira, sé que tú no lo quieres así —dijo sin vacilar y se obligó a mirar al cielo en vez de mirar al hombre que tenía al lado—. Sé que no quieres lo que te estoy ofreciendo, pero debes saber que está ahí a pesar de todo. No es algo que se pueda entregar cuando a uno le dé la gana. El amor es algo especial, algo que ocurre y ya está. Hasta ahora no me había dado cuenta de eso, pero ya no puedo hacer nada para evitarlo. Por eso pensé… que deberías saberlo. Tienes mi amor, independientemente de si lo quieres o no… Eso es todo.

Se hizo un largo silencio. En algún lugar no muy lejano un pájaro entonaba su extraña y solitaria canción.

—No puedo… —Kell dijo por fin, interrumpiendo su discurso.

—¿No puedes corresponderme? —Beth le preguntó suavemente—. Lo sé, Kell. Pero, aunque hace poco que nos conocemos, sé lo que siento y también sé que me has pedido que me case contigo. Te estoy diciendo que, si te casaras conmigo, Kell, entonces tendrías una esposa que te quisiera; tendrías una esposa como Dios manda. Una mujer que se sintiera parte de ti. Por eso hay una parte de mí que me dice que no

puedo casarme contigo, por lo que siento, y otra que dice que no puedo resistirme. Así son las cosas, Kell. O lo tomas o lo dejas… Pero no me pidas otra vez que me case contigo.

Beth dejó de hablar y cerró los ojos. La noche caía sobre ellos y el grito del pájaro nocturno era como un canto fúnebre. Era como si estuviera encerrada en una jaula, donde los barrotes se fueran cerrando, aplastándola.

Mientras ella seguía con los ojos cerrados, Kell se deslizó de la barandilla y se puso de pie delante de ella. Con sus fuertes manos la levantó para que estuviera también de pie delante de él. Beth abrió los ojos temerosa y lo miró: entonces se encontró con que él la estaba mirando fijamente.

—Beth, esto es una locura. No debes…

—¿Amar? —susurró—. ¿No debo amarte? ¿Es eso lo que me estás diciendo? No me es posible, Kell; no me es posible dejar de amar.

—Lo sé —dijo con delicadeza—. Al menos no para alguien como tú: amar es lo que mejor se te da, Beth, y sería un imbécil si no lo viera. Pero es mejor que reserves tu amor… Resérvalo para tus animalitos huérfanos, para Katie. Resérvalo para los que lo necesiten.

—¿Es que tú no lo necesitas? —a Beth le dolía el corazón.

Pensó que se iba a echar a llorar. La noche…, aquel hombre…, sus manos rodeándole la cintura…, su presencia…

Beth se quedó inmóvil entre los brazos de Kell y sintió que pertenecía a aquel hombre. Sólo hacía dos días que lo conocía, pero con él sentía algo tan fuerte que era como si fuera a romperse en dos si lo dejaba.

—No lo necesito —dijo Kell sombríamente—. Estoy solo, Beth —vaciló y se estremeció ligeramente—. Beth, a pesar de que no confío en el matrimonio lo intenté una vez… y fue un desastre. Joanne y yo nos hicimos mucho daño el uno al otro. Acabó odiando la granja, odiando el aislamiento y todas las cosas que yo amaba.

—Pero Kell, quizá fuera que nunca le habían gustado —Beth argumentó con desesperación. Beth libraba una batalla con oponentes de los que nada sabía; fantasmas del pasado que sólo podía adivinar—. Quizá no fuisteis sinceros para empezar. ¿Se os ocurrió alguna vez?

—Oh, sí, lo he pensado —le dijo Kell en tono triste—. Pero mi madre… y luego mi esposa… No pienso repetir los mismos fallos, Beth, ni siquiera por ti. O nos casamos sin sentimientos de por medio o nada.

—Eso no es justo.

—Es como debe ser —dijo—. No pienso hacer promesas que no puedo mantener, Bethany Lister, y si no puedes controlar tus sentimientos…

—¿Me estás queriendo decir que tú puedes hacerlo?

De pronto, Beth notó un arrebato de cólera y era lógico que se sintiera así. Aquello no era justo. Estaba allí con ella, agarrándola todavía y encendiendo el fuego

de su deseo. Kell la hacía sentirse como otra persona que ni ella misma reconocía, capaz de entregar todo el amor del mundo. Pero las palabras de Kell la retenían.

¿Entonces… si no podía con las palabras… contra qué más tendría que luchar?

Beth miró al objeto de su amor intentando sacar fuerzas de flaqueza. ¿Se atrevería a seguir presionándolo? ¿Podría?

Solamente le quedaba intentarlo.

—¿Quieres decir que eres capaz de reprimir tus sentimientos Kell? —volvió a decir, casi en un susurro—. ¿Que no sientes lo mismo que yo, al menos un poco? ¿Que no sientes nada en tu corazón cuando me tienes en tus brazos…? ¿O cuando me besas? —sacudió la cabeza—. Lo siento, Kell, pero no te creo. No puedo hacerlo.

Y entonces, antes de que su sentido común le impidiera seguir adelante, Beth se empinó y unió sus labios a los de Kell.

¿Cómo pudo haber hecho tal cosa? Todo lo que Beth sabía era que lo había hecho. Beth se asombró de recorrer con sus manos el cuerpo de Kell. Él respondió al beso de Beth con un estremecimiento que bien podría haber sido de repulsión.

Pero no fue así. No era repulsión. Sus manos seguían agarrándola por la cintura y volvió a estremecerse al tiempo que su boca aceptaba aquel beso.

Su corazón le decía que siguiera besándolo, pues era su única esperanza.

Por favor… Por favor…

Y entonces, como si Kell hubiera perdido el control de su cuerpo, la estrechó en sus brazos con fuerza.

Y entonces le tocó el turno a Kell.

En un primer momento, había sido Beth la que había besado, la que había instigado la pasión, pero de pronto dejó de ser así. De alguna forma le había tocado la fibra sensible y provocado una reacción que era superior al hombre que había besado: superior a los dos juntos.

Su boca la poseyó y succionó el néctar de sus labios, tomándola por completo con una necesidad primitiva.

Hombre y mujer unidos en un sólo ser. Dos corazones en uno, dos cuerpos que se fundían.

Un rayo de esperanza anidó en el corazón de Beth. Lo sentía como un fuego abrasador, como una llama viva y candente. Beth le rodeó la cara con las dos manos, reclamándolo como algo propio. Por mucho que dijera Kell, aquel hombre era suyo y, además, la deseaba. La necesitaba y cada músculo de su cuerpo lo delataba.

Beth sintió un júbilo que le recorría todo el cuerpo cuando Kell la besó con pasión, reclamándola por entero. La estrechó con fuerza de manera que la suavidad de sus senos se amoldó a la firmeza de su musculoso pecho.

Entonces, Kell empezó a meter las manos por debajo de la suave tela de la camiseta de Beth, acariciando la redondez de sus pechos y la firmeza de los pezones. Beth se estaba entregando en cuerpo y alma a aquel hombre. Dejó caer las manos y le

sacó la camisa para acariciarlo ella también. Al sentir el roce de su piel, su olor y su suavidad, Beth se estremeció.

¿Cómo podía apartarla de su vida? ¿Aquel hombre que era su media naranja? ¿Cómo podía?

Beth continuó explorando con sus manos el cuerpo de Kell hasta llegar a los botones de los téjanos, que desabrochó en segundos. Entonces, continuó en su búsqueda, hasta que dio con lo que estaba buscando.

Kell se quedó inmóvil. Pero Beth no le iba a dejar que se retirara; no se lo permitiría. Sus dedos lo provocaban, le daban placer, lo mimaban y con alegría acogió la inmediata respuesta a sus caricias. Su cuerpo no podía estar mintiendo, lo sabía…

—Kell —Beth susurró desesperadamente—. Kell… ámame. Por favor, Kell…

Lo agarró por la cabeza, presionándola contra su cuerpo e instándole a que se echara sobre ella.

—Kell, te deseo —dijo en un ronco susurro—. Te deseo más que a nada en el mundo.

—Beth, no sabes lo que haces…

De alguna manera se separó lo suficiente para responder. Fue una protesta, pero la pasión de su tono de voz era igual a la de Beth.

—Sí que lo sé —dijo Beth, de pronto llena de seguridad—. Sí que sé lo que hago, Kell. Sé que no me quieres para ser tu esposa de verdad, que no me quieres para siempre. Sé que mañana te marcharás y no te voy a pedir que te quedes. Pero esta noche… esta noche déjame amarte, Kell. Déjame amarte como yo quiera, y ámame tú también. Solamente esta noche.

—Beth…

—Kell, no tienes que preocuparte por un posible embarazo —Beth dijo dulcemente, acariciándole los cabellos teñidos por el sol—. He tomado precauciones. Me aseguré de que… Bueno, no me fiaba de Lyle, una vez casados.

Sólo con mencionar el nombre de Lyle, Kell volvió a la realidad más rápidamente que de cualquier otro modo. Se puso rígido y, antes de que Beth pudiera abrir la boca, él la dio un empujón, apartándola de su lado.

—¿Beth, qué demonios dices? —Kell dio un paso atrás y la miró con ojos desorbitados.

—Yo… —Beth balbució. Kell la soltó y se tambaleó un poco para no caerse—. Yo… no quería dormir con Lyle —susurró con desolación—. Pero ya se me había insinuado antes, más que insinuaciones, la verdad. Pensé que si estábamos legalmente casados me costaría más mantenerlo a raya. Y hubiera sido terrible si me hubiera violado y dejado embarazada. Por eso yo…

—Por eso te preparaste para tu marido —dijo Kell rotundamente—. La novia número uno. Y ahora te estás ofreciendo a otro marido en potencia. ¿Cuál es el precio en esta ocasión, Beth?

Sus palabras la golpearon cruelmente y Beth se cubrió la cara, como si quisiera protegerse del dolor.

—No.

Beth sacudió la cabeza, el cabello le caía en suaves mechones por la cara. Le invadió una oleada de desolación que le hizo tambalearse y le causó malestar.

Aquello no iba a funcionar. Había corrido un riesgo imposible. Había ofrecido más que en toda su vida y había fracasado.

Kell no se fiaba de ella y por el sonido de su voz parecía que le disgustara.

¿Cómo podía haber tenido la esperanza de que aprendiera a amarla?

—Lo siento… Lo siento, Kell —balbució—. No debería haber…

—No, no deberías.

Sus palabras fueron sombrías, crueles.

—Entonces olvida… Olvida que te he dicho…

Las cuerdas vocales no le respondían. Aquello era demasiado y Beth se volvió y empezó a llorar.

—Creo que deberías irte a la cama, Beth —el tono cruel había desaparecido de su voz, pero sus palabras seguían siendo duras, rotundas y desprovistas de expresión—. Creo que lo mejor para los dos es que cada uno siga su camino. Lo siento si te he dado esperanzas de que pudiera haber surgido algo más al proponerte en matrimonio. Nos marcharemos a primera hora de la mañana. Adiós Beth.

Beth cerró los ojos. Deseaba que se la tragara la tierra, para poder tener paz.

Pero no fue así. Se vio obligada a levantar los pies y a subir las escaleras del porche, perdiéndose seguidamente en la oscuridad de la casa.

El porche de Beth no era el lugar más idóneo para dormir.

Kell se levantó de la colchoneta. Sólo la había traído por Katie, y no había manera de que su comodidad le ayudara a dormir esa noche. Después de que Beth se marchara, se quedó mucho tiempo con la mirada perdida. Luego agarró una manta del coche y se perdió en la oscuridad.

Quizá ahí fuera, bajo los árboles de caucho, lograra encontrar la soledad que ansiaba, la paz…

Si había algún lugar en el mundo donde uno pudiera encontrar algo de paz, era allí. A unos cuatrocientos metros de la casa las praderas daban paso a la espesura. Una capa infinita de hojas caídas de los altos árboles de caucho harían de mullido colchón; la cálida brisa nocturna llegaba transportando el dulce aroma del sotobosque.

Le llegó el extraño canto del mopoke, pero aparte de eso no se oyó nada más. Sólo la luna y las estrellas le hacían compañía.

Una hora más tarde, Kell seguía despierto; dos horas después todo seguía igual; tres… Normalmente, Kell dormía como un tronco cuando lo hacía en el monte. El monte era su amor.

Su amor…

Era su único amor, se decía Kell tristemente una y otra vez, allí tumbado con los brazos debajo de la cabeza, mientras contemplaba las estrellas bajo una bóveda de ramas y hojas. Le habían educado para ser un hombre de monte y el monte había sido siempre su compañero. Siempre había sido su amigo, incluso en los momentos más tristes de su vida.

«Este campo y este monte son todo lo que amo», se decía a sí mismo, apartando de su mente la imagen de la calidez y el cariño de Beth Lister.

Pero tenía a Katie, se tuvo que recordar a sí mismo. El amor que empezaba a crecer en su interior hacia su sobrina era algo contra lo que había luchado durante mucho tiempo, algo que había prometido no volver a buscar. Pero el amor hacia Katie era algo que no podía evitar. Katie exigía ser amada y Kell no tenía elección. Tenía que correspondería.

Pero no tenía por qué hacer lo mismo con Beth. No podía permitirse a sí mismo amar a una mujer… Eso sería exponerse al dolor que había jurado que no volvería a sufrir otra vez. ¿Y exponer también a Katie a vivir el dolor de tal matrimonio?

Deliberadamente, dejó que otra carita apareciera en sus pensamientos y el dolor del recuerdo le endureció el corazón. Sabía que no podía exponer a Katie de tal manera. Nunca.

Pero seguía viendo el rostro de Beth junto a las estrellas: nostálgica, amorosa, desconsolada…

Podría amarla. Dios mío, podría amarla. Kéll se revolvió inquieto sobre la manta y dirigió su mirada hacia la casa. Beth estaba allí, a cuatrocientos metros. Beth era suave, dócil y amorosa, y se había entregado a él sin reservas. Sabía sin que nadie se lo dijera cuánto le había entregado en su único intento por seducirlo. Y él la había despreciado como si fuera una buscona, pero su corazón le decía que ella no era así. Parecía… ¿Inocente?

Bueno, inocente o no la había rechazado con toda la crueldad de la que era capaz. Y lo había hecho porque si hubieran hecho cualquier otra cosa, a la larga se habría traducido en dolor.

Cuidadosamente, Kell había construido una vida llena de satisfacciones. Sus tierras, sus animales y el trabajo que le gustaba eran lo más importante.

A eso había que unirle el amor y la protección que le correspondía darle a Katie. Dios mío, todo eso tenía que ser suficiente para un hombre que había pasado por lo que él. Beth no sabía lo que le estaba pidiendo. ¡Cómo iba a saberlo! Los muros que Kell había levantado alrededor de él eran el resultado de años de soledad y

aislamiento. No podía permitirse derribarlos, no por una chiquilla que hablaba utilizando el corazón en lugar de la cabeza.

Una locura. Todo era una locura.

¡Si al menos consiguiera dormir! A Kell se le encogió el corazón con el desconsuelo que había sentido durante años. Volvió a contemplar la casita durante un buen rato. En su interior sentía un impulso de ponerse de pie, ir hasta allí, entrar directamente en la habitación de Beth y tomarla entre sus brazos; el impulso de formar una familia con Beth, Katie e incluso los animalitos.

Deseaba aceptar el amor de Beth con el corazón alegre. Las ganas eran tan grandes que se le antojó casi como una obligación.

Pero el penetrante grito del mopoke devolvió a Kell a la realidad.

Sabía que aquel camino no conducía a la felicidad. ¿Dios mío, acaso no había aprendido ya esa lección?

Había sido un imbécil una vez en la vida, se decía con furia, volviéndose para no mirar hacia la casa.

«Mantén la cabeza fría, Kell Hallam, y sal de aquí lo más rápidamente posible».

Tenía que salir de allí antes de que su corazón se hiciera con el mando y tomara decisiones de las que se arrepentiría el resto de sus días.

Capítulo 10

Kell y Katie salieron de casa de Beth antes de las ocho de la mañana siguiente.

—Les dije a los hombres que volvería antes de la hora del almuerzo —le dijo Kell a su sobrina cuando se puso a protestar—. Tenemos que sacar la paja y…

—El señor Craig puede hacer eso —se quejó Katie; sentada en la cocina de Beth, contemplaba un huevo cocido sin mucho interés—. Siempre lo hace. ¿Por qué tienes que hacerlo tú hoy?

—El señor Craig aún está de vacaciones —dijo Kell—. Termínate el huevo Katie, tenemos que irnos.

Kell apenas miraba a Beth y ella hizo lo propio. Lo que había pasado entre ellos la noche anterior era demasiado crudo como para hacerle frente en ese momento. Tras asegurarse de que todo lo del desayuno estaba preparado. Beth los dejó para irse con los animales hasta que Kell y Katie estuvieran listos para marcharse. Luego, de mala gana, salió a despedirlos.

Entonces, Katie le echó a Beth los brazos al cuello y se echó a llorar.

—No volveré a verte —lloriqueó—. Ya nunca más.

—Por supuesto que sí —Beth se mordió el labio inferior, casi tan destrozada por el dolor de la pequeña como por el que sentía ella oprimiéndole el corazón.

Sin saber bien cómo, Beth consiguió mirar a Kell a la cara.

—¿Qué te parece si voy a tu casa dentro de un par de semanas y me traigo a Katie sola para pasar un par de días conmigo? —enjugó las lágrimas del rostro de la pequeña—. ¿Crees que a tu tío le importaría? —le preguntó a la niña.

Con el rostro lloroso, la niña se volvió a mirar a su tío.

—¿Puedo, tío Kell? —entonces frunció el ceño—. ¿Pero tengo que venir yo sola? ¿No te gustaría venir también, tío Kell?

—Normalmente estoy muy atareado con la granja, Katie —le dijo Kell, tomándola en sus brazos; de esa forma la niña era como un escudo entre ellos dos—. Pero no veo por qué no puedes venir a visitar a Beth —le aseguró a la niña—. Beth es muy amable al ofrecerse.

Amable.

Podría ser amable, pensaba Beth con tristeza, pero las palabras de Kell no tenían ningún trasfondo. Beth tragó saliva, aguantándose las lágrimas.

—Quizá no pueda traerte aquí, Katie —la avisó Beth, y la desolación en su corazón amenazaba con abrumarla—. No soy la dueña de esta granja. Pero esté donde esté, pasaré a verte más o menos dentro de un mes Katie Bell —le prometió.

Kell frunció el ceño.

—Entonces, ¿te vas a marchar de la granja definitivamente?

—No me queda otro remedio —Kell abrió la boca para decir algo, pero Beth le hizo callar sacudiendo la cabeza enérgicamente—. Realmente no tengo alternativa —sonrió tensa—. Te prometo que no me casaré con Lyle. Y no me retractaré en mis palabras, ni siquiera por mis animales.

—¿Pero… Beth, no te molestará Lyle?

La voz de Kell le atravesó el corazón mientras intentaba fijarse en lo que le decía.

Lyle… Lyle estaba a mil kilómetros de distancia.

—No, no. No me pasará nada —tragó saliva—. Será mejor que te vayas ahora. El heno y el ganado te esperan.

—Sí… Tengo que dar de comer al ganado —Kell sacudió la cabeza como para librarse de un mal sueño—. Tenemos que irnos. Gracias por tu hospitalidad.

Fue lo último que le dijo. Colocó a Katie en el asiento de atrás y le puso el cinturón. Kell y Beth se miraron en silencio, cada uno a un lado del coche.

Nada.

Se marchó y Beth se quedó sola con su futuro por delante. Kell se alejó de allí pensando que le acababan de ofrecer algo tan especial que la mayoría de los hombres lo aceptarían con los ojos cerrados, pero él…

Él había respondido rechazándola cruelmente. Pero era la única solución.

Beth se sentía mal, como si le hubieran propinado una paliza tremenda y le dolía el alma y el corazón.

Los días que siguieron estuvieron dominados por la tristeza. Beth intentaba volver a la normalidad y pensar en los cambios que se le avecinaban. No podía quedarse allí, sencillamente no había dinero para pagar la hipoteca. Y si tenía que mudarse…

Acababa de soltar a su último canguro adulto y a las pequeñas comadrejas les quedaba poco para empezar el periodo de aclimatación al monte. Si Beth lo empezaba allí, se vería obligada a quedarse dos meses más hasta que no la necesitaran ya. No se podía permitir pagar el alquiler durante tanto tiempo.

Por ello, después de varios días de cavilaciones, finalmente colocó a todos sus animales salvajes en el coche y los llevó a la costa a setenta kilómetros de allí adonde una pareja mayor cuidaba animales salvajes como ella. Esa gente había contribuido a su formación; eran amigos suyos y ambos se alegraron de verla y se disgustaron al conocer el destino de su granja.

—Oh, Beth, te has esforzado tanto —Edna Walter dijo tristemente mientras la ayudaba a sacar los animalitos del coche—. No es justo.

—Sé que no lo es —coincidió Beth—. Pero no se puede hacer nada. Estoy contenta de que hayas podido quedarte con todos.

Edna la miró con aire de preocupación.

—Bueno, has encontrado un hogar para tus animales salvajes pero… ¿Qué vas a hacer tú, Beth? ¿Dónde vas a ir? —miró al comedor que estaba tan abarrotado como el de Beth—. Podrías quedarte aquí con nosotros una temporada —sugirió con delicadeza—. Con un flujo tan grande de animales no nos vendría mal una ayuda.

—No lo dices en serio —Beth sonrió en reconocimiento de la amabilidad de Edna—. Sabes que Fred y tú disfrutáis estando ocupados. El año pasado os manejasteis fenomenal después de los incendios en el monte. No me necesitáis.

—¿Pero adonde irás?

—Empezaré a ganarme la vida de nuevo —dijo tristemente—. Sabes mejor que nadie que para hacer este trabajo necesitas capital y no hay forma de reunirlo si no es trabajando. Intentaré buscar trabajo como auxiliar de veterinaria, como solía hacer antes…

—¿Y volver a la ciudad? —Edna frunció el ceño—. Pero tú eres una chica de monte, Beth. No puedes sobrevivir en la ciudad.

—Sobreviví en la ciudad durante años —le dijo Beth—. Puedo hacerlo otra vez.

—Pero… —la sabia mirada de Edna la estudió cuidadosamente—. No sé…, te pasa algo Beth… Pareces tan sola —suspiró—. Quizá lo que ha ocurrido sea lo mejor para ti. A lo mejor es hora de que te vayas de la granja, conozcas a gente joven, o te eches un novio.

—No quiero…

Pero Edna entrecerró los ojos al ver la cara que ponía Beth.

—Eso es —suspiró, feliz por su suspicacia—. Lo sabía: estás distinta. Has conocido a alguien, ¿no Beth?

—¿Cómo lo has…?

—Te conozco desde hace mucho —Edna la miró a la cara—. Bueno… ¿Quién es él y por qué estás tan triste?

—Porque no hay nada —susurró Beth—. Tienes razón, Edna. He conocido a alguien, pero no me quiere. No quiere a nadie.

—Entonces, ese hombre es un estúpido —dijo Edna categóricamente—. Se lo diré si quieres. ¿Quién es él?

—No lo conoces —dijo Beth—. No se mueve en nuestro ambiente. No tiene nada que ver conmigo, Edna. El hecho de quererlo y desearlo no vale de nada. Debo superarlo lo mejor que pueda… y volver a empezar.

Sin sus animales, la granja de Beth estaba vacía. Sólo quedaban las gallinas, Daisy y su cabritillo. Beth llevó a Daisy a la granja de al lado. Los dueños también criaban cabras de Cachemira y les encantó tener una más, a pesar de que Daisy tuviera tan mal carácter. También se quedaron con las gallinas. Ya no quedaba sino hacer las maletas e intentar encontrar un trabajo y un lugar donde vivir en la ciudad.

Aunque primero tenía que avisar al dueño de la granja. Beth se pasó una noche entera mirando a una hoguera que hizo con la leña del árbol que Kell y ella habían

derribado. Pasó toda la noche bajo las estrellas junto al fuego, y a la mañana siguiente fue al pueblo para avisar al dueño de que dejaba la granja.

El agente inmobiliario la miró fijamente como si Beth estuviera loca.

El hombre escuchó su historia durante medio minuto, y cada vez parecía más confuso, entonces la interrumpió.

—Señorita Lister, no la entiendo. ¿Cómo es que viene a avisarnos cuando ahora es usted la dueña de la granja?

—¿Dueña…?

—Hace tres días me llamaron los dueños y me dijeron que les habían hecho una oferta tan buena por la casa que no habían podido rechazarla.

—Pero…

—Estoy seguro de que no me he equivocado —dijo el agente—. Me lo confirmaron por fax la misma mañana; si quiere verlo lo tengo por escrito. Ah, y aquí hay otra carta cerrada para usted. Llegó aquí ayer con una nota que nos pedía si podíamos dársela a usted, ya que el remitente no tenía su código postal.

El agente rebuscó entre los papeles que tenía sobre la mesa hasta dar con ella. Entonces se la entregó a Beth.

Beth se quedó mirándolo, pero no lo veía a él. Él la miraba distante esperando su reacción; esperando a que abriera la carta.

A Beth le temblaban las manos, aunque todo lo que tenía que hacer era rasgar el papel y leer.

Finalmente lo hizo.

Beth te estamos muy agradecidos. Esto te lo debemos. Nuestra única condición es pedir que de vez en cuando vengas a buscar a Katie Bell para llevártela unos días contigo.

Katie y Kell.

Y adjuntas iban las escrituras de la granja a su nombre.

Beth pasó un buen rato casi sin respirar, pues no podía. Se quedó mirando fijamente al papel que tenía delante como una boba.

Kell le había comprado la granja, se la había dado. Era un regalo que valía miles de dólares.

Te lo debemos, decía la nota. Pero él no le debía nada.

—¿Quiere sentarse? —de pronto el agente parecía preocupado.

Lo miró anonadada, con los ojos abiertos como platos. Se había puesto pálida y se sentía ligeramente mareada.

—No… lo siento —sacudió la cabeza, intentado encontrar una pizca de sentido común en todo aquello—. Mire… Esto es una equivocación. Entiendo que se ha producido un cambio de dueño, pero el nuevo dueño es un hombre llamado Kell Hallam.

El agente agarró las escrituras que Beth tenía en la mano.

—Es su nombre el que figura en estos documentos, señorita —la corrigió—. No dice nada de ningún Kell Hallam.

—Aun así… —Beth aspiró profundamente—. Aun así es a él a quien pertenece la tierra. Si me permite, necesito arreglar esto. El señor Hallam ha cometido un error.

—Hágalo, señorita —dijo el agente preocupado—. Pero no hace falta que se preocupe del alquiler mientras lo aclara. En cuanto a mí respecta, la tierra le pertenece a usted. Si tiene algún amante viejo y rico que quiere agasajarla con regalos, yo me limitaría a darle las gracias y ya está. Eso es lo que haría.

Quizá debería hacer lo que le sugería.

Pero no era lo que iba a hacer, pensaba Beth tristemente, mientras se dirigía hacia el norte. Si Kell Hallam quería jugar al amante rico y generoso, que lo hiciera con otra. No pensaba vivir en un terreno comprado por él porque se sentiría también dueño de Beth. Una semana antes Beth no sabía nada de Kell Hallam. En ese momento se sentía tan parte de él que pensó que se iba a volver loca.

Por eso no quería añadir la gratitud al resto de sus sentimientos.

Beth decidió dirigirse a casa de Kell sin pensárselo dos veces. Desgraciadamente se olvidó de un detalle importante: dónde estaba exactamente la granja de Kell.

Había viajado hasta allí una vez. Estaba en algún lugar de las Montañas Azules, al norte de Sidney. Recordaba que habían pasado por un pequeño pueblo, a unos kilómetros al sur de la granja. Llegó al pueblo, pero después se perdió totalmente.

Todas las carreteras del monte se parecían, pensaba desesperadamente intentado decidirse. Las veces que había entrado y salido de casa de Kell lo había hecho nerviosa y con la moral por los suelos.

Maldijo su mala cabeza y dio media vuelta para dirigirse de nuevo. Había pasado toda la tarde conduciendo su viejo utilitario para llegar allí y ya se estaba haciendo de noche. Tendría que enfrentarse a Kell a la mañana siguiente. Si no quería pasar la noche en el coche, tendría que encontrar algún lugar donde dormir.

Cooneera casi no podía ni llamarse pueblo. Contaba tan sólo con una tienda de ultramarinos, una pequeña escuela situada en medio de un bosquecillo, dos iglesias y un pub decrépito.

Los pubs de los pueblos solían alquilar habitaciones. Beth contempló el ruinoso edificio con cautela, pero no tenía otra alternativa. O se quedaba allí o se daba por vencida y volvía a casa.

Le daban ganas de rendirse y volverse a casa, pero ésa era una salida de cobardes. Beth no podía aceptar la granja como regalo, no podría vivir tranquila con un presente tan poco merecido. Así, muerta de cansancio, aparcó el coche junto a una fila de camiones y camionetas que estaban delante del establecimiento.

Para su sorpresa, el interior del pub tenía mucho más estilo que la fachada. El salón era limpio y acogedor, y el único elemento de desorden en el local era un grupo de clientes que había junto a la barra.

Todos ellos eran hombres y, cuando Beth entró, se volvieron a mirar a la recién llegada. Cuando los hombres se dieron cuenta de que acababa de entrar una atractiva joven, Beth tuvo que aguantarse para no ponerse colorada.

Los pubs australianos eran todavía del dominio de los hombres, pensaba Beth pesarosa mientras se dirigía a la barra con la mayor naturalidad posible.

Todos los que estaban allí la miraban con curiosidad, incluida la dueña del hotel. La mujer de mediana edad, que estaba detrás de la barra, también la miraba. Entonces, cuando uno de los jóvenes se aventuró a silbarle de admiración, la patrona le tiró una balleta mojada y le dio en la cabeza.

—Ya está bien. Ted Bamett —dijo la mujer con severidad, y todos los amigos de Ted se echaron a reír—. Deja a la chica en paz —luego se volvió hacia Beth—. ¿Sí, señorita? ¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero una habitación para esta noche —consiguió decir Beth y el grupo se alborotó de nuevo. Le hicieron varias ofertas muy hospitalarias, aunque ninguna de ellas fue nada respetable. Pero parecía que la dueña del hostal no se quedaba corta frente a sus ruidosos clientes.

—Una palabra más de vuestra parte y no os sirvo bebidas hasta el próximo lunes —se puso en jarras y los miró enfadada—. Y no creáis que no voy en serio, chicos. Tengo el derecho de servir a quien me dé la gana. Así que ya podéis comportaros correctamente con esta señorita.

Se hizo silencio. Los hombres miraron a Beth, luego a la patrona y retomaron su conversación donde la habían dejado cuando entrara Beth.

Entonces, la patrona salió de la barra y condujo a Beth fuera de la habitación.

—No les hagas caso, querida —le dijo a Beth amablemente—. Acaban de pagarles por la esquila y han tomado unas cervezas de más. Lo creas o no, la mayoría están casados y tienen niños, y si tomaras sus ofertas en serio se irían corriendo. Ahora… voy a enseñarte las habitaciones. Están limpias y son cómodas, y yo duermo al pie de las escaleras, con lo cual esto es tan seguro como una casa particular.

Sin esperar respuesta de Beth, la condujo a una pequeña y alegre habitación del primer piso y luego se volvió a mirarla con curiosidad.

—La habitación son treinta dólares con el desayuno. La cena son cinco dólares extra, y tenemos empanada con patatas fritas o filete con patatas fritas —entonces se quedó callada un momento—. Pero puedo prepararte una ensalada si quieres, así puedo variar un poco.

—Gracias —respondió Beth—. Pero me pregunto también… La razón por la que estoy aquí es porque me he perdido —confesó—. Me he pasado la tarde intentando encontrar una granja y me he rendido por hoy. Es demasiado tarde para seguir buscando, pero me gustaría encontrarla por la mañana.

—¿De quién es la granja? —preguntó la patrona—. Creo que conozco a todo el mundo y hasta sus antepasados en un radio de cuarenta kilómetros a la redonda. Aquí en este bar se entera una de casi todo.

—Me lo supongo. La granja que estoy buscando es propiedad de Kell Hallam.

—Kell Hallam… —el interés de la patrona se acrecentó y por primera vez la miró de arriba abajo. Beth llevaba puestos unos vaqueros limpios y una camisa color pastel, llevaba el pelo atado atrás en una coleta y ese peinado le daba un aire de muchacha seria y respetable, aunque la seriedad de Beth no parecía ser lo que más importaba en ese momento—. Kell Hallam —la patrona suspiró con satisfacción—. Entonces me apuesto a que eres la chica nueva de la que todo el mundo ha estado hablando.

—Nueva chica… —Beth frunció el ceño—. Lo siento, pero no la entiendo.

—Debes de ser la nueva chica de nuestro Kell —la patrona sonrió ante la incomodidad de Beth—. Aquí no se pueden tener secretos, querida, todo el mundo de la zona sabe que hay una mujer en la vida de Kell. ¡Nos alegramos tanto! Ya es hora de que ese hombre tan agradable cambie un poco de vida.

—Yo, no…

—Venga, no me digas que no tengo razón —la mujer la miraba con ojos llenos de satisfacción ante el rubor de Beth—. Veo que te he tocado la fibra sensible. Yo no me ruborizo sin un motivo.

—¿Pero… Pero cómo…?

—Hace diez días Kell Hallam le dijo a todos sus empleados que quería quedarse solo en la granja durante unos días —le dijo la mujer—, y les pagó. Luego alguien lo vio pasando por el pueblo en el coche con una mujer con el pelo rizado y cobrizo. Después nos enteramos de que ella se había marchado y de que él se fue detrás de ella… Tuvo que volver a llamar a sus empleados antes de marcharse. Y desde entonces… Bueno, esa sobrinita que todo el mundo pensaba que estaba muda, ha estado hablando como una cotorra. Dicen que nadie puede callarla y que se pasa el día Beth para arriba, Beth para abajo. Y los chicos que trabajan allí dicen que Kell tiene la cara como si le hubieran abofeteado con un pescado húmedo. Ahora… —empezó a decir la patrona cruzando los brazos sobre su amplio busto y mirando a Beth directamente a los ojos—. ¿Te llamas o no te llamas Beth?

—Yo… —Beth tragó saliva—. Sí —susurró.

—Bueno… —la mujer suspiró, con un suspiro cargado de amor y romanticismo—. Beth… ¡Qué nombre más bonito! —suspiró de nuevo—. Bueno, te deseo todo lo mejor, querida, y haré lo que pueda para allanarte el camino. No te cobraré esta noche ni un centavo si eres capaz de alegrarle la existencia a nuestro Kell, hacerte cargo de Katie y hacerles felices a los dos.

—Señora…

—Trotter —sonrió la mujer—. Madge Trotter.

—Señora Trotter, no sé de qué me está hablando —dijo Beth desconsoladamente—. Está yendo demasiado lejos. Casi no conozco a Kell Hallam.

—Pero te has hospedado en su granja, ¿no?

—Pues… sí.

—Y él en la tuya.

—Sí, pero…

—Bueno, mi padre me hubiera casado por menos razón que ésa —dijo la señora Trotter rotundamente—. No juegues con nuestro Kell, chica. Después de todo lo que ha pasado el hombre…

Beth aspiró profundamente. Se sentía como si estuviera metida otra vez en el barrizal de Kell, hundiéndose cada vez más.

—Señora Trotter… Yo no… —no podía seguir y la miró desesperada—. Yo no sé…

—¿Qué es lo que no sabes?

Beth cerró los ojos.

—Cuéntemelo —dijo con suavidad, aunque por una parte sabía que no tenía derecho a preguntarlo—. Dígame a qué se refiere cuando dice que Kell ha sufrido mucho —dijo lentamente—. ¿Quiere decir porque su hermana murió y se divorció de su primera esposa?

Se hizo silencio.

Madge Trotter la miraba estupefacta, con los ojos como platos.

—¿Quieres decirme que no lo sabes?

—¿Que no sé el qué? —Beth dijo desconsoladamente—. Señora Trotter, es cierto, no conozco a Kell Hallam muy bien. Sólo hace diez días que nos conocimos y yo…

—Sin embargo, estás loca por él, ¿no?

La mujer la miró a la cara y Beth no pudo mentir.

—Sí —dijo simplemente—. Y sé que ha tenido malas experiencias, pero no las conozco.

—Podrías habérselo preguntado a cualquiera de los alrededores. Cualquier lugareño te lo hubiera contado.

—No conozco a nadie de por aquí, solamente a usted. ¿Quiere contármelo?

Madge Trotter aspiró profundamente. Miró a Beth un buen rato, como midiéndola con la mirada, y luego fue hasta la parte de arriba de las escaleras.

—¡Roy! —gritó, con una voz que hubiera levantado a un muerto—. ¡Cuida del bar!

Luego volvió a la habitación de Beth y cerró la puerta.

—Te contaré contra lo que estás luchando —dijo sin rodeos—. Se trata de su primera mujer Joanne, maldita sea. Se casaron demasiado jóvenes y Joanne sólo lo hizo por su presencia y su dinero. Bueno, pues se aburrió de todo eso bastante pronto, y lo que se empezó a oír de ella… Bueno, no te aburriré con todo eso.

—Pero ella se marchó —dijo Beth con cautela—. No veo por qué… ¿Me está diciendo que Kell todavía la ama?

—No creo ni que la amara después de un año de casados —dijo Madge con firmeza—. Según se comportó, hubiera sido de imbéciles seguir amándola. Pero él la trató bien y siguió aceptándola cada vez que volvía. Pero la última vez… La última vez que se marchó se llevó lo que él quería más que a su vida, según dicen. Eso fue lo que le rompió el corazón.

—¿El qué?

—Se llevó a su hija —dijo Madge con delicadeza—. Por eso Kell siempre la aceptaba cada vez que volvía; lo hacía por la pequeña. Quería muchísimo a la pequeña, y Joanne era su madre. Pero la última vez… La última vez Joanne perdió los estribos y se marchó con la pequeña antes de que Kell pudiera impedírselo. Nunca se había llevado a la niña antes, jamás había querido hacerlo, pero esa vez lo hizo para castigar a Kell. Sólo que no se la llevó demasiado lejos, a quince kilómetros de la casa. Iba conduciendo un deportivo al doble de la velocidad permitida por la carretera que lleva a la granja. Se mataron las dos.

Pasó mucho tiempo antes de que Beth pudiera conciliar el sueño aquella noche y se despertó cansada, como si no hubiera dormido. Tumbada en la quietud del amanecer, las preocupaciones de la noche anterior la llenaron de tristeza.

¿Cómo enfrentarse a aquellos fantasmas? Beth se había sentido desgraciada por perder la granja. ¿Cuánto más había perdido Kell?

Kell…

¿Cuánto había sufrido? ¿Cuánto le había costado viajar a un país extranjero a traerse a una niña que no era su hija? ¿Abrirse de nuevo a una niña y dejarle un sitio en su corazón?

Y ahí estaba Beth, pidiéndole que la amara también a ella, que se expusiera de nuevo al dolor de la traición y la pérdida que había sufrido.

Quizá pensaba que no podía dejarse llevar por el corazón. Exponerse de nuevo sería también arriesgar a Katie. Había cometido un terrible error en el pasado. ¿Quién podría culparle por dejarse guiar por la razón?

Le había propuesto en matrimonio, pensaba Beth sombríamente, a la par que se pregunta qué tipo de contrato matrimonial tenía en mente cuando le hizo la oferta.

Santo Dios… ¿Qué iba a hacer?

Se levantaría, iría a verlo, le devolvería las escrituras de su casa y… lo intentaría por última vez. Un último intento por formar parte de su vida, para convencerlo de que podía confiar en ella. ¿Y si no podía? Entonces, tendría que encontrar la fuerza para salir de allí, porque hacerle daño a Kell le costaría más de lo que valía su vida.

Capítulo 11

Kell Hallam estaba en el patio cuando Beth se detuvo delante de la casa. Había planeado parar el coche, respirar profundamente y luego ir a la casa. Llamaría a la puerta y esperaría, quizá Kell no estaría.

Pero en vez de eso estaba en los establos, viendo cómo sacaban una joven yegua negra de un remolque. Levantó la vista cuando Beth llegó, pero no se movió ni le sonrió. Simplemente se quedó paralizado.

Lo mismo le ocurrió al corazón de Beth. ¿Dios mío, qué hacer?

—Hola —consiguió articular y, de alguna manera, hizo que su entumecido cuerpo saliera del coche—. Pensé que… Kell, espero que no te importe que haya venido, pero… necesito verte.

—¿Para qué?

Como bienvenida, aquello le resultó tan agradable como un cubo de agua helada y Beth se estremeció. Se agachó, sacó unos papeles de la guantera del coche y se los tendió a Kell.

—Esto —le dijo con voz tensa y cansada—. Tu regalo. He venido a decirte que no puedo aceptarlo, que no lo quiero. Nunca lo quise. Kell, tienes que quedártelo.

Había un hombre dentro del remolque; salió mientras Kell aguantaba las riendas de la yegua.

—Llévatela a los establos y tranquilízala, Charlie —dijo secamente—. No tardaré mucho. Venga a mi oficina, señorita Lister. Preferiría que no viera a mi sobrina mientras esté aquí.

Beth se estremeció.

Ya no había ni un signo de amistad. ¿Cómo la había llamado? ¿Señorita Lister? Aquello le sonó tan frío, tan formal. Sin decir nada más, Kell la condujo a un edificio junto a la casa y la invitó a pasar.

—Ahora, señorita Lister… —Kell se sentó en una silla en el extremo de una mesa larguísima y la hizo señas para que se sentara en el otro—. Le dijiste a Katie que vendrías a verla dentro de un mes más o menos, y no esperaba verte hasta entonces. ¿Qué ocurre?

—Kell no…

—Dime lo que quieres, Beth —le espetó Kell—. Estoy muy ocupado.

Beth se mordió el labio. No podía luchar contra aquello; no podía.

—Sólo quería decirte que no quiero tu regalo —le dijo, y puso los documentos encima del escritorio—. Kell, ya les he buscado refugio a mis animales y los he avisado diciendo que voy a marcharme. Al final de la semana ya no podré utilizar la granja y no me pertenece. Tú… Por favor, no debes regalármela. Yo no tengo derecho…

—Te la debo, Beth —dijo Kell—. Al no casarte con Mayberry mi sobrina hereda todo lo que por derecho le corresponde. Además, has conseguido que vuelva a hablar. Soy agradecido y pago mis deudas. Acéptala.

—Me estás comprando —le dijo Beth—. No voy a aceptarla para tranquilizar tu conciencia, Kell Hallam.

—¿Qué quieres decir con comprarte? No tenía la…

—Estás dándome esto porque no quieres amarme —consiguió decir, haciendo un enorme esfuerzo; se le hizo un nudo en la garganta—. Tienes miedo de amarme y crees que voy a convertirme en otra Joanne. Piensas que voy a hacerte daño, quizá incluso que voy a hacerle daño a Katie como Joanne se lo hizo a tu pequeña.

—¿Quién demonios te contó lo de Joanne?

—No importa quién me lo haya contado —dijo Beth sombríamente—. Pero lo sé. Sé lo que te hizo Joanne, y lo siento tanto…

—No tienes por qué sentirlo —dijo—. Las muertes de Joanne y de… Laura ocurrieron hace mucho tiempo.

—Todavía te duele —susurró Beth —haber perdido a tu pequeña… y que Joanne os traicionara a los dos así… Kell, tiene que haberte costado tanto volver a empezar. Pero Kell, eso es lo que debes hacer. Ya amas a Katie…

—Y eso es todo lo que voy a hacer —dijo Kell ferozmente—. ¿Beth, no te das cuenta que estás pidiendo lo imposible? Pedir que confíe en ti…

—Kell, si me amas, entonces confiarás en mí, aparte de lo que te diga tu cabeza —le contestó Beth—. Y Kell, lo que me pides que acepte es aún más duro que rogarte que confíes en mí. Debes saberlo… Kell, debes saber que jamás te haría sufrir. Oh, Kell, preferiría morirme…

No pudo decir más. Estaba a punto de llorar, pero el orgullo le hizo aguantarse. Se sentó, pálida y silenciosa, y contempló las duras facciones del hombre que tenía delante.

Kell no se movió un sólo centímetro, su rostro no abandonó su dureza. Estaba ahí sentado, juez y jurado en uno, y Beth fue condenada sin poder decir ni una palabra.

Tenía que marcharse antes de que se echara a llorar y quedara en ridículo. Sin saber cómo, consiguió empujar las escrituras hacia él y ponerse en pie.

—Toma tu tierra —susurró—. Eso es todo lo que pido y es lo que me ha traído aquí. No quiero dinero para que tú tengas la conciencia tranquila. Te lo dije antes, Kell, yo no amo para sacar algo a cambio. Y si aceptara esta tierra, sentiría nauseas cada día que pasara en ella.

—¿Qué vas a hacer? —Kell agarró los papeles; le habló en un tono impersonal, como si no le hubiera conmovido en absoluto.

Beth llegó hasta la puerta y se volvió. Sacando fuerzas de flaqueza levantó la cabeza y habló con un rastro de desafío en la voz.

—Lo que yo haga no te importa, Kell Hallam. Ahora ya no. Sólo quiero alejarme lo más posible de ti y… y empezar de nuevo.

—Aquí estarán las escrituras si cambias de opinión.

—No cambiaré de opinión —dijo Beth en voz baja—. Para algunas cosas puedo ser tan implacable como tú —se encogió de hombros—. ¡Y quizá igual de estúpida!

Beth dejó a Kell creyendo que su reacción había sido fría y carente de emoción. Pero su impresión estaba completamente alejada de la verdad.

Después de salir Beth, Kell estuvo mucho rato sentado sin moverse. Se quedó con la cabeza entre las manos, mirando fijamente a la puerta y con la mente en blanco.

¿Habría sido una locura despedir a Beth? Kell se había protegido con un escudo y no quería apartarlo ni un centímetro, aunque su corazón le decía a gritos que estaba cometiendo una equivocación.

—No puedo arriesgar la felicidad de Katie —dijo.

Todo lo que tenía que hacer era apartar ese escudo, dejarla entrar en su vida… y amarla. Y exponerse al sufrimiento de nuevo; abrirle el corazón y esperar a que viniera el dolor.

Pero el dolor ya había empezado.

—Estás siendo estúpido, cruel —dijo al silencio, y nadie le respondió, nadie negó su acusación.

«Si la amo y me abandona…», se decía Kell a sí mismo. Sintió que era el joven Kell Hallam que había cometido un fallo tremendo la primera vez que escogió esposa y que había pagado por ello con la vida de su hija. El recuerdo de su pérdida le abrumó y era el dolor de aquel recuerdo lo que no le dejaba moverse de la silla. Le impedía lanzarse detrás de Beth.

—¿Por qué no ha venido Beth a verme?

Las palabras fueron un mero susurro desde la puerta, interrumpiendo el monólogo que Kell mantenía consigo mismo. Volvió a la realidad con un gran susto. Apartó de su mente la imagen del rostro demacrado de Beth y vio a Katie en la puerta, con los ojos muy abiertos y confusos.

—Katie Bell…

—Vi a Beth —le dijo Katie—. La vi desde la ventana de mi habitación, cuando ella se estaba montando en el coche, pero cuando llegué al patio ya se había ido. Y no vino a verme.

—Todavía no ha pasado un mes —dijo Kell—. Dijo que vendría en un mes.

—Pero estaba aquí, ahora. ¿Por qué no se ha quedado?

—Katie, Beth no pertenece a este lugar —dijo Kell sin ánimo. Se levantó y levantó a Katie Bell en brazos—. Katie Bell, somos sólo tú y yo los que vivimos aquí. Somos… Somos una familia. Beth es una chica muy simpática, pero no es más que una visita. No es una de nosotros.

Katie sacudía la cabeza.

—Beth sí que es una de nosotros —dijo firmemente—. Y, tío Kell, Beth estaba llorando. La vi llorar desde mi habitación. Estaba llorando y quería darle un abrazo, pero se fue antes de que pudiera alcanzarla. Tío Kell, Beth nos necesita tanto como nosotros a ella.

—No necesitamos…

—Sí que lo necesitamos, tío Kell —Katie subió de pronto la voz y se empezó a retorcer, pidiéndole que la dejara en el suelo: se puso delante de él y la confusión se tornó en furia—. Beth es nuestra Beth. Nos da abrazos, nos quiere y nos hace felices. Cuando estaba aquí, era casi como volver a tener a mamá. Tú te reías y ella también, incluso los perros la querían. Cuando estaba toda cubierta de barro, también era maravillosa. La queremos… y tú la echaste y no vino a verme.

—Yo no la eché…

—Sí que la echaste —Katie gritó con frustración y empezó a llorar—. Sí que lo hiciste —repitió—. Porque Beth no se habría ido si tú no la hubieras echado. No se habría marchado sin verme. Lo sé porque… porque Beth nos quiere. Sé que nos quiere.

La pequeña no podía aguantar más. Se echó a llorar y lo miró furiosa por última vez antes de darse la vuelta e irse corriendo.

Kell se quedó solo, mirando cómo se marchaba, y las palabras de la niña resonaron en su cabeza.

«Beth no se habría ido si tú no la hubieras echado».

Dios mío…

Era la pura verdad y Kell lo sabía, igual que siempre había sabido la verdad sobre Joanne. Desde el principio supo que Joanne se marcharía un día.

Y también sabía que Beth se quedaría junto a él.

«¡Y si no lo sabes, entonces eres idiota!».

«Eso sí que lo sabes, Kell Hallam» se dijo enfurecido. «Sabes que nos quiere, pero tú la has echado de aquí. Eres un estúpido por haberla despreciado y por hacerle llorar».

«Ve por ella. Síguela y tráela contigo. Ámala».

Kell dio un paso hacia la puerta, pero en ese momento empezó a sonar el teléfono.

Beth pisó con fuerza el acelerador en cuanto cruzó las verjas de la propiedad. Quería poner tierra de por medio lo más rápidamente posible, pero el dolor no se calmaría con la distancia.

Aturdida, condujo el coche hasta su granja. Después casi no podía recordar nada del trayecto, de lo absorta que estaba en sus pensamientos.

Al llegar a la granja, Lyle la estaba esperando. Un antiguo novio había ido a reclamar lo que era suyo.

El primo de Beth parecía llevar un rato esperando. Cuando Beth llegó, no vio rastro de él, pues lo más seguro era que hubiera aparcado a la parte de atrás, pero cuando entró por la puerta de servicio se lo encontró allí sentado a la mesa de la cocina con un sándwich de huevo delante.

Lyle…

Había tantas cosas que Beth quería decirle a su primo… Tanta cólera contra él… Pero en su lugar Beth llegó con la mente paralizada por el dolor y todo lo que se le ocurrió fue que Lyle se estaba comiendo su comida.

Lyle se estaba comiendo sus huevos. Beth reaccionó exageradamente a una nimiedad. Después de lo que aquel hombre le había intentado hacer a Katie… que se sentara allí tranquilamente y se pusiera a comerse sus huevos le indignaba. Esos huevos los había buscado Katie y Beth los había cocido con la leña del árbol que Kell y ella habían tirado.

¡Todo lo que había pasado era culpa de Lyle! ¡Todo!

Le entraron ganas de ir hacia él y tirarle el plato encima de su inmaculado traje. En vez de ello se quedó en la puerta y le habló con fría calma.

—Tú…

—Beth —Lyle apartó el plato con cara de asco y se levantó—. Ya es hora de que llegaras. ¿Dónde demonios has estado?

—A ti no te importa, Lyle.

—¿No?

Y de pronto, la cólera de Beth se transformó en miedo. Lyle Mayberry era regordete, algo calvo y no demasiado alto, pero su mirada no era precisamente la de un primo cariñoso. La miraba más bien con maldad.

Beth conocía aquella forma de mirar y, aunque muchas veces se había dicho a sí misma que su primo tenía que haber cambiado su carácter de cuando era pequeño, en ese momento ya no estaba muy segura.

—Sí que es asunto mío, Beth —le dijo Lyle suavemente: se acercó a ella y cerró la puerta—. Me dejaste plantado. Por culpa tuya voy a perder dos millones de dólares.

—El dinero no es tuyo, Lyle —dijo Beth, apartándose de él, pero sin dejar de mirarlo—. No sé qué tretas utilizaste para convencer al viejo de que te dejara su fortuna…

—Los trucos que utilizara no te importan —le espetó Lyle—. Y si quieres saberlo, el viejo no tenía nadie a quien dejársela.

—Estaban sus empleados, que le habían servido fielmente durante toda su vida —le costaba hablar y concentrarse en todo lo que Lyle había hecho cuando lo único

que deseaba era llorar por un amor no correspondido—. Y una nieta… —susurró—. Una niña que necesita esa herencia…

—Esa maldita niña debería haber muerto en el orfanato —Lyle gritó—. Si hubiera tenido más cabeza, hubiera contratado a alguien para que se la cargara cuando todavía era bastante fácil. No me di cuenta que la niña tenía un tío…

Beth se quedó helada con las palabras que acababa de escuchar. ¿Contratar a alguien para matar a Katie?

—Quizá deberías haberte enterado de eso antes de hacer planes —le dijo—. Saber que Katie tiene a alguien que la quiere.

—¡Que la quiere! —saltó Lyle—. Un maldito medio hermano de la madre que piensa que puede controlar a la niña y quedarse con su dinero.

—Kell no…

Lyle no quería escucharla.

—¿Cuánto te va a dar Hallam? —le preguntó.

—Nada.

—Mentirosa. Leí tu nota.

—Yo no escribí esa nota, Lyle —dijo Beth—. Kell se hizo pasar por un fotógrafo y me raptó el día de la ceremonia. Él escribió la nota. ¿Te das cuenta? Has encontrado la horma de tu zapato.

—¿Te raptó? —Lyle se echó hacia atrás y la miró con incredulidad—. No lo creo.

—Es la verdad.

Se hizo silencio.

—Bueno, si es verdad… —Lyle empezó a calcular—. Todavía quedan tres días para mi cumpleaños. Mi oferta sigue en pie, Beth.

—¿Treinta mil dólares por casarme contigo? —Beth se tuvo que controlar la cólera—. Lyle, me dijiste que no ibas a causarle daño a nadie, pero resulta que una niña se arriesga a perder toda la herencia de su familia si tú heredas. Lo siento, pero si la oportunidad de heredar está entre Katie y tú, entonces tengo que quedarme con Katie.

—¡Perra! —y antes de que Beth pudiera apartarse Lyle la golpeó, abofeteándola con fuerza.

Lyle la había pegado muchas veces y a ella no le sorprendió. Simplemente cerró los ojos, dio un paso atrás y esperó. Sabía por experiencia que si reaccionaba con miedo lo provocaría aún más.

—No hay nada que puedas hacer, Lyle —dijo Beth en voz baja, resistiendo las ganas de llevarse la mano a la dolorida mejilla—. Me mentiste, pero te descubrieron. No voy a casarme contigo y se acabó. Puedes enfadarte todo lo que quieras, pero eso no va a cambiar nada.

Cuando Beth abrió los ojos Lyle no la miraba con furia, sino que sus ojos brillaban con malicia.

El viejo miedo volvió a aparecer, y se quedó.

—Esto no es el final —dijo astutamente—. ¿Crees que no he estado haciendo cosas en estos diez últimos días? Como no me pude ir de luna de miel, pensé que sería mejor pensar en ti. He pensado en lo ridículo que me has hecho sentirme, y en que he perdido dos millones de dólares. También he pensado en cómo obligarte a casarte conmigo y que te pases la vida arrepintiéndote por haberme dejado en ridículo.

—No puedes obligarme.

—Creo que sí —y Lyle sacó un fajo de papeles y los colocó sobre la mesa—. ¿Ves esto? —sonrió—. Son nuestro contrato matrimonial. Oficialmente, la boda tendrá lugar mañana, dos días antes de mi cumpleaños, pero de acuerdo con estos documentos ya ha tenido lugar con testigos y todo. En el periódico del sábado aparecerá una reseña anunciando que nuestro matrimonio se ha celebrado en la intimidad —sonrió—. He ido diciéndole a la gente que eres una chica de campo y que una boda tan grande te asustaba y que por eso te escapaste. Pero, en el fondo, tú me quieres Beth, y por eso te has casado conmigo en privado —se sonrió con suficiencia—. Que no nos separe el hombre, especialmente Kelsey Hallam.

—Estás loco —susurró—. Loco.

—No estoy loco —Lyle se sonrió de nuevo—. Simplemente, esta vez he tenido mucho cuidado, Bethany. La última vez te dejé que fueras a la iglesia, pero esta vez no me voy a arriesgar. El oficiante de nuestro matrimonio ha sido pagado generosamente no sólo por conseguirme estos documentos, sino para mantenerse alejado mañana. Así nadie podrá decir que nuestra boda no se celebró. Hice lo mismo con los testigos. Jurarán que estuvieron en las oficinas de Roger Scanley y que testificaron en nuestro matrimonio. Los documentos sólo necesitan tu firma y todo será infalible.

—No pienso firmar…

—Creo que sí —le dijo Lyle en un susurro—. En cuanto veas esto —y dicho esto tiró un montón de fotos sobre la mesa.

Beth no quiso mirarlas; no quería darle ese gusto. Se quedó mirando a su asqueroso primo durante un buen rato y él empezó a reírse a carcajadas.

—La verdad es que no tienes elección, prima —dijo—. Mira las fotos.

Y finalmente Beth las miró.

Georgie.

Eran fotos de su primita, Georgie Gallagher, de catorces años; una niña llena de vida y alegría, y una de los pocos seres en el mundo a quien Beth había querido desde siempre. Beth las hojeó y según las iba pasando se sentía cada vez más atemorizada. Se veía que las fotos habían sido tomadas sin que Georgie se diera

cuenta, en su casa: viendo la televisión, hablando con su madre en la cocina, durmiendo…

—Esto es lo que haría un mirón —dijo—. ¿Por qué has tomado…?

—Continúa.

Beth siguió mirándolas, cada vez más asustada.

Una de las fotos era la de un cuadro de luces que había en una de las paredes de la habitación de Georgie.

Luego vino una en la que se veía un pequeño cable que salía de la caja.

—¿Qué… qué has hecho? —balbució.

—Todavía no he hecho nada —le dijo Lyle de manera insulsa—. A no ser que te refieras a que ayudé a Oliver Bromley a morir haciendo algunos cambios en su medicación. Eso sí que lo hice, aunque no se puede probar. Pero en cuanto a Georgie… no la he tocado. Todavía no, pero…

—¿Pero qué?

—Eso que ves ahí, Bethany, es un pequeño dispositivo electrónico que funciona por control remoto. Una detonación, Beth. Supongo que sabes lo que significa.

—Cerdo… —Beth se puso pálida y pareció como si las piernas no le respondieran.

—Veo que entiendes, mi querida novia —se burló Lyle—. Por supuesto, tienes razón. Es una pequeña, pero eficaz bomba. Con la explosión, la caja de los fusibles estallará. La caja de los fusibles está entre la ventana y la puerta. Eso quiere decir que nuestra querida prima no podrá escapar a la explosión. Y lo mejor de todo esto, ya te he dicho que llevo diez días muy ocupado y que he aprendido muchísimo, es que después de un fuego tan tremendo, los investigadores del caso dirán que empezó en la caja de fusibles. La instalación era antigua. Un trágico accidente, primita. Quizá incluso tengamos que interrumpir nuestra luna de miel para asistir al funeral.

—¿Harías eso? —Beth estaba horrorizada—. ¿Le harías eso a Georgie?

—Haría cualquier cosa por dos millones de dólares —dijo Lyle con tono grave—. Vine a comprobar si habías vuelto antes de hacer ningún plan. La razón por la que puse la boda para mañana ha sido para asegurarme que todo estaba preparado y de que me daba tiempo a encontrarte. Me di un buen susto cuando desapareciste ayer, la verdad es que esta mañana lo he pasado bastante mal esperándote, pero has vuelto como la dulce y querida novia que eres. Entonces, Beth, todo lo que tienes que hacer es firmar.

Beth lo miraba llena de aprensión. Tenía la misma cara que había visto cuando de pequeño hacía sufrir a algún animal. Era como si disfrutara de cada minuto que pasaba, y Beth sabía que aquel era el caso.

—Georgie está en la cama a las diez —dijo sin inmutarse—. Está a salvo hasta esa hora. Pero tú sabes bien que me encantaría probar mi pequeño dispositivo, Beth. Firma como haría una buena chica.

—¿Si firmo, destruirás el detonador?

—No —dijo—. ¿Crees que soy idiota? Entonces irías corriendo a decirle a todo el mundo que nuestro matrimonio ha sido una farsa. Incluso si consumamos el matrimonio, que la verdad tengo muchas ganas, mi abogado dice que se nos tiene que ver como a una feliz pareja de recién casados hasta después de mi treinta cumpleaños. Harás lo que a mí se me antoje hasta que el mundo entero te haya visto como esposa mía.

¿Qué pasaría entonces?

Beth pensó en la pregunta, pero las palabras no le salieron. Santo cielo… Beth lo miraba y supo lo que pretendía sin que se lo dijera.

¿Qué pasaría si Beth firmara el documento, la gente la viera felizmente casada durante unos días y luego pudiera salir y contar su historia a todo el mundo? Si Beth pudiera probar que la había obligado a casarse con él entonces su contrato matrimonial resultaría nulo, y Lyle no podría heredar. Aparte de eso… Lyle acababa de hacer alarde delante de Beth de que había ayudado a la muerte de Oliver Bromley. ¿Se habría arriesgado a contárselo si pensara que podía contárselo a la gente?

—¿Qué pretendes hacer conmigo… hasta después de tu cumpleaños?—preguntó Beth y Lyle sonrió de oreja a oreja.

—Pues irnos de luna de miel, por supuesto —le dijo—. Todas las parejas lo hacen. Mañana seremos vistos cenando juntos en uno de los restaurantes más exclusivos de Sidney, y luego volaremos al norte a alquilar un yate. Navegaremos por las Whitsundays, es una travesía idílica en esta época del año.

—A ti no te gusta navegar —dijo Beth rotundamente, y se estremeció.

—Las circunstancias obligan —le dijo Lyle.

Entonces, Beth vio cual sería su destino.

—Firma los papeles, Beth —le urgió Lyle, empujándolos hacia su lado—. Y no hagas ninguna tontería. Tengo reproducciones en caso de que se te ocurra emborronar la firma. Y ya sabes que tengo unos dedos muy inquietos. Firma. Ahora mismo —y levantó una mano para volver a golpearla.

Y de pronto empezó a dar vueltas, a dar vueltas hasta que Beth creyó que se caería. Por la puerta entraron varias personas y una de ellas hablaba más alto que las demás.

—Si la tocas te estrangulo. No firmes nada, Beth. Déjala en paz hijo de…

Beth se volvió y vio a Kell avanzar por la habitación y, apartando a Lyle a un lado, la abrazó.

Pero no sólo entró Kell. Detrás de él iban varios oficiales de policía. Esposaron a Lyle, le cachearon y enseguida encontraron un pequeño dispositivo electrónico, similar al mando de la televisión, pero menor, que dejaron sobre la mesa. También le encontraron una pistola.

Beth estaba tan aturdida que se hubiera caído de no haber sido porque su querido Kell la estaba abrazando.

La acurrucaba entre sus brazos como si fuera algo más valioso que su vida misma.

Capítulo 12

Se tardó mucho tiempo en aclarar las cosas. Los policías llenaban la habitación y Lyle parecía encogerse enfundado en su ridículo traje mientras Beth lo contemplaba todo.

Beth se quedó inmóvil en brazos de Kell mientras los policías le hacían a preguntas. El interrogatorio fue duro, pero Lyle se quedó callado. Entonces, uno de los oficiales sacó una grabadora y escucharon la conversación que acababa de producirse entre Beth y Lyle al tiempo que otro continuaba haciéndole preguntas. Según iba avanzando la cinta, Lyle se iba poniendo pálido.

Durante todo ese tiempo, Kell la abrazaba con infinita ternura.

La cinta seguía dando vueltas. La policía había grabado cada palabra que Lyle le había dicho a Beth, y al final de la cinta Lyle tenía el aspecto de un animal asustado: pálido y consternado.

Beth sabía que Lyle era malvado, pero nunca imaginó que podría serlo tanto.

Kell la abrazaba con fuerza, como si supiera que su cuerpo era lo único que había entre ella y aquel horror.

—No tengas miedo, mi amor —susurró—. Ya pasó todo. Jamás volverá a acercarse a ti, te lo juro.

La policía terminó de interrogarlo y Lyle salió de la casa, tambaleándose entre dos policías. Un sargento se quedó hablando con Beth y Kell.

—Vamos a necesitar su testimonio, señorita —dijo el policía con una mirada de disculpa—. Pero puede esperar hasta mañana. ¿Podría llevar a la señorita Lister a la comisaría de policía local mañana, señor?

—Lo haré —le dijo, abrazándola con más fuerza—. ¿Tienen bastantes pruebas para condenarlo?

—Oh sí, tenemos bastante —el policía habló con gravedad, pero satisfecho—. Le agradecemos que nos haya pasado la información, señor —luego, al ver la confusión de Beth continuó—. Llevamos un tiempo vigilando al señor Mayberry —le dijo a Beth—. Había unos cuantos datos en torno a la muerte de Oliver Bromley que nos tenían preocupados. Al principio, parecía que había sido una ingestión indebida de fármacos lo que le había causado la muerte, pero el hecho de que se despidiera a todos los empleados de Bromley justo después de su muerte nos hizo sospechar. Aun así, no teníamos ninguna prueba. Pero ahora… Aparte de un caso de herencia fraudulenta, tenemos esta declaración, con lo cual podríamos acusarlo de homicidio —sonrió—. Después de su llamada, señor Hallam, vinimos a ver a la señorita Lister. Lo pensamos bien y dejamos el coche de policía escondido detrás de unos arbustos. Sabíamos que teníamos algo de tiempo antes de que llegara la señorita Lister, aunque tardó menos de lo que usted nos dijo, señor. Cuando vimos lo crecida que estaba la maleza del jardín, y lo cerca que podíamos colocarnos de una de las ventanas traseras sin que Mayberry nos viera, pensamos que una cinta de la conversación podría valemos. Por eso organizamos lo de la cinta antes de que llegara la señorita Lister —

el policía volvió a sonreír—. Ahora, si puedo dejar a la señorita Lister a su cuidado señor, nos iremos. ¿Le parece?

Kell miró a Beth y vio una expresión en sus ojos que apenas reconoció.

—Cuidaré de Bethany durante todo el tiempo que ella quiera.

Y ninguno de los dos vio al policía marcharse. Solamente tenían ojos el uno para el otro.

Diez minutos después, Kell soltó a Bethany, y para entonces muchas de las preguntas que ella guardaba en su corazón ya habían recibido contestación.

Kell la abrazaba como si no quisiera dejarla marchar jamás. Sus manos y todo su cuerpo lo decía sin palabras. Algo había cambiado dentro de Kell para hacer que la amara como ella lo amaba a él. Beth, en ese momento sentía alegría: un inmenso júbilo que se reflejaba en cada poro de su piel.

Pero había cosas que aún no entendía…, cosas que necesitaba saber.

—Kell… —de alguna manera Beth consiguió empujarlo un poco—. Kell, no entiendo nada. Esta mañana te comportaste como si me odiaras —sacudió la cabeza y sonrió tímidamente—. ¿Te importaría decirme qué está pasando?

—Pensé que te darías cuenta —Kell la sonrió y le acarició la mejilla que tenía enrojecida por el golpe—. Te ha golpeado, Beth. Ese hijo de…

—Calla —Beth le tomó de la mano—. No quiero pensar en él, ahora no.

—Si hubiera llegado un minuto antes, le hubiera impedido que te hiciera esto. La policía dijo que te golpeó antes de que se dieran cuenta de sus intenciones.

—¿No estabas ahí? —susurró Beth—. Pensé que con la cinta… Pensé que habías estado fuera todo el tiempo.

—Yo no —dijo Kell con gravedad, estrechándola contra su pecho—. He conducido más rápido que nunca en mi vida y llegué aquí justo cuando la policía iba a entrar. Sé que si hubiera estado aquí antes no le habría dejado ir tan lejos… —le acarició los cabellos—. Beth, nunca he pasado tanto miedo en mi vida como cuando venía hacia aquí. Pensaba que si Mayberry te hacía daño entonces los dos te lo habríamos hecho. Intenté apartarte de mí y fui tan cruel…

—No.

—Es verdad —Kell susurró entre sus cabellos—. Y tus acusaciones eran ciertas; tenía miedo de amar. Laura… Beth, mi pequeña Laura sólo tenía tres años cuando murió y decidí que nada, ni nadie, iba a entrar en mi corazón durante el resto de mi vida. Sólo es que Katie me necesita tanto… Y luego llegaste tú, mi dulce Beth, ofreciéndome tu amor a pesar de lo cruel que he sido contigo. Finalmente recibí una llamada diciéndome dónde estaba Mayberry —Kell vaciló y abrazó a Beth con estremecimiento—. Nunca he pasado tanto miedo.

—Kell… no lo entiendo.

—Contraté a un detective privado para vigilar a Mayberry —le dijo Kell—. Quería asegurarme, saber a qué se dedicaba el tiempo que faltaba hasta su cumpleaños. El detective pensó que las visitas a tu prima eran normales.

—Estaba instalando…

—Sí, me he enterado ahora —dijo Kell con gravedad—. Esta mañana el detective me llamó y me dijo que Mayberry había ido a refugiarse a una remota granja, donde había pasado toda la noche. Entonces estuve seguro… Estuve seguro de que estabas en peligro.

—Por eso viniste…

—De todas maneras, estaba a punto de venir —dijo Kell—. Después de irte tú, Katie, que te había visto marcharte, vino a verme, preguntándome por qué no habías ido a verla. Luego me dijo que tú nos querías y que yo era un estúpido. Entonces me quedé ahí, recordando la terrible expresión de tu cara al marcharte, como si te hubiera golpeado más fuerte que Mayberry. Fue cuando me di cuenta de que Katie tenía toda la razón. Yo te había estado comparando con Joanne y vi que eso había sido una locura. Y luego llamó el detective y supe que te había puesto en peligro.

—Kell…

—Entonces, perdí tiempo llamando a la policía —le dijo pesaroso, con la voz cargada de aprensión—. Pensé que tu coche no iba muy deprisa y que tendría tiempo… Dios mío, debiste de haber conducido como una loca para llegar aquí antes que yo. Pero al menos la policía estaba aquí. Les dije que sospechaba que Mayberry te iba a obligar a casarte con él y les pedí si podían enviar a una patrulla para que te protegieran. Fue entonces cuando me pasaron con un superior de la brigada de homicidios. Parecía que la policía sospechaba ya de Mayberry. Dijeron que vendrían, pero que intentarían montar un equipo de vigilancia en vez de arrestarlo inmediatamente. Verás, es que si no se grababa su conversación amenazándote, entonces no había ninguna prueba para utilizar contra él.

—Entonces es por eso por lo que…

—Por eso es por lo que la policía estaba aquí sin que ni tú ni Mayberry lo supierais —le interrumpió Kell—. Cuando colgué el teléfono, empecé a imaginarme qué pasaría si te negabas a casarte con Mayberry. Sabía que te negarías por Katie. Por eso tenía tanto miedo de que te ocurriera algo y de que la policía no actuara a tiempo…

Kell se estremeció de pies a cabeza.

—Dios mío, Beth, el trayecto hasta aquí me ha parecido el más largo de la historia. Si algo te ocurriera… Me has hecho un regalo tan grande… Me has dado tu amor… —se separó de ella lo suficiente para verle la cara—. Beth, no te merezco —murmuró suavemente—. No merezco a una persona tan bella, tan cariñosa y con un corazón tan grande como mi querida Beth. Te he tratado muy mal, pero aun así… ¿Beth, querrás perdonarme? ¿Podrás seguir queriéndome? Porque si es que he perdido tu amor…

—¡No! —Beth lo besó—. ¿Kell, cómo puedo dejar de amarte? Es algo que surge en mí naturalmente, es como respirar. Eres parte de mi, Kell Hallam, y lo seguirás siendo hagas lo que hagas y vayas donde vayas. Tú eres mi amor.

Kell se quedó mirándola y la estrechó entre sus brazos tiernamente.

—Querida Beth —susurró—. Mi dulce y único amor. ¿Me ayudarás a aprender a amar otra vez? Beth, tú me pediste que te amara y, si me lo permites, voy a empezar ahora mismo y recuperar el tiempo perdido.

Por el momento no había duda de lo que pretendía. Kell acercó sus labios a los de ella, y su beso se fue haciendo más apasionado. Dentro de sí mismos sintieron una necesidad tan fuerte que no podría ser saciada con sólo un beso. Una necesidad que los unió en un éxtasis de deseo que sólo podría tener un final; o quizá fuera un principio…

Pero había alguien de quien no podían olvidarse.

—¿Pero… y Katie? —dijo Beth—. ¿Está Katie sola en casa? Kell…

—Katie no está sola en casa —le dijo, separando sus labios de los de ella apenas medio centímetro para dejarle hablar—. Katie está con la guardesa, el encargado de la granja y varios empleados míos, y todos me han prometido cuidarla bien.

—Pero estará preocupada. Kell, no debes quedarte aquí: debes irte…

—No tengo por qué irme —Kell se movió hacia el dormitorio, con los ojos llenos de amor y júbilo—. Antes de salir le prometí a Katie una cosa. Le dije que iba a buscarte y que volvería contigo siendo mi prometida. Le hice esa promesa a Katie, Beth. ¿Querrías ser mi prometida, querida Beth, para siempre?

Y Beth rodeó con sus brazos amorosos el cuerpo de su amante y le abrió las puertas de su corazón.

No hicieron falta las palabras.

—¡Oh Beth, estás preciosa!

Beth Lister se volvió hacia su joven primita y sonrió.

—Eso es lo que dijiste la otra vez, Georgie Gallagher, cuando iba hecha un adefesio con tanto raso y encaje. ¿Qué tengo que creer?

Georgie se echó a reír y la miró con afecto.

—Sí, bueno, la última vez era un vestido precioso —reconoció—, pero esta vez eres tú —fue hacia ella y le ahuecó los bucles para que cayeran con gracia sobre los hombros—. Ahora es la Beth que yo quiero la que está preciosa.

El vestido era muy sencillo. Georgie la había ayudado a escogerlo, y nada más verlo habían sentido que era el que le iba a Beth.

Era de fina tela de batista suiza, con una manga muy corta que le cubría un poco el antebrazo. La tela se amoldaba con suavidad a los pechos de Beth y caía en suaves pliegues hasta los pies. No llevaba velo ni otro adorno. El vestido era blanco, sencillo y muy bonito.

—Y en este no cabe una comadreja —rió Georgie—. Aunque ahora ya no necesitas esconder nada, claro.

Beth miró por la ventana de la casa de Kell adonde los invitados a la boda estaban reunidos. En esa ocasión no había tantos, pero eran personas a las que ella, Kell y Katie querían.

Además, asistió algún que otro animalito. Edna y Fred Walter se había llevado a unos cuantos de los antiguos pacientes de Beth para que asistieran a la ceremonia.

Pero era la boda que Beth deseaba. Allí estaban todos donde ella quería que estuvieran, sobre el precioso puente de madera que cruzaba el río desde donde ella levantó la vista una mañana y se enamoró perdidamente de Kell.

Lo habían montado de manera que parecía casi una capilla, con enormes ramas de muérdago que colgaban de manera que formaban un dosel a través del cual se filtraban los brillantes rayos del sol.

Muérdago… Ése era el significado de *Coolbunna*, el nombre de la granja, pensaba Beth emocionada. Y *Coolbunna* era su hogar. Era el hogar de Beth, de Katie y de Kell.

—Estamos listos. El tío Kell está preparado y está esperándote —dijo Katie al entrar en la habitación loca de contenta.

La niña iba vestida de rosa, porque el rosa era su color favorito, y en la mano llevaba una muñeca de trapo, ceremoniosamente vestida con su antiguo pichi azul. Tanto la muñeca como Katie llevaban lazos rosas.

—Oh, Beth —chilló Katie—. Estás casi tan guapa como Madeleine y yo —aspiró profundamente, satisfecha de sí misma—. Puedes… Puedes ponerte mi lazo rosa si quieres, Beth —le ofreció.

Beth la subió en brazos y le dio un fuerte apretón.

—Katie Bell, es la mejor oferta que me han hecho en toda mi vida —Beth estuvo a punto de echarse a llorar de orgullo—. Pero Georgie dice que tengo que llevar el pelo suelto.

—Es verdad —declaró Georgie—. Es el estilo de Beth, Katie Bell, el estilo de una persona libre. ¿No crees?

Katie levantó la mirada, confundida.

—Libre… —frunció el ceño—. ¿Quiere decir eso que el tío Kell y yo tenemos que dejarla marchar?

Beth se echó a reír, tomó a la pequeña de la mano y salió adonde la esperaban sus invitados.

Adonde Kell la esperaba.

Estaba allí, de pie bajo la bóveda de muérdago, con la cara llena de felicidad y de orgullo. Con su traje negro como el azabache se le veía tan espléndido que al verlo Beth se quedó boquiabierta.

Kell pensó lo mismo. Cuando Beth apareció cerró los ojos por un breve instante y, cuando los abrió, su mirada le decía todo lo que ella necesitaba saber.

—No, Katie, no significa que Kell y tú tendríais que dejarme marchar –susurró Beth, tomando a Kell de la mano y mirándolo con los ojos llenos de amor—. Porque al igual que todas las criaturas libres que reconocen lo que les dice el corazón, yo sé dónde está mi hogar. El hogar está donde está el corazón, y mi hogar está aquí.

Fin

e-GO! Library Español

COMO LO VIO EN TV

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son suyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- **1,000 LIBROS** indipendientes más populares
- **BONO**- 250 títulos clásicos
- **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB
- **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- **IDEAL** para viajar
- **AHORRA** innumberables horas de Descargas
- **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS